ANNA MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS DE REGENCIA MÁS VENDIDA DE USA TODAY



LOS REYES DEL WISKY DE LAS HIGHLANDS

TAVISH EN BUSCA DE UNA

NOVIA RICA

Tavish en busca de una novia rica

Los reyes del Wiski de las Highlands

Anna Markland

Dedicado a los amantes del wiski de todo el mundo. «Lo que el wiski no cura, no tiene cura» Viejo proverbio irlandés

Contenido

Página del título
Dedicatoria
Planes ambiciosos
Londres
El Caballo Blanco
Rosas amarillas
El coche de correos
Parque Hyde
Bienvenidos a la Casa Ramsay
La cena
Sentimientos encontrados
El reel
La propuesta
En la estacada
Un tema delicado
Atrapada
De corazón a corazón
Sentimientos
Alegre reunión
La recepción
El baile
La cata
Grito de guerra
¿Podemos hablar un momento?
Repercusiones
Acontecimientos
Digno de un aspirante a rey
La vida es impredecible
Unión de manos
Por el futuro
¿Qué hay debajo de un kilt?
Zarpar
Secarse
En el mar
Dundee
Impuestos
El palacio
Cena de lujo
Enciende mi fuego
La visita

Negociaciones
Desahucio
Dalwhinnie
Insomnio
Parejas
Regreso a casa
Nuevos comienzos
Notas de la autora
Otros libros de Anna Markland
Copyright

Planes ambiciosos

Glengeárr, Highlands de Escocia, 1811

—Necesitaréis dinero para financiar vuestras grandes ideas —advirtió Gregor a sus sobrinos.

—Sí, lo sabemos —respondió Tavish King—. Pero Payton, Niven y yo hemos invertido todo lo que teníamos en hacer de nuestro wiski el mejor que el dinero puede comprar.

—Y por eso es el mejor del valle —replicó Gregor balanceándose en su silla favorita.

—Pero hay un mercado más grande ahí fuera aparte de este sitio remoto —dijo Payton—. Necesitamos inversores.

Gregor negó con la cabeza.

—Vuestro tatarabuelo construyó esta destilería él mismo, piedra sobre piedra.

—Creo recordar que contó con la ayuda de su esposa —señaló Niven a su tío.

—Sí —convino él—, y de otros familiares. Sin embargo, no estáis entendiendo. Su propósito era elaborar el mejor wiski de esta parte de Escocia.

—Eso era en aquel entonces —replicó Tavish—, este es otro siglo. El Uachdaran sigue siendo el mejor wiski de malta que se puede encontrar por aquí.

—Qué astuto —dijo Gregor con una risita—, confiar en un hombre llamado *King* para idear un nombre semejante.

Cada vez más exasperado, Tavish se pasaba los dedos por sus mechones de pelo castaño. La destilería no era lo único que había heredado de sus antepasados.

—En este valle hablamos gaélico, así que sabemos que *Uachdaran* significa *soberano*, pero hay un mundo de gente ahí fuera que no tiene ni idea de lo que quiere decir.

—Y esa es la razón por la que queremos rebautizarlo como *Soberano* —concluyó Payton.

Gregor lanzó un suspiro.

—Rebautizarlo, ¿eh? Además de traer nuestros barriles de España, recolectar turba suficiente para mantener encendidos los hornos, conseguir un agente que comercialice vuestro wiski en Inglaterra, transportarlo al sur de la frontera... No, muchachos, no se puede hacer sin una gran suma de dinero. Además, ¿qué saben los sassenachs de wiski? No les gustará.

Tavish apretó la mandíbula, le molestaba admitir que probablemente tuviera razón. No disponían de dinero para materializar sus planes de llevar el Uachdaran a un mercado más extenso y no había garantías de que los ingleses compraran wiski de malta.

—Y otra observación —añadió Gregor—. Hasta ahora, al igual que la mayoría de las destilerías de las Highlands, habéis funcionado sin licencia. Vuestro arrendador ha hecho la vista gorda porque sabe que los inquilinos encarcelados no pueden pagar rentas.

Tavish tensó la mandíbula de nuevo. El impuesto de dos chelines por cada pinta, pagado principalmente por las destilerías autorizadas de las Lowlands, había sido un asunto delicado para la familia King desde que se impuso en 1644. No era de extrañar que, dado su carácter irascible, el difunto Walter King estuviera resuelto a no pagarlo. ¡Un highlander pagando impuestos por su wiski! ¡Jamás! Pero Tavish comprendió a regañadientes de que tal vez llegara el día en que no tendrían más remedio. Su reputación iba en aumento y el conde de Craigdarroch, tarde o temprano, se vería obligado por la Corona a sentenciarlos como productores sin licencia.

—Solo se me ocurre una solución: todos debéis casaros con familias ricas —anunció Gregor.

Un silencio sepulcral siguió a aquel pronunciamiento. Tavish no se sorprendió, él y sus dos hermanos eran considerados los únicos solteros codiciados de Glengeárr, lo que significaba que varias madres ambiciosas de kilómetros a la redonda con hijas en edad de casarse ya habían intentado atrapar a los muchachos King.

Él, siendo el de más edad y propietario mayoritario de la destilería, era el blanco principal. Hasta ahora, con la ayuda de sus hermanos, había conseguido evitar las trampas que le tendían.

—Odio decirlo —murmuró finalmente Niven—, pero el tío tiene razón. Tavish necesita una esposa rica.

—No. ¡Todos debéis casaros! Necesitáis muchos hijos que dirijan el negocio y mantengan vivas las tradiciones cuando os hayáis ido.

—¿Y dónde sugieres que encontremos mujeres ricas en Glengeárr? —preguntó Payton.

Gregor se levantó de la mecedora y blandió su bastón con cabeza de carnero.

—Para ser unos muchachos con ambiciones tan grandes, no sois muy listos.

Los hermanos King habían sido educados para respetar a sus mayores, pero a Tavish le irritó el insulto.

—¿Y qué quieres decir con eso? —inquirió.

—Es una triste verdad que en Glengeárr no encontraréis la fortuna que necesitáis. Me atrevería a decir que no la encontraréis en toda Escocia.

—Entonces, ¿dónde está ese maravilloso paraíso lleno de mujeres ricas? —preguntó Tavish con sarcasmo.

—En Londres —respondió Gregor con un perturbador brillo en los ojos.

—Tío, no pretenderás que nos casemos con sassenachs, ¿verdad? —balbuceó Tavish.

—Con veinticinco años —replicó Gregor— eres mayor. De todas formas, es hora de pensar en formar una familia.

—¡Pero no podemos casarnos con inglesas! —protestó Payton con enfado.

—Lo que necesitáis es la dote —explicó Gregor con paciencia—. No hace falta que os gusten vuestras esposas ni que las traigáis a Escocia.

La perspectiva de una cuantiosa dote atraía a Tavish, pero un matrimonio sin amor le sonaba a un arreglo demasiado parecido al de sus padres. Había eludido el matrimonio porque no había encontrado una muchacha que le gustara lo suficiente como para considerarla una compañera de vida. No podía confesar su deseo de tener una relación amorosa a sus endiablados hermanos, que se divertían burlando a sus potenciales suegras. Decidió buscarle las fallas al plan de su tío.

—¿Y cómo propones que nos introduzcamos en la sociedad londinense?

—Me pesa sugerirlo —respondió Gregor—, y es solo porque es el último recurso.

Tavish adivinó por fin la razón de aquel brillo en los ojos de su tío.

—Te refieres a tu hermana.

Niven resopló.

—A la que juraste no volver a hablar después de que huyera con un sassenach.

—Sí. Pero es preciso —murmuró Gregor—. Maureen está casada con un lord, ella podría presentaros a la gente adecuada.

—¿Y qué te hace pensar que aceptará? —preguntó Tavish.

—Es lo que dijo en su respuesta a mi carta.

* * *

Durante treinta años, Gregor se había arrepentido de haber cortado todo contacto con su hermana, pero ¿qué podía hacer un hombre si su hermana se fugaba para casarse con un inglés? Le había advertido a Maureen que lo lamentaría, pero, en el fondo, deseaba que tuviera una vida feliz con Freddie Hawkins. Era un hombre rico, por lo que probablemente viviría cómodamente.

Rezaba para que le hubiera ido mejor que a su otra hermana, que había ignorado los consejos de todos y había insistido en casarse con Walter King, un hombre del pueblo que no caía bien a nadie. Moira había llevado una vida infeliz y se había convertido en una arpía. Lo único bueno de aquel matrimonio fue el nacimiento de tres vigorosos hijos.

Tal vez fuera mejor dejar las cosas como estaban en lo que se refería a su hermana descarriada, pero tenía que hacer algo para ayudar a sus sobrinos. Él no había tenido hijos propios y la muerte de Walter King había sido una bendición. Su cuñado era una pobre excusa de hombre que maltrataba a sus niños, mientras que él estaba feliz de cuidarlos y de verlos crecer y prosperar.

Lo que Tavish y sus hermanos habían logrado al desarrollar y mejorar los métodos de la antigua destilería era poco menos que un milagro. Gregor se proponía hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarlos a cumplir sus sueños, aunque eso significara arrastrarse ante su hermana de la que estaba distanciado. Al menos había respondido a su carta.

Londres

Casa Ramsay, Mayfair, Londres

La duquesa viuda Maureen Hawkins se abanicó con la última misiva del hermano que la había repudiado treinta años atrás.

—Típico de escoceses —murmuró a sus hijos—. Gregor decide escribirme ahora que necesita algo.

—Entonces ¿los King van a venir? —preguntó Kenneth, duque de Ramsay.

—Sí —respondió ella.

El momentáneo retorno al irritante acento que Maureen tanto se había esforzado por erradicar hizo que Kenneth alzara una ceja.

—Mis sobrinos llegarán dentro de dos semanas —añadió ella con la esperanza de distraerlo.

—¿Te acuerdas de ellos? —le preguntó su hija.

—Nacieron después de que me marchara de Escocia con tu padre —respondió negando con la cabeza—, pero sus padres eran una pareja extraña. No se soportaban. Mi hermana nunca tuvo mucho sentido común.

—No esperaremos gran cosa, entonces —dijo Kenneth.

—No. Probablemente solo un montón de highlanders vulgares. Vienen a explorar el mercado para vender su wiski.

—¿Tienen una destilería? —preguntó Daisy.

—Un rústico edificio de piedra, si no recuerdo mal. Me sorprende que no se haya derrumbado.

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par.

—¿Es bueno su wiski?

—Nunca lo probé. A las muchachas no se les permitía beber en aquella época.

Kenneth se frotó las manos.

—Esperemos que traigan una botella o dos. De vez en cuando me agrada un buen wiski de malta.

—Creía que te gustaba el brandi.

—Me gusta, pero al príncipe le gusta todo lo escocés, es la última moda de la alta sociedad. Además, la ambición de poder de Napoleón ha hecho casi imposible conseguir brandi francés, y lo que llega de contrabando cuesta un ojo de la cara.

—Todo eso está muy bien, pero Gregor espera que presente a estos muchachos a nuestros amigos y conocidos. He pensado que lo más sencillo sería organizar un baile aquí, en la casa principal, digamos que dentro de tres semanas. Haré que mi secretaria se ocupe de las invitaciones y todo lo demás. Recemos para que el vestuario de mis sobrinos conste de algo más que faldas escocesas y calcetines de lana.

—Nunca he visto a un hombre con falda escocesa —murmuró Daisy.

* * *

Kenneth respiró más tranquilo después de salir de la Casa Dower. Durante toda la visita, su madre no había sacado a relucir ni una sola vez su tema favorito. La inminente visita de aquellos primos de las Highlands parecía haberla distraído del espinoso asunto de su soltería.

Había aceptado que tenía la obligación de casarse y proporcionar herederos al ducado de Ramsay, pero no tenía ninguna prisa, disfrutaba de su vida de soltero. Sería entretenido escoltar a sus primos escoceses en su visita por la ciudad.

La última candidata que su madre le había encontrado podría llegar a ser una esposa aceptable, tan solo faltaba que Priscilla Graham no insistiera en que la llamaran por el apodo que le había puesto su abuelo escocés. ¡Una duquesa llamada Piper! Era inconcebible.

Seguramente se mostraría razonable al respecto, aunque aún no había podido convencerla. Quizás si le ofrecía matrimonio...

Lo pensaría mejor después de que los King regresaran a Escocia. Si su producto resultaba medianamente decente, podría presentarle a su hombre de negocios.

Mientras tanto, disponían de dos semanas para organizar un programa de eventos sociales para los visitantes. Organizar un baile era una buena idea, salvo que su madre sin duda invitaría a Priscilla y esperaría que bailara con ella toda la noche. La idea de presentar a sus primos como los reyes del wiski de las Highlands le levantó un poco el ánimo. Daisy, por su parte, parecía encantada con la idea de conocerlos.

* * *

—¿No vas a abrirlo?

Sentada en el sofá de la casa de Londres de sus padres, Piper Graham se quedó mirando el sobre elegantemente grabado que sostenía en las manos. Hacía más de una semana que no sabía nada de Kenneth Hawkins. ¿Cómo decirle a su madre casamentera que esperaba que el duque hubiera decidido retirar su petición? La misiva era de la duquesa viuda, pero estaba claro que el sobre contenía una invitación.

—Llegó con la nuestra —anunció lady Graham con los ojos brillantes de expectación—. Es una invitación para la Casa Ramsay.

Piper quería creer que sus padres nunca la obligarían a un matrimonio no deseado, pero era evidente que pensaban que Kenneth Hawkins era un regalo del cielo. Si su hija se casaba con él, se convertiría en duquesa. Kenneth era amable, generoso, tenía un título y era fuerte y guapo; Piper esperaba que siempre fueran amigos, sin embargo, ella soñaba con encontrar un amante apasionado, un hombre que la amara. Kenneth era más bien formal y acartonado, y su madre jamás entendería que ella deseara un matrimonio fundado en el amor mutuo. Quizás tal cosa no existiera y estaba siendo demasiado ingenua.

Pero vacilar no le servía de nada, de modo que abrió el sobre.

—Es una invitación a la Casa Ramsay —confirmó.

—Quizás sea una buena ocasión para hacer un anuncio —sugirió sonriente su madre.

Piper se sintió aliviada al descartar esa posibilidad.

—Al parecer, es para dar la bienvenida a unos primos de la familia Hawkins que vienen de visita desde Escocia.

A lady Graham se le borró la sonrisa.

—¡Oh, vaya! —murmuró—. Escocia. No había leído ese detalle.

Piper pensó que ya era hora de que su muy inglesa madre superara la antipatía que sentía por su suegro escocés. Para Piper, el abuelo Jock era un buen hombre, pero, por alguna razón, Margaret Graham y él nunca se habían llevado bien.

Como las invitaciones habían llegado por separado y ambas procedían de la duquesa viuda, Piper no vio ningún inconveniente en aceptar, aunque había sido precisamente Maureen Hawkins quien se las había ingeniado para presentarlos a Kenneth y a ella.

Aun así, conocer a los primos de Escocia sonaba más interesante que la mayoría de los

bailes a los que su madre insistía en que asistiera.

* * *

Oliver Graham seguía amando a su mujer con locura, aunque a veces eso lo hacía dudar de su propio juicio. Desde un principio, se resistió a admitir que Margaret no lo quería, pero ignoró las advertencias de su padre sobre los matrimonios sin amor y se casó con ella de todos modos.

Su mujer pronto se cansó de su Galloway natal, donde se habían conocido cuando ella visitaba a un primo lejano. Creía que todos los escoceses eran provincianos e incultos, a pesar de que él había asistido a Eton y se había graduado *magna cum laude* en Oxford.

Acabó cediendo a sus constantes reclamos de volver a Londres, donde había nacido ella. Las inversiones del dinero familiar les habían proporcionado un estilo de vida opulento. No les faltaba de nada, pero Margaret nunca parecía satisfecha.

Lo mejor que había surgido de su matrimonio era Priscilla. Su hija era inteligente y hermosa, pero tenía un espíritu libre. Le gustaba que la llamaran *Piper*, un apodo que el padre de Oliver le había puesto la última vez que él y su hija visitaron Galloway. Él estaba de acuerdo con que Priscilla no era un nombre que le sentara bien. Margaret, en cambio, odiaba aquel apodo, probablemente porque se le había ocurrido a Jock Graham. Ella estaba decidida a casar a su hija con un caballero noble, y, tarde o temprano, las rígidas aspiraciones sociales de Margaret y el deseo de Piper de vivir la vida según sus propias reglas colisionarían. Entonces Oliver tendría que tomar una decisión imposible y ponerse del lado de su mujer o el de su hija.

El Caballo Blanco

Los King llegaron a Edimburgo empapados. Había llovido durante todo el agotador viaje desde Glengeárr. La lona que cubría el carro, que normalmente utilizaban para transportar barriles y cajas, les había proporcionado escaso cobijo durante las noches y ninguno en absoluto durante las largas jornadas. Tavish empezó a cuestionarse la conveniencia de viajar hasta Londres, sobre todo desde que su tío Gregor había decidido acompañarlos.

«Solo para asegurarme de que todo vaya bien, ya sabéis», había dicho.

Apenas pudieron objetar nada luego de que se ofreciera a pagarles el billete de cuatro libras a todos. No tenían ni idea de dónde habría conseguido semejante suma, y aun más sorprendente era que estuviera dispuesto a desprenderse de ella.

Sin embargo, el servicio nocturno del Correo Real los llevaría a la capital en una fracción del tiempo que prometía cualquier otro medio de transporte, por lo que no discutieron.

De camino a Edimburgo, tuvieron que avanzar penosamente por el barro y echar una mano para sacar las ruedas de las carretas atascadas en los profundos surcos. Auld Jamie, que había trabajado como cochero para la familia King durante décadas, manifestaba con frecuencia su hosca opinión de que iban en una misión estéril. «Nada bueno ha venido nunca de Londres».

Como cabía esperar, el sol asomó en cuanto llegaron a la posada del Caballo Blanco, no había ni una nube en el cielo. Jamie soltó una sonora carcajada mientras se dirigía a los establos y los demás quedaban fuera de la posada con el cabello empapado por la humedad.

—Le estaría bien empleado si se topara con una tempestad de nieve de camino a casa —murmuró Tavish en voz baja, indignado con los transeúntes que se quedaban mirándolos al pasar.

—Entremos —sugirió Payton mientras levantaba el equipaje mojado.

Niven se ocupó de la caja de wiski que planeaban pasar de contrabando.

Cuando entraron en el vestíbulo de la posada, todas las cabezas se giraron hacia ellos. Algunos rieron.

—Supongo que nunca antes habían visto viajeros mojados —dijo Niven.

—Creo que tiene más que ver con nuestros kilts —replicó Payton—, y el hecho de que nadie más tenga el aspecto de una rata escurrida.

—Sí —suspiró Gregor—. Es raro ver a un hombre con kilt en Edimburgo. Es una pena.

Tavish no estaba seguro de cómo sabía eso su tío, pues no había salido de Glengeárr en su vida. Mientras pensaba en aquello, Gregor se dirigió al posadero y le anunció secamente lo que necesitaban: una habitación, comida caliente y un baño.

Para sorpresa de los hermanos King, este proceder tan frontal funcionó.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar? —preguntó el posadero.

—Hasta que salga el correo de Londres —respondió Gregor.

—Dos días, entonces.

—Sí.

—Puedo garantizaros asientos dentro, si lo deseáis.

—Bien —respondió Gregor sacando un fajo de billetes de su bolsa de piel.

Los King intercambiaron miradas de asombro.

El posadero observó el fajo.

—Por los cuatro, son veinte libras.

Gregor frunció el ceño.

—No. Dieciséis libras.

—Más una pequeña tarifa por las molestias. Y puedo asegurarme de que el guardia haga la vista gorda con esa caja.

—Te daré dieciocho libras, que cubrirán el coste de la habitación y el traslado asegurado de la caja.

Sacó los billetes y los apretó contra el pecho del posadero, le quitó la llave que este sostenía en la mano y demandó que lo acompañaran a su habitación.

—Después de todo, quizás sea bueno que haya venido el tío —dijo Niven con una sonrisa mientras seguían a un chiquillo andrajoso al que habían encargado que les indicara el camino.

—No espero gran cosa —murmuró Tavish mientras atravesaban la estrecha y alarmantemente chirriante escalera de madera que conducía al tercer piso.

Se sorprendió gratamente cuando vio que la habitación era espaciosa y estaba limpia, aunque el yeso descascarado delataba una humedad omnipresente.

El muchacho se arrodilló para encender el carbón que ya estaba preparado en la chimenea.

—Pensad —dijo Gregor mientras se quitaba las faldas empapadas—, que Mary, reina de Escocia, se alojó en esta misma posada. Lleva ese nombre por su jamelgo favorito.

—Me parece que el enlucido de la habitación no se ha renovado desde entonces —bromeó Payton.

Gregor lo fulminó con la mirada.

—No tienes sentido de la historia.

—Solo digo que no le vendría mal una capa de pintura —replicó Payton.

Tavish estaba más preocupado por el hecho de que solo hubiera dos camas, así que aprovechó la distracción.

—Niven y yo nos quedaremos con esta —dijo mientras se sentaba en el delgado colchón y se quitaba las botas.

Payton se enfurruñó y Tavish se encogió de hombros. Como hermano mayor, estaba en su derecho de decidir quién dormía dónde. Gregor roncaba ruidosamente durante las numerosas ocasiones en que se quedaba dormido en su mecedora, dudaba que nadie más que su tío pudiera dormir mucho aquella noche.

—Diré a los mozos que traigan una tina —dijo el muchacho, aún con la vista fija en el fuego incipiente—, pero mi padre no me dejará traeros comida aquí. Insiste en que vayáis al salón.

—De acuerdo —respondió Tavish, que consideraba una pérdida de tiempo discutir con el muchacho que solo cumplía las órdenes de su padre—. Primero el baño, por favor, y luego iremos al salón. Eso sí, ¡con mucha agua caliente!

—Sí, señor —fue la cortés respuesta—. Me llamo Cormac.

—Por mucho que me apetezca quitarme esta ropa mojada —dijo Gregor cuando el chico se marchó—, no quiero quedarme aquí desnudo mientras esperamos a que llegue el baño.

—Cierto, tío —dijo Payton guiñándole un ojo a Tavish—. Y los muchachos de la posada se quedarían pasmados si vieran a cuatro highlanders completamente desnudos.

Tavish pensó en gastar una broma a su tío, pero el hombre no tenía sentido del humor.

—Bueno, yo estaré listo para cuando llegue el agua —dijo quitándose los calcetines. Luego se incorporó, se desabrochó el kilt y lo dejó caer. Le siguió la chaqueta de lana y se quedó solo con la camisa larga con volantes en el cuello.

Payton y Niven estuvieron de acuerdo con la idea y los tres hermanos no tardaron en quedarse casi desnudos. Gregor vacilaba, lo que le aseguraba que no sería el primero en tomar el

baño.

Oyeron el ruido de la tina metálica subiendo por las escaleras mucho antes de que cuatro chiquillos desaliñados que aparentaban unos diez años la metieran por la puerta.

Los King nunca habían empleado a niños menores de trece años para trabajar en la destilería, aunque algunas viudas les habían suplicado que contrataran a sus hijos e incluso a sus hijas. Destilar un buen wiski requería experiencia y habilidad. Los hombres en los que confiaban llevaban años trabajando para la familia, algunos desde la época de su padre. Los pocos adolescentes al servicio de los King eran hijos impacientes por aprender las habilidades de sus padres. No estaba bien esperar que los niños fueran el sostén de la familia.

—Traigo un tendedero —anunció Cormac desplegando el armazón de madera frente al fuego.

—Muy considerado —respondió Gregor—. Nuestras ropas se secarán enseguida.

Los cuatro muchachos depositaron la tina de hierro y desaparecieron rápidamente para ir a buscar el agua.

Cormac observó la ropa esparcida por el suelo y empezó a recoger faldas y calcetines, los que colocó sobre el tendedero. Al ver que no encontraba lo que buscaba, frunció el ceño y preguntó:

—¿No lleváis calzones?

—No —contestó Gregor sacándose la camisa de la falda—. Estas son lo suficientemente largas como para envolverlas entre las piernas y proteger las joyas de la familia.

La irrupción de los mozos con sus cubos distrajo a Cormac de su atónita expresión y a los hermanos King de su jocosa diversión.

Tavish se quitó la camisa y se metió en la bañera antes de que los sudorosos muchachos acabaran de marcharse. Mientras el agua caliente le calaba hasta los huesos, se sintió agradecido. Como hijo primogénito de Moira y Walter King, a menudo había cargado en sus hombros la infelicidad de sus padres. Amaba a Payton y a Niven y había protegido a sus hermanos pequeños de los puños de su progenitor; sin embargo, le satisfacía enormemente que, en el mejor de los casos, el agua estuviera apenas tibia para cuando les tocara el turno del baño a los demás.

Tras enjabonarse y enjuagarse la mayor parte del cuerpo, centró su atención en sus partes masculinas. Su tío insistía en que no hacía falta que le gustara la mujer con la que se casara, pero él esperaba que así fuera. La intimidad con una esposa solo para engendrar hijos no le atraía. Si tenía que casarse, quería una muchacha enérgica que lo quisiera. Aquel era un sueño tonto, pero, como hombre, era lo que realmente añoraba.

Como era de esperar, sus bromistas hermanos no dejaron de notar su erección cuando salió de la bañera.

Las risitas burlonas se esfumaron cuando Gregor aprovechó la distracción y se dejó caer en la bañera con un sonoro chapuzón que hizo que el agua cayera en cascada por los lados.

Rosas amarillas

A la mañana siguiente de recibir la invitación a la Casa Ramsay, Piper presintió, en cuanto llegó al pie de la escalera, que había alguna otra razón para el enrojecimiento que había visto en la cara de su madre.

—Tienes que ver las rosas —musitó lady Graham tomándola del brazo.

Piper no dudaba de que serían rosas amarillas y deseó no haberle confiado nunca su flor favorita a Kenneth Hawkins.

El suntuoso ramo estaba colocado en el centro de la mesa de desayuno. Claramente, su madre había querido asegurarse de que no pasara inadvertido, como tampoco el pequeño sobre adjunto. Lo abrió, leyó el breve mensaje garabateado en la tarjeta y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué dice?

Piper sospechó que su madre ya había echado un vistazo al contenido del sobre abierto, así que era mejor decirlo.

—El duque de Ramsay me informa de que espera que lo acompañe a dar un paseo por el parque Hyde más tarde.

—¡Estupendo! —exclamó su madre—. ¿No te parece, querida?

Oculto tras el periódico Times, Oliver Graham se limitó a gruñir.

—Había quedado con Carolyn y Esther en la biblioteca esta tarde —mintió Piper.

—¡Tonterías! —replicó su madre mientras ocupaba su sitio en la mesa—. Tienes a un duque interesado en cortejarte y, no obstante, prefieres evitarlo y pasar el tiempo con tus frívolas amigas. No te entiendo en absoluto.

Piper se sintió ofendida por el insulto proferido contra sus más queridas amigas y no supo qué pensar ante el nuevo gruñido procedente de detrás del Times. ¿Su padre tampoco la comprendía o estaba censurando el exabrupto de su mujer? ¿Era él un aliado o...?

—Me gusta Kenneth Hawkins —dijo ella—, pero simplemente no quiero casarme con él.

—Claro que no —replicó su madre con los ojos entornados—. Te niegas a sacar a esta familia de la pobreza porque albergas ideas románticas en esa tonta cabeza tuya.

De repente, el Times se desplomó sobre el regazo de su padre.

—Vamos, Margaret —refunfuñó Oliver—. Decir que somos pobres es un poco excesivo.

Piper sintió que las paredes se le echaban encima. Los Graham estaban lejos de ser pobres. Vivían en una opulenta casa adosada en el mejor vecindario, comían bien, vestían ropa a medida, tenían un ejército de sirvientes competentes y se desplazaban por la ciudad en carruajes costosos. Sus establos estaban llenos de caballos de primera calidad y ningún comerciante les negaba crédito. No era que se casara con un hombre al que no amaba lo que había disgustado a su padre, era la insinuación de que tenían dificultades económicas lo que había ofendido su sensibilidad.

* * *

Como era de esperar, la puerta principal de la casa de los Graham se abrió antes de que Kenneth llamara a ella.

—Alteza —dijo el mayordomo inclinándose cortésmente—. ¿Me permitís vuestro sombrero?

—Higgins —saludó Kenneth quitándose el sombrero y los guantes de piel de cabritilla.

—¡Alteza! —exclamó lady Graham, que apareció justo en el momento en que Kenneth entregaba el sombrero y los guantes al mayordomo.

Kenneth se decepcionó de que Priscilla no hubiera llegado a saludarlo primero, pero quizás

era más apropiado que lo hiciera su madre.

—¡Oh! ¡Las rosas son magníficas, Alteza! —dijo su anfitriona tomándolo del brazo.

Él se sobresaltó ante aquel gesto demasiado familiar. Sin duda, la mujer no creería que el ramo era para ella...

—¿Lo ha recibido vuestra hija? —le preguntó, molesto por tener que pedir confirmación como si fuera un adolescente ansioso.

—Os está esperando en el salón —le respondió ella mientras lo acompañaba—. ¿Un té antes de embarcaros en vuestra aventura?

Sería descortés rechazar el ofrecimiento de una bebida, aunque hubiera preferido salir de inmediato hacia el parque Hyde.

—Por supuesto, encantado —respondió.

—Té, Higgins —pidió lady Graham al mayordomo cuando entraban en el salón.

Priscilla se puso de pie e hizo una graciosa reverencia. Era la viva imagen de la belleza, ataviada con su falda y su chaqueta de terciopelo púrpura a juego con el color de sus intrigantes ojos. El cuello de volantes de su blusa blanca como la nieve acariciaba su largo cuello. Su maravilloso cabello castaño estaba recogido en una especie de moño. Él supuso que era apropiado para un paseo por el parque, aunque le habría gustado verlo caer sobre sus hombros alguna vez. No supo qué pensar de su ceño fruncido. ¿Estaba ansiosa por estar a solas con él y le molestó su retraso? ¿O no le habían gustado las rosas?

Imposible.

Eligió creer que estaba impaciente por pasar la tarde con él.

—Mi querida señorita Graham —le dijo cogiéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie —. No hay necesidad de formalidades.

Cuando su madre carraspeó, él reparó en que había tocado la mano desnuda de su hija sin guantes.

—Lo siento —murmuró, agravando deliberadamente la ofensa al llevársela a los labios y darle un beso ceremonioso. Al fin y al cabo, él era un duque.

—Alteza —susurró Priscilla retirando rápidamente la mano—. ¿No queréis tomar asiento?

Él esperaba poder sentarse a su lado, pero ella le señaló un sillón frente al sofá. Convencido de que las damas se habrían fijado en la calidad de su finísima levita azul, hizo el gesto de levantarse el faldín antes de acomodarse en el sillón. Priscilla tendría una buena visual de sus pantalones de gamuza a medida, así que cruzó las piernas y pensó que sentarse frente a ella era lo mejor.

Una sirvienta trajo el carrito del té y el ritual comenzó. Nunca había entendido qué le gustaba tanto a la gente de aquel misérrimo brebaje. Al igual que su madre escocesa, solo lo toleraba con grandes cantidades de azúcar.

* * *

Piper tuvo que admitir que su visitante sabía cómo vestirse. El abrigo azul hacía juego con sus ojos. Su ayuda de cámara debió haber pasado horas puliéndole las botas. Los pantalones se ceñían bien a sus largas y musculosas piernas. A lo mejor estaba siendo una tonta. Si se casaba con Kenneth Hawkins, se convertiría en duquesa; si no lo hacía, esa pasión que anhelaba tal vez jamás llegara. ¿En qué situación se encontraría entonces? Sería una solterona avejentada que seguía suspirando por el amor verdadero.

—Gracias por las rosas —dijo ella cuando se dio cuenta de que debió haber mencionado algo antes.

—Es un placer —respondió él haciendo una mueca mientras sorbía su té.

—¿El té darjeeling no es de vuestro agrado? —le preguntó, provocando una mirada fulminante de su madre.

—Un poco más de azúcar, tal vez —respondió él.

Piper se sorprendió. Ya le había echado tres cucharadas colmadas, estaba claro que no le gustaba el sabor del té.

—Personalmente —continuó, complacida de descubrir que tenía algo en común con él— nunca he adquirido gusto por el té.

—Yo tampoco —confesó él con una sonrisa que reveló dos encantadores hoyuelos y acalló los aspavientos de su madre—. Supongo que lo bebemos porque es lo que se estila.

—¿Os gusta más el café, Alteza? —inquirió su madre—. Llamaré a Higgins.

—No, gracias, lady Graham —respondió mientras dejaba la taza y el platillo sobre la mesa y se ponía en pie—. Perdonad mi descortesía, pero prefiero comenzar nuestro paseo antes de que el gentío llegue al parque.

Piper aceptó su mano, sorprendentemente cálida, para ayudarla a ponerse de pie. Era la primera mano masculina que había tocado directamente sin guantes, aparte de su padre y su abuelo. La mano de Kenneth era fuerte y suave al mismo tiempo. Empezaba a pensar que, después de todo, el paseo con el duque de Ramsay podría resultar agradable.

El coche de correos

En general, el Caballo Blanco no era un mal sitio para alojarse. Cormac mantenía el fuego encendido y la comida era decente. Después de la cena del segundo día, Tavish y sus hermanos recogieron sus cosas y se apresuraron a salir para ver cómo cargaban los sacos de correo en el compartimento trasero del coche nocturno del Correo Real.

El guardia, elegantemente ataviado, procedió a preparar su arsenal: un arcabuz y dos pistolas. Ansiosos por ponerse en marcha, los King habían dejado que Gregor arreglara cuentas con el posadero, pero a Tavish le pareció inquietante el despliegue de armamento.

—Lo juro —declaró Payton, aparentemente imperturbable ante la posibilidad de un asalto —. Si el tío ronca como serrucho todo el camino hasta Londres...

—Está garantizado que lo hará —respondió Niven.

— Aquí viene —les advirtió Tavish—. Esperemos que la casa de nuestra tía Maureen sea lo bastante grande para que le den su propia habitación.

—Todo arreglado, muchachos —anunció Gregor lanzando su bolsa al sorprendido conductor—. Iremos dentro, como prometí.

Apiñados alrededor del carruaje, la pequeña multitud de compañeros de viaje los fulminaron con la mirada. Si los King ocupaban los cuatro asientos del interior, el resto tendría que viajar en el techo o junto al conductor. Era bien sabido que los pasajeros que iban fuera a veces se caían del coche o morían congelados en invierno. Tavish podía soportar los ronquidos de su tío si eso significaba viajar dentro con relativa calidez y comodidad.

—Si un hombre con kilt se monta en ese techo —declaró Gregor en voz alta—, hay pocas probabilidades de que llegue a Londres con las joyas de la familia intactas.

Las miradas hostiles se convirtieron en gruñidos.

—Menos mal que el carruaje no se detiene en el camino —dijo Payton—, o alguno de nuestros compañeros de viaje podría caer en la tentación de matarlo.

Aparentemente, Gregor había oído parte del comentario.

—El carro tendrá que detenerse para cambiar los caballos y recoger el correo.

—He oído que no se detienen —respondió Niven—. Simplemente lanzan los sacos de cartas.

—Alguien te ha tomado el pelo —replicó Gregor subiendo a bordo de un salto apenas el conductor abrió la puerta.

Cuando Tavish subió, quedó gratamente sorprendido por el impecable y bien tapizado habitáculo. Había mucho espacio para las piernas, incluso para tres highlanders altos. Se sintieron aliviados al ver su preciada caja acomodada en un rincón. El posadero había cumplido su parte del trato.

Diez horas más tarde, sintió el fuerte impulso de estrangular a su tío, que se había quedado dormido antes de que el carro saliera del Caballo Blanco y roncaba ruidosamente desde entonces. Había sido imposible despertarlo, incluso cuando todos los demás tuvieron que apearse y ayudar a empujar el coche por una cuesta especialmente empinada. La luna llena iluminaba los rostros demacrados de los pasajeros del exterior. Hasta el imponente uniforme granate y dorado del guardia había perdido todo su esplendor.

Tavish y sus hermanos somnolientos atendían a la llamada de la naturaleza durante las breves paradas que hacían para cambiar de caballo y de conductor, pero Gregor, al parecer, tenía una vejiga más amplia.

Rara vez se detenían a recoger el correo. El guardia arrojaba los sacos fuera y recibía las nuevas entregas desde el coche. Tavish dudaba de que su tío se lo creyera si se lo contaban cuando despertara.

De vez en cuando, el guardia hacía sonar una corneta para alertar a la estafeta de la inminente llegada del coche y avisar a los guardas del peaje que abrieran las puertas, algo que parecía suceder cada vez que estaban por quedarse dormidos.

—El tío me ha dicho que los coches de correo están exentos de pagar peaje —les informó un adormilado Niven—, y se aplica una multa si el carruaje se ve obligado a detenerse.

Amaneció y en algunos de los puestos aparecieron vendedores. Tavish compró empanadillas. Él y sus hermanos rieron cuando Gregor se desperezó y cogió una.

—No tengo mucha hambre —afirmó—. No he pegado ojo.

Era casi mediodía cuando llegaron a las afueras de Londres. Tavish esperaba poder comprar más empanadillas, pero solo había huevos cocidos y pan del día en los siguientes puestos. No obstante, era mejor que nada.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Payton arrugando la nariz—. Huele peor que en Edimburgo.

—Demasiada gente viviendo muy apiñada —respondió Tavish, que ya echaba de menos el fresco aire de las Highlands—. O quizás las tuberías de nuestro tío por fin han empezado a funcionar.

A media tarde bajaron del carro frente a la cafetería Gloucester de Piccadilly. Agotado, Tavish no tenía ni idea de qué hacer a continuación, por lo que agradeció que Gregor se hubiera despertado por fin.

—No os preocupéis —los tranquilizó su tío—. Maureen me indicó que cogiéramos un coche de alquiler.

Al poco rato había conseguido un vehículo y le indicó al conductor que se dirigiera a la Casa Ramsay.

—No conozco la calle —le dijo al hombre, que lo miró como si estuviera loco antes de afirmar que él sí sabía dónde estaba.

—Supongo que ocurriría lo mismo si alguien viniera a Glengeárr y preguntara por nuestra destilería —dijo Payton encogiéndose de hombros.

Tavish asintió con la cabeza, aunque pensó que Londres sería un poco más grande que su ciudad natal.

* * *

Gregor nunca había viajado fuera del valle de las Highlands, donde había vivido toda su vida. En Edimburgo se había sentido fuera de su elemento, pero Londres era un asunto completamente distinto. Tan solo el hedor era suficiente para que un hombre renunciara a comer durante una semana, olor a orines y excrementos de caballo, a menos que le fallara el olfato. ¡Y había montones de basura en medio de la calle!

Cuando buscaban el coche en Piccadilly, habían visto vagabundos harapientos mendigando en todas las esquinas.

La cacofonía de ruidos era ensordecedora: vendedores ambulantes, multitud de carruajes a toda velocidad y en todas direcciones, hombres gritando a nadie en particular y sin motivo aparente... Sintió un gran alivio cuando por fin consiguió ese coche, aunque casi tuvo que golpear al caballo con su bastón para que parase.

No podía permitir que sus sobrinos percibieran ninguna inseguridad por su parte, dependían de él y no iba a defraudar a sus muchachos.

El coche por fin dejó atrás las abarrotadas calles de la ciudad, donde los barrios parecían más florecientes. Freddie Hawkins procedía de una familia adinerada, pero eso no garantizaba que le hubiera ido bien en la vida. Gregor solo podía esperar que la casa de su hermana fuera razonablemente confortable.

Parque Hyde

—Parece que no lloverá —dijo Kenneth mientras entraban al parque Hyde.

Le irritó, siendo un hombre orgulloso de su reputación de brillante conversador, haber recurrido a soltar un comentario tan trillado sobre el tiempo. No estaba seguro de por qué se sentía tan nervioso. Su carruaje y los magníficos corceles con sus arneses atraían las miradas envidiosas de los que pasaban, su acompañante era una mujer hermosa, elegantemente vestida, cuya sonrisa demostraba que estaba disfrutando del paseo, su propio atuendo estaba impecablemente confeccionado, él respondía a todos los saludos de los que pasaban con la debida cortesía, los Graham habían enviado a una criada como chaperona de su hija...

Todo era como debía ser, pero se sentía incómodo.

—Ni una nube a la vista, Alteza —respondió Priscilla mirando el cielo.

Cuando estuvieran casados, él podría hacer llover besos sobre su largo cuello. Aquel pensamiento debería haber despertado el interés en sus partes íntimas, pero, por desgracia, su miembro viril no reaccionó. Quizás la idea del matrimonio le provocaba demasiada ansiedad.

Perplejo, trató de borrar el ceño fruncido de su agraciado rostro.

—Creo que ya es hora de que seamos menos formales el uno con el otro. Siéntete libre de dirigirte a mí como *Ramsay*.

No estaba seguro de por qué aquella generosa oferta pareció incomodarla, pero siguió adelante.

—Y, con tu permiso, te llamaré Priscilla.

—Como ya os he dicho, prefiero Piper, Alteza —respondió ella secamente y dándole la espalda.

Estaba claro que no era el momento de discutir lo inapropiado del apodo al que parecía decidida a aferrarse. En un intento de atraer su atención de la gente que pasaba, se le ocurrió mencionar a sus primos.

—Los King están de camino —anunció.

Ella se giró para mirarlo, pero seguía con el ceño fruncido.

—¿Los King?

Su rostro enrojeció. ¿Podría haber hecho una declaración más confusa?

—Eh... mis primos, su apellido es King. Son de Escocia.

—¡Oh! —respondió ella.

—El baile es en su honor.

—Así que podré conocerlos, supongo —respondió ella sin mucho entusiasmo.

A él se le hizo un nudo en el estómago, pero al menos había aceptado asistir al baile.

* * *

Piper se mordió el labio inferior luchando por refrenar su lengua. Si ella y Kenneth Hawkins se casaban, ¿él esperaría que lo llamara *Ramsay* mientras estuvieran en medio de un encuentro sexual? La idea era casi cómica si no fuera tan patética.

¿Y qué había de malo en querer que la llamaran Piper? Estaba claro que el apodo a él le desagradaba. Bueno, a ella le parecía igualmente desagradable la idea de dirigirse a él por su título. ¡Como si en la familia Hawkins hubieran sido todos duques desde siempre! La inesperada muerte de varios de sus primos fue la causa de que el padre de Kenneth heredara el ducado. Sin embargo, a la madre de Piper no le importaba nada de aquella historia. Un duque era un duque.

Lamentó que su reacción hubiera contrariado a Kenneth. Era un hombre realmente

agradable que se había esforzado mucho por impresionarla con aquella salida. El paseo en carruaje y las rosas indicaban que iba en serio con ella. A juzgar por los gemidos de consternación y los cacareos que procedían del asiento trasero, su criada también pensó que había sido grosera.

Pero ¿cómo podía explicarle a un hombre al que apenas conocía que ella ansiaba enamorarse perdidamente? Se sentiría insultado si le dijera que solo lo veía como un amigo.

Probablemente la consideraría una estúpida.

Y quizás tendría razón.

* * *

—Me alegra que pienses asistir al baile —le dijo Kenneth—. Mi madre y yo creemos que es la forma más conveniente de presentar a mis primos en sociedad.

—¿Por qué han decidido hacer este largo viaje? —preguntó ella.

— Son propietarios de una destilería en Escocia y, al parecer, necesitan inversores para financiar unas reformas.

—¿Una destilería? —preguntó con sus ojos color amatista muy abiertos.

Kenneth se alegró de ver que, al parecer, se había recuperado de su enfado. Pero ¿qué tenía de emocionante una destilería?

—De wiski —le explicó.

—¡A mi abuelo le encanta el wiski! —exclamó ella sonriendo abiertamente—. Claro, él es escocés.

Aquello reavivó su ánimo.

—Ya sabes que mi madre también es escocesa.

—Me pareció percibir un leve dejo de acento escocés —dijo ella con una risita.

A Kenneth se le cortó la respiración. Fue el inesperado tema del wiski lo que había propiciado la conversación más relajada que había mantenido con Priscilla Graham hasta el momento.

Tal vez la visita de sus primos allanara el camino para que su propuesta tuviera éxito.

* * *

Oliver estaba trabajando en su estudio cuando entró Margaret. Los ojos enrojecidos y un pañuelo en una mano le indicaban que había estado llorando. No era un comportamiento inusual, pero Oliver se puso en pie de un salto para abrazarla, maldiciéndose por haber complacido su histrionismo.

—¿Qué ocurre?

— ¡Oh! Solo estoy contenta de que Priscilla haya salido con su caballero.

Él intuía que Piper no sentía ningún cariño por ese caballero, pero su mujer ya estaba angustiada, así que no quería iniciar una discusión que no podía ganar. Tenía que haber algo más en aquel despliegue de lágrimas, y ella acabaría contándoselo.

—A Su Alteza no le gusta el té —se lamentó secándose los ojos con el pañuelo.

Oliver no entendía nada.

—Y estás disgustada por esto porque...

—¿No lo ves? Tenemos que encargar más café. No tenemos suficiente para servirle su bebida preferida cada vez que visite a Priscilla.

Oliver dudaba de que el café fuera la bebida preferida de Ramsay, pero accedió, como siempre hacía.

—Por supuesto —dijo—. Me ocuparé.

Bienvenidos a la Casa Ramsay

Ninguno de los que viajaban en el coche dijo una sola palabra, pero Tavish sintió que la tensión aumentaba cuando el vehículo se desvió por una avenida increíblemente ancha y arbolada, en un barrio alejado del abarrotado centro de la ciudad. Dejando atrás mansiones que parecían lo bastante grandes como para albergar a toda la población de Glengeárr, continuaron por un serpenteante camino de entrada.

—Está claro que no sabe dónde está — murmuró finalmente Gregor, preparando su bastón para golpear el techo del carro.

Tavish se puso de pie.

—¡Espere! —fue lo único que llegó decir cuando el coche se detuvo ante una magnífica casa.

—¡Esto no puede ser correcto! —exclamó Gregor mientras contemplaban lo que solo podía describirse como un palacio de cinco plantas.

—Cuántas chimeneas... —murmuró Niven—. ¿Creéis que todas corresponden a un hogar diferente?

—Este no es el sitio correcto —insistió Gregor—. Sé que Maureen se casó con un noble, pero...

—¡Bienvenidos! —exclamó un lacayo vestido de librea mientras abría la puerta del coche —. Caballeros, habéis recorrido un largo camino desde Escocia.

—Sí —respondió Gregor, que sacó su fajo de billetes después de que lo ayudasen a bajar.

Otro hombre apareció, más viejo y vestido de manera más formal.

—Harrison, a vuestro servicio. Soy el mayordomo de Su Alteza. James Footman se ocupará de vuestro cochero.

Después de que los ayudaran a todos a bajar las escaleras del coche, los hermanos se quedaron boquiabiertos ante el ejército de sirvientes que había aparecido para llevar sus maletas.

—¿Su Alteza? —murmuró Tavish.

—La señora Harrison es nuestra ama de llaves —les explicó el mayordomo señalando a una mujer mayor con forma de pera que salió de la casa contoneándose—. Ella os acompañará a vuestros aposentos. No es una pariente, me adelanto a añadir.

—Un momento —dijo Gregor—. ¿Y mi hermana?

—La duquesa viuda os ha invitado a cenar a la Casa Dower, pero ha pensado que os gustaría refrescaros y cambiaros antes. Estaréis a gusto aquí, en la casa principal. Hay más habitaciones para invitados y otras instalaciones modernas, como comprenderéis.

Sin palabras ante la opulencia del enorme vestíbulo de la casa, los King y su tío se subieron los calcetines caídos y siguieron a la ama de llaves como un rebaño de ovejas lanudas. Sin quitar ojo a los criados con peluca que llevaban su equipaje, Tavish miró hacia la entrada, aliviado de que no hubieran dejado un rastro de huellas embarradas sobre las baldosas pulidas.

En el segundo piso, la señora Harrison abrió de golpe la puerta de una habitación

—Para el hermano de la viuda —anunció.

Los King intercambiaron una sonrisa recelosa mientras seguían a su tío a un enorme dormitorio con una gigantesca cama con dosel sobre una tarima elevada en el centro de la estancia. El cortinaje de terciopelo verde debía de costar una fortuna.

Gregor vaciló.

—No lo entiendo... ¿Mi hermana no vive aquí?

—La duquesa Maureen se mudó a la Casa Dower tras la muerte de su marido —explicó la señora Harrison—. Su hijo es ahora el duque de Ramsay.

—¡Pero Freddie Hawkins no era duque cuando se fugaron! —exclamó Gregor—. Y yo no sabía que su marido había muerto. ¿Tengo otro sobrino?

El rostro de la señora Harrison se agrió como si hubiera mordido un limón. Evidentemente, se sentía incómoda con aquellos detalles personales.

—Y una sobrina. Sin embargo, estoy segura de que la señora se ocupará de responder vuestras preguntas. Si me seguís —dijo a los hermanos—, os acompañaré a vuestros aposentos.

Asombrado como estaba por la inesperada majestuosidad de la casa, Tavish se rio para sus adentros. Nunca habían imaginado que sus parientes londinenses fueran tan ricos y, sin duda, bien relacionados. Le iba a costar acostumbrarse a la vida lujosa, pero estaba decidido a aprovecharla al máximo.

* * *

—¿Me veo bien, Sims? —preguntó Kenneth.

—Sí, Alteza —respondió su ayuda de cámara—. Estoy seguro de que vuestros primos quedarán impresionados con vuestro atuendo formal para la cena.

Kenneth estaba seguro de que su ayuda de cámara no se daba cuenta de que había puesto de manifiesto una inquietud que acechaba en el corazón de su amo. Aún no había conocido a ningún visitante que declinara la oferta de los servicios de un ayuda de cámara. Al parecer, su tío Gregor había dejado claro que era perfectamente capaz de ayudar a sus muchachos a vestirse.

Por lo visto, el tío que había repudiado a su madre treinta años atrás seguía conservando el mismo carácter arisco de entonces.

Sus «muchachos», los primos de Kenneth, eran una incógnita. ¿Se había vestido demasiado formal? ¿Se sentirían avergonzados y pensarían que era un pomposo noble inglés? ¿Y por qué iba a importarle su opinión? Procedían de un remoto valle escocés de las Highlands y posiblemente carecían de ninguna educación. Destilaban wiski, seguramente de forma ilegal. ¿Habría sido el tío a quien se le había ocurrido la estúpida idea de que podían ampliar su mercado al sur de la frontera? Los ingleses eran más partidarios del brandi, aunque Napoleón había complicado las cosas en ese sentido.

Tras haber aplazado demasiado el encuentro con los primos, bajó por fin las escaleras que conducían al salón.

Tres jóvenes fornidos, vestidos con ropas de las Highlands, giraron la cabeza cuando entró. En un instante supo lo que pensaban de su atuendo formal. De pronto se sintió ridículo.

—Soy Tavish —dijo el hermano más alto, ofreciéndole la mano—. Tú debes de ser el primo Kenneth.

No intentó siquiera mencionar su título ducal. Para aquel joven de ojos brillantes que lo empequeñecía, era simplemente un primo.

—En efecto —respondió aceptando el apretón de manos de Tavish que le machacó los huesos—. Y estos deben ser tus hermanos.

—Sí, Payton y Niven.

Los hermanos le estrecharon la mano con la misma fuerza visceral.

Un hombre anciano se puso de pie.

—¡Por Dios! ¡Maureen debe de estar orgullosa de ti! —dijo—. Soy tu tío Gregor.

Kenneth se sobresaltó al darse cuenta de que aquella visita podría no resultar como esperaba cuando su tío, desaparecido hacía mucho tiempo, lo abrazó y le dio un fuerte golpe en la espalda. Fue una expresión de auténtico afecto que le hizo un nudo en la garganta.

* * *

Sentada en el salón de su madre, en la Casa Dower, lady Daisy Hawkins jugueteaba con los puños de encaje de su vestido. No podía negar que estaba deseando ver a sus primos escoceses por primera vez. Se había enterado de que habían llegado a la casa principal. La vida se había vuelto muy previsible desde la muerte de su padre. Kenneth se tomaba muy en serio sus responsabilidades como duque; veía a su hermano en contadas ocasiones y, a veces, sentía que vivía sola en la enorme Casa Ramsay. El lugar ya le resultaba más acogedor solo con el eco de las voces masculinas. Había estado tentada de ir a visitar a sus primos, pero tuvo que someterse a la insistencia de su doncella de vestirla y peinarla antes de salir hacia la Casa Dower.

Era difícil intuir los sentimientos de su madre. Sentada en el sofá, Maureen Hawkins daba la impresión de estar serena, una conducta gélida que Daisy la había observado perfeccionar a lo largo de los años. Sin embargo, en pocos minutos se encontraría cara a cara con un hermano que la había rechazado tras abandonar Escocia. Al parecer, Gregor desaprobaba la fuga de su hermana con un caballero inglés.

Pero ese mismo hermano había venido con sus sobrinos en busca de inversores para una destilería en algún lugar de Escocia. Daisy no tenía ni idea de cómo se destilaba el wiski, pero la gente de sociedad parecía haber decidido de pronto aquel brebaje era el licor de moda, simplemente porque al príncipe le gustaba. No sentía ningún respeto por la afición del Príncipe Regente a todo tipo de actividades decadentes.

Sin embargo, quería a su madre, y si a aquellos parientes escoceses se les ocurría sacar a relucir viejos resentimientos, no se quedaría callada. Seguramente eran unos maleducados. ¿Acaso los highlanders sabían leer siquiera?

El corazón le dio un vuelco cuando la puerta del salón se abrió de golpe y su hermano entró acompañado de cuatro hombres. Las canas y el rostro marcado de líneas eran los únicos signos de que uno de ellos era mayor que el resto. Los otros... ¡Dios mío! ¡Nunca había visto hombros tan anchos ni hombres tan altos! Eran una cabeza más altos que Kenneth y él no era un hombre bajo. Sintió que el calor le inundaba el rostro. Estaba secretamente encantada de que los tres gigantes llevaran faldas escocesas, aunque no sabía por qué. Le llamó la atención que las piernas de los hombres fueran tan diferentes de las suyas.

* * *

Los temores de Tavish sobre el reencuentro de los hermanos, que llevaban treinta años sin verse y se habían despedido en malos términos, parecían infundados.

La tía Maureen se comportó como él suponía que debía hacerlo una duquesa: con decoro y una cálida sonrisa. Incluso permitió que Gregor le besara la mano, una cortesía que Tavish nunca había visto que su áspero tío le ofreciera a ninguna mujer.

—Muchacha —carraspeó Gregor—. Me alegro de verte tan bien. No sabía que habías perdido a Freddie a manos de la parca.

La angustia brilló en sus ojos solo un instante antes de responder.

—Sí, hace dieciocho meses. Ahora preséntame a estos fornidos caballeros que supongo que son mis sobrinos.

Gregor palideció de repente, aparentemente desconcertado. Tavish dio un paso adelante y le tomó la mano a su tía.

—Soy Tavish King, tía —le dijo—. El hijo mayor de Walter.

—Sí —respondió ella estrechándole la mano con un apretón sorprendentemente fuerte—. Te pareces a él, aunque dudo que tengas su carácter.

—Entonces, ¿conoces a mi padre? —exclamó él, aliviado de que ella no esperase a que le

besara los nudillos.

—Sí —respondió con una risita—. Nunca entendí qué veía mi hermana en él.

Animado por su comentario campechano, Tavish señaló a sus hermanos.

—Ellos son Payton y Niven.

—Hola, tía —corearon mientras ella les estrechaba la mano.

—Ya habéis conocido a Kenneth en la casa principal —dijo ella—. Ahora os presentaré a lady Daisy Hawkins, mi hija.

Cogió el codo de la joven que había estado mirando fijamente sus faldas escocesas desde que entraron.

Sin saber cómo saludaba la gente en Londres a los parientes de su propia generación que no sabían que tenían, Tavish decidió actuar como lo habría hecho en Glengeárr. Le tomó la mano, la atrajo hacia sí en un abrazo y le besó la mejilla.

—Prima Daisy —dijo, un poco alarmado por su palidez. Payton y Niven siguieron su ejemplo.

Ella se tambaleó. Por un momento, Tavish temió que fuera a desmayarse, pero luego se recuperó.

—Primos —dijo—. Es un placer conoceros.

Al enterarse de que tenía una prima, Tavish pensó que la búsqueda de una esposa podría ser más fácil de lo que esperaba. Sin duda, la hermosa Daisy Hawkins de cabellos negros estaba bien dotada en todas las partes femeninas adecuadas. Seguramente tendría amigas igualmente atractivas. Sin embargo, mientras se instalaban en los cómodos sillones del salón, ella parecía incapaz de apartar los ojos de la falda escocesa de Payton. Tendría que hablar con su hermano —que tenía las piernas separadas y los calcetines por los tobillos— sobre cómo sentarse con educación ante compañía elegante.

La cena

La cena transcurrió con más fluidez de lo que Kenneth esperaba. Tavish sacó una botella de wiski nada más llegar.

—Una copita para degustar —dijo, y frunció el ceño cuando el mayordomo se la quitó.

—La dejará en la biblioteca para más tarde —le explicó Kenneth.

Para ser dos personas que llevaban treinta años distanciadas, su madre y su tío parecían llevarse bien, aunque intuía que él estaba conteniendo su lengua. Los tres primos cruzaban miradas perplejas cada vez que Gregor hacía alguna observación inofensiva.

Ellos, en cambio, se convirtieron rápidamente en el alma de la velada. No se privaban de expresar sus opiniones, se reían a carcajadas y comían como niños hambrientos.

Era un comportamiento que muchos de los socios de Kenneth considerarían grosero, pero a él le parecía refrescante y natural.

En cuanto a su hermana, nunca la había visto tan animada. Interrogó al hermano del medio sobre todas las facetas de la destilación del wiski, para disgusto de Tavish King.

Entonces su madre sacó el tema del baile.

—Os dará la oportunidad de conocer a gente que podría ser útil para vuestro propósito.

Los hermanos dejaron de hablar de repente.

Gregor acudió en su auxilio.

—Tienes que saber que los muchachos no asisten a bailes en Glengeárr. Fiestas, sí, con violinistas que tocan reels y strathspeys. ¿Te acuerdas, Maureen?

Kenneth imaginó fugazmente a sus fornidos primos bailando el reel con sus faldas al viento, pero controló el impulso de reírse a carcajadas cuando vio lágrimas de nostalgia brotar de los ojos de su madre.

Fue como un golpe en el estómago. Nunca había pensado en la vida que su madre había dejado atrás en Escocia. Por sus venas corría sangre escocesa, pero siempre se había considerado completamente inglés. Su madre nunca dijo una sola palabra sobre su total falta de sensibilidad hacia aquellos sentimientos. Él había supuesto que ella estaría deseosa de renunciar a su familia y a su país. Había sido un ciego.

—Quizás podamos convencer a nuestros primos para que hagan una demostración de reel —sugirió, preocupado por haberse extralimitado cuando vio que los highlanders se habían quedado boquiabiertos.

—¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó Daisy.

—¡Sí! —coincidieron Gregor y su hermana con entusiasmo.

* * *

—Veo que estáis impacientes por iros a disfrutar de vuestro oporto y vuestros puros —declaró la tía Maureen tras la comida.

Tavish conocía esa costumbre, pero ¿por qué tomarse una copa de oporto cuando en la biblioteca les esperaba un buen wiski de malta?

—Teníamos un límite de catorce libras de equipaje cada uno, pero nos las arreglamos para pasar de contrabando una caja de Uachdaran a bordo del coche de correos —le recordó a Kenneth, aliviado cuando su primo sonrió.

Unos minutos más tarde, Payton, Niven y Gregor estaban sentados en unos cómodos sillones de cuero rojo de la biblioteca. Rechazaron los puros que les ofrecieron.

Mientras daba caladas al suyo, Kenneth no tardó en preparar cinco copas para que Tavish

las llenara.

—¡Estoy deseando probarlo! —dijo frotándose las manos.

—¡Salud! —exclamó Gregor levantando su copa.

Los hermanos secundaron el brindis.

—¡Por la buena fortuna! —replicó Kenneth antes de beberse el líquido ambarino.

Aunque estaban seguros de la calidad de su wiski, los King contuvieron la respiración mientras esperaban la reacción de Kenneth, no había garantías de que a él le gustara el auténtico wiski. Los ingleses tenían fama de preferir el brandi.

Las esperanzas de Tavish se tambalearon cuando su primo cerró los ojos antes de dar un nuevo sorbo.

De repente, los ojos de Kenneth se abrieron como platos.

—¡Madre mía! —exclamó.

Dado que su primo sonreía de oreja a oreja, Tavish interpretó que le había gustado.

Se sintió más aliviado cuando Kenneth insistió en tomar otra «copita». Después de todo, ¡quizás este primo sassenach era un buen hijo de escoceses!

* * *

—Vamos, Daisy —declaró Maureen—. Veamos a qué viene tanto jaleo. ¿Por qué tienen que ser los hombres los únicos que se divierten?

La estupefacta reacción de su hija no era para sorprenderse. Durante treinta años, Maureen había interpretado el papel de esposa obediente de un noble inglés. Se había adaptado fácilmente al exigente rol de duquesa cuando Freddie heredó inesperadamente el título.

Lo había hecho todo encantada, pero ¿a qué precio?

Volver a ver a Gregor y disfrutar del acento de sus sobrinos y de la sencillez de las Highlands había resucitado sentimientos que creía muertos y enterrados desde hacía mucho tiempo.

La escocesa que llevaba dentro deseaba probar aquel buen wiski de malta.

—No deberíamos interrumpir —dijo Daisy—. Ya sabes cómo son los hombres.

La insinuación cargada de temores en la voz de su hija entristeció a Maureen. La valiente muchacha que se crió en Glengeárr y se fugó con un sassenach le había fallado a Daisy.

—Solo porque los hombres gobiernen el mundo no significa que tengamos que hacer todo lo que esperan de nosotras.

—No estoy segura de qué es lo que ocurre contigo, madre —dijo Daisy.

—Tan solo me apetece una copita, muchacha mía —respondió ella.

* * *

Daisy no supo decir qué era lo que se consideraba tan maravilloso del wiski escocés.

Aceptó una copa ante la insistencia de su madre y bebió un sorbo educadamente, sin querer admitir que no le gustó en absoluto. Si no hubiera sido por el deseo impropio de una dama de que Payton King siguiera sonriendo a todo lo que ella decía, habría hecho una mueca de asco cuando el ardiente líquido le quemó la garganta.

La botella estaba casi vacía cuando Gregor se puso a cantar. Ella no entendía ni una palabra de aquel idioma, pero, al parecer, Maureen Hawkins sí. Daisy nunca había oído a su madre cantar, y mucho menos entonar la letra de una balada de las Highlands mientras levantaba la copa vacía en un brindis simulado con sus sobrinos.

Desde luego, todos ellos tenían unas voces maravillosas. Payton, en particular, poseía un barítono melodioso que le tocaba una fibra íntima en lo más profundo de su vientre.

Ella creía que la balada era triste, pero incluso Kenneth, que la había estado tarareando,

parecía incapaz de dominar la risa cuando la canción llegó a su fin.

—Quizás deberíamos volver a la casa principal —sugirió, sintiéndose como la rara del grupo—. Se hace tarde.

Más risas histriónicas acogieron este anuncio.

—Haré que traigan el... carr... carruaje —dijo finalmente su hermano entre hipos.

Los King se levantaron de las sillas rojas con sorprendente agilidad. Habían bebido lo mismo que el resto, pero a lo mejor estaban más acostumbrados al fuerte licor.

—Creo que iremos andando —dijo Tavish—. El aire nocturno nos sentará bien.

—Caminaré con vosotros —respondió Kenneth.

Decepcionada por no poder compartir el corto trayecto en carruaje con Payton King, Daisy miró asombrada cómo su madre abrazaba por turnos a cada uno de sus invitados escoceses y les daba las buenas noches.

Gregor, que tenía los ojos llorosos, decidió que se encontraba demasiado mareado para andar, así que sus sobrinos se marcharon sin él.

Cinco minutos más tarde, Daisy y su tío estaban en el carruaje camino de la casa principal.

—Mis primos parecen saber cómo disfrutar de la vida —comentó ella cuando pasaron junto al cuarteto de cantantes.

—Sí —convino Gregor—. Quizás se hayan dado cuenta de que casarse no será tan malo.

—¿Casarse?

—Sí. Hemos venido a Londres en busca de esposas ricas para los muchachos.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Ricas? —murmuró.

—La destilería necesita dinero.

Se hundió en el respaldo y se cruzó de brazos. Había creído ver un interés sincero en las sonrisas coquetas de Payton, pero era evidente que a los hermanos King solo les interesaba asegurarse unas dotes abultadas.

Sentimientos encontrados

—He tenido una idea maravillosa —dijo Kenneth entusiasmado durante el desayuno a la mañana siguiente.

Su madre se apretó el puente de la nariz.

—¿Tienes que hablar tan alto?

Pensó en burlarse de ella por haber bebido demasiado wiski la noche anterior, pero luego se arrepintió. En realidad, había disfrutado viendo a su habitualmente estricta madre bajar la guardia. Quizás había podido vislumbrar a la verdadera persona que se ocultaba tras la estoica máscara que había llevado desde que era un niño. Sospechaba que esta nueva faceta suya podría gustarle.

Daisy frunció el ceño.

—¿Cuál es tu maravillosa idea?

El mal humor de su hermana era desconcertante y no podía atribuirse al exceso de bebida. Apenas había probado el wiski. ¿Sería ese el problema? Un par de tragos harían que se relajara. La noche anterior había flirteado con uno de los King; hoy, la huraña hermana había regresado. Sin dejarse intimidar por su actitud, siguió adelante.

—He pensado que podríamos organizar unos ensayos para la demostración del reel de las Highlands que propuse.

Los ojos de su madre se iluminaron.

—¿Qué tienes planeado?

—Estoy segura de que nuestros primos de las Highlands no necesitan practicar sus propias danzas —replicó Daisy con sarcasmo.

Aún no estaba seguro de qué era lo que la había puesto tan fastidiosa, así que contó hasta diez antes de responder.

—No, pero quisiera participar yo también para que nuestros visitantes se sientan más a gusto.

Su madre asintió.

—A mí también me gustaría participar, no he bailado un reel desde...

Pareció perderse en recuerdos de otros tiempos. Para rescatarla de un acceso de llanto sensiblero, Kenneth prosiguió:

—Necesitamos que se unan más mujeres.

—¡No contéis conmigo! —exclamó Daisy.

Ahora ya abiertamente molesto con ella, Kenneth decidió hacer valer su autoridad. ¿De qué servía ser duque si no podía persuadir a su propia hermana?

—Lo harás. Tengo intención de invitar a Priscilla Graham y solo la dejarán venir si les digo a sus padres que tú estarás presente.

El brillante plan de invitar a la mujer que cortejaba se le había ocurrido durante la noche. Todo lo escocés parecía gustarle, y socializar informalmente con su familia quizás le abriera los ojos a la vida que podría tener si se casaba con él.

—¡Sí, sí! —exclamó su madre—. Es una muchacha encantadora, disfrutarás de su compañía, Daisy.

Solo le preocupaba una cosa. El posible rotundo fracaso de su plan si su madre se acercaba demasiado al wiski.

* * *

—Pensé que estaríais emocionada, señorita Piper —dijo Molly mientras colocaba el sombrero en la cabeza de su ama.

—Lo estoy —respondió ella levantando la barbilla para que su doncella pudiera anudar las cintas—. Solo estoy nerviosa, supongo.

—Bueno —insistió Molly—. Yo estoy deseando verlo todo cuando os acompañe. Nunca he presenciado un baile escocés.

—En realidad no es difícil. Aprendí rápidamente cuando visité al abuelo Jock en Escocia. Las danzas escocesas son muy divertidas, la gente tiende a entregarse al espíritu del baile, sobre todo si hay un violinista con talento tocando. Aquí la gente se preocupa demasiado por guardar las apariencias y la música es demasiado lenta. No, lo que me inquieta son las razones del duque para invitarme a estos ensayos.

—No parecéis muy emocionada por su cortejo.

Piper no conseguía que su madre comprendiera sus sentimientos, pero Molly había sido su doncella durante muchos años. Estaba al corriente de todo lo que había que saber sobre la locuaz Molly y sus varios pretendientes. Tal vez su criada comprendiera el deseo de un matrimonio con pasión.

—Bueno, os puedo decir esto —siguió Molly antes de que Piper tuviera ocasión de hablar —: si un duque estuviera interesado en mí, lo arrastraría hasta el altar antes de que pueda pestañear.

Hasta ahí había llegado la confianza en Molly. Piper debió imaginar que su promiscua sirvienta no ansiaba la pasión ni el amor verdadero.

El resoplido de los caballos en la avenida atrajo la atención de la criada hacia la ventana.

—Vuestro carruaje os espera —anunció con una sonrisa.

Bajaron las escaleras hasta el vestíbulo, donde su ansiosa madre esperaba para despedirla.

—Recuerda lo que discutimos tu padre y yo contigo —le advirtió.

Más confusa que nunca acerca de las intenciones de su padre con respecto a su felicidad, Piper besó la mejilla de su madre, asintió con la cabeza a Higgins, que sostenía la puerta, y permitió a James Footman que la ayudara a subir los escalones del carruaje ducal de los Hawkins.

—Solo espero que estos highlanders sean ligeros de pies —le dijo a Molly mientras el vehículo avanzaba a trompicones—. No me apetece que sus enormes botas me aplasten los dedos.

La sonora carcajada de su criada la ayudó a disipar parte de la ansiedad que le producían los planes de aquella tarde.

* * *

Tavish tenía sentimientos encontrados respecto a esta reunión. El salón de baile era intimidantemente grande. Debía de hacer falta un ejército de sirvientes para iluminar las docenas de arañas de cristal. Su tía Maureen le aseguró que no le parecería tan grande cuando estuviera lleno de gente, pero por mucho que lo intentara, no podía imaginárselo. La perspectiva de bailar frente a cientos de desconocidos mirándolo no le atraía, sobre todo porque no habría muchos escoceses entre el público, seguramente. Estaría demasiado preocupado por causar una buena impresión como para entregarse a la danza.

Al menos se habían ocupado de que la música fuera la adecuada. Kenneth sacó un violín de la sala de música. Hacía muchos años que no lo tocaba, pero Niven era un violinista de talento, capaz de hacer cantar cualquier instrumento.

La atención de Kenneth estaba fija en las puertas de entrada.

—Este ensayo fue idea de tu hijo —le dijo Tavish a su tía—, pero parece que está distraído.

—Está esperando a su amada —respondió ella.

—¿Está prometido?

—Más o menos —replicó Maureen enigmáticamente—. Priscilla Graham es una chica encantadora. Te gustará.

Tavish no se sintió orgulloso de su primera reacción ante el nombre de la mujer.

—Suena muy inglés —murmuró en voz baja, anticipando la llegada de alguna jovencita engreída.

Decidió no preguntarle nada a su tía por el comportamiento hosco de Daisy. Payton saludó cordialmente a su prima cuando llegó y empezó a explicarle algunos de los pasos. Ella lo miró con frialdad y le dio la espalda.

—¿Quién puede entender a los sassenachs? —murmuró su hermano en respuesta a la pregunta no formulada en los ojos de Tavish.

—En efecto —asintió Gregor con un suspiro.

Tavish sospechaba que algo había ocurrido en el carruaje la noche anterior. Su tío no era famoso por su discreción, sobre todo después de unas copas de wiski.

Lo distrajo de esos pensamientos la precipitada salida de Kenneth del salón de baile, sin duda para saludar a su enamorada.

La mente de Tavish se quedó completamente en blanco cuando su primo regresó unos minutos después con una diosa de impresionante belleza del brazo.

Los desenfrenados impulsos sexuales de su juventud se habían atenuado después de que cumplió los veinte años, se sintió abochornado cuando su miembro cobró vida y saludó efusivamente a la prometida de Kenneth.

El reel

A Piper le ocurrió algo muy inusual cuando vio al alto montañés que la miraba con la boca abierta.

Sus rodillas amenazaron con doblarse y empezó a sudar de una forma muy impropia para una dama. Sintió un cosquilleo en los pezones y la invadió el impulso de erguir sus pechos, que siempre había temido que fueran demasiado grandes para su delgado cuerpo. Temblorosa, se sintió dividida entre reír a carcajadas y romper a llorar.

—¿Te encuentras mal, querida? —le preguntó Kenneth.

Ella se dio cuenta de que lo tenía cogido por el brazo, una maniobra nacida de la desesperación por mantenerse erguida.

—Muy bien —respondió con voz ronca.

—No tienes por qué ponerte nerviosa —le aseguró él—. Mis primos son muchachos sencillos. Highlanders, ya sabes.

Piper no necesitaba que le dijeran que el gigante con faldas escocesas que se acercaba hacia ella a grandes zancadas era un highlander, ni que el fuego de sus ojos denotaba un carácter desenfadado. El término «muchacho» no le hacía justicia, aquel era un *hombre* en todo el sentido de la palabra.

—Señorita Graham —dijo Kenneth—, me complace presentarte a Tavish King.

—Señor King —respondió ella, estremeciéndose cuando el visitante le cogió la mano y le rozó los nudillos con un beso cortesano.

—Por favor, me llamo Tavish —ronroneó él—. El señor King era mi padre.

Incapaz de apartar los ojos de su enorme mano y mortificada por la humedad que manaba de su lugar más íntimo, cerró los ojos y dejó que su inusual nombre resonara en su interior.

Y yo soy Piper —murmuró.

—¿Piper? —preguntó él—. Creía que…

La irrupción arrebatada de Kenneth rompió el hechizo.

—El nombre de pila de la señorita Graham es Priscilla —gruñó—. Sin embargo...

—Piper me gusta más —declaró el escocés con una sonrisa pícara.

* * *

La prometida de su primo no era lo que Tavish ni su indómito miembro viril habían esperado. No recordaba la última vez que había experimentado una erección semejante. Se sentía incapaz de soltarle la mano, aunque deseó que no tuviera puestos los guantes. Quizás si él pudiera quitárselos...

La fuerte tos de Kenneth lo hizo volver en sí. Tavish se estaba avergonzando a sí mismo y a su familia coqueteando así con la señorita Graham. Ella pertenecía a su primo.

La imagen de Kenneth con aquella muchacha retozando juntos en la cama le provocó una furia desbordante. Estaba claro que ella amaba a aquel hombre, si el inconfundible aroma de la excitación femenina era un indicio.

Barajó la idea de escabullirse del salón de baile, pero eso sería propio de un cobarde.

Todos se apartaron cuando la voz de Gregor atravesó el aire.

Os explicaré cómo funciona esto. Haremos un reel de ocho.

—Nos falta una muchacha, tío —señaló Niven.

La criada que había acompañado a la señorita Graham al salón de baile tosió con fuerza.

—Sí, tú servirás, muchacha —anunció Gregor haciéndole señas para que se uniera al grupo.

Kenneth apretó la mandíbula mientras la criada se acercaba.

La señorita Graham sonrió a Molly.

El primer ocho de cualquier fiesta suele ser un «ocho con kilt», lo que significa que solo se permite bailar a los caballeros con kilt —explicó Gregor gravemente.

—No creo que eso valga aquí —dijo Maureen con un dejo de picardía.

—Desde luego, yo no llevaré un kilt —añadió Kenneth, ganándose una mirada burlona de su prometida.

Daisy resopló.

Gregor los ignoró a todos.

—Que cada uno escoja una pareja —ordenó.

—La señorita Graham y yo seremos compañeros —afirmó Kenneth.

Ella hizo un mohín, pero le permitió que le cogiera la mano.

—Yo seré compañera de la señorita Hawkins —dijo Payton.

—Lo siento —respondió la hermana de Kenneth colocándose junto a Tavish—, bailaré con tu hermano mayor.

—Sugiero que Payton forme pareja con mi hermana —dijo Gregor acudiendo al rescate de su sobrino, que echaba humo.

—Tenemos un problema si voy a tocar el violín —dijo Niven, percibiendo también el enfado de Payton.

—No puedo bailar y tocar al mismo tiempo.

—Claro —asintió Gregor rascándose los bigotes—. Pero no vamos a necesitar la música hasta que hayamos aprendido los pasos.

—Harrison puede ocupar tu lugar —sugirió Kenneth volviéndose hacia la criada—. Ve a buscarlo para que mire y aprenda —le ordenó con un gesto desdeñoso.

La mirada fulminante de la criada le provocó a Tavish un nudo en el estómago. La idea de ver al correctísimo mayordomo inglés dando saltos rayaba lo cómico. Sin embargo, ninguno de los King hablaría jamás de una forma tan denigrante a un empleado, ni siquiera al mozo que barría el suelo de la destilería.

—En ese caso, seré compañero de la doncella de la señorita Graham —dijo Niven—. ¿Cómo te llamas, muchacha?

—Molly, señor —respondió ella con una sonrisa seductora.

—Por favor, mira a ver si encuentras a tu mayordomo, Molly —le pidió Niven.

Tavish se sintió orgulloso del modo en que su hermano demostró sutilmente cómo tratar a una criada con respeto.

—Ahora, formad un círculo y cogeos de las manos —dijo Gregor—. Las damas a la derecha de sus compañeros. —Señaló a Tavish—. Ya conoces los pasos, así que tú y la señorita Daisy sois la pareja número uno, Payton y su tía la número dos, Kenneth y su prometida la número tres, Niven y Molly la número cuatro. Ahora, el círculo gira en el sentido de las agujas del reloj ocho pasos y luego en el sentido contrario otros ocho pasos. Probemos primero con eso y luego con la tetera y la gran cadena.

Veinte insoportables minutos después, Gregor sugirió que se tomaran un descanso.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —gruñó cerca del oído de Tavish.

Tavish no respondió. A medida que avanzaba la clase de baile, era como si de pronto no supiera cuál era su izquierda y cuál su derecha ni hacia qué lado giraban las agujas del reloj. Pisó tantas veces a Daisy que temió que se quedara coja para siempre. Cuanto más se disculpaba, más se enfadaba ella. Al final el mayordomo ocupó el lugar de Niven y su hermano tocó el violín,

pero ni aun así Tavish conseguía que sus pies se movieran al compás de la música.

—Cualquiera diría que nunca has bailado un reel —farfulló Gregor—. El mayordomo lo está haciendo mejor que tú.

—¿Hace calor aquí? —respondió Tavish, preocupado por la posibilidad de haber contraído alguna enfermedad peligrosa durante el viaje.

Con la cara enrojecida por el esfuerzo inusual, Kenneth le dio una palmada en la espalda.

—Odio decirlo, amigo —se mofó jadeando con una sonrisa—, pero la señorita Graham y yo te estamos dejando en ridículo.

Eso era lo que estaba atormentando a Tavish. Piper Graham bailaba el reel tan bien como cualquier muchacha de las Highlands. Hasta hizo que pareciera que Kenneth sabía lo que hacía.

* * *

Piper reconoció que era algo de mal gusto, pero no dejaba de desear que la falda escocesa de Tavish King se subiera un poquito más según avanzaba el baile. Su abuelo solía bromear diciendo que los escoceses iban con el culo al aire bajo la falda, pero ella siempre se preguntó si sería verdad. ¡Y aquellas piernas eran tan musculosas!

Sin embargo, para ser escocés, parecía extrañamente poco familiarizado con la secuencia del reel, y su mandíbula apretada indicaba que no lo estaba pasando bien. Por otra parte, la enfurruñada Daisy Hawkins estaba obviamente decidida a no hacerlo. ¿Tal vez el largo viaje había agotado a los visitantes? La euforia de Payton y Niven desmentía esa teoría.

Kenneth le estaba cogiendo el truco al baile poco a poco. Si ella no lo hubiera corregido varias veces para que se colocara en la posición correcta, habrían fastidiado a todo el grupo. Piper tuvo que admitir que estaba muy guapo cuando se reía. Al principio del ensayo parecía muy serio, pero aquel ritmo animado no tardó en obrar su magia.

En cuanto a la madre, no paraba de gritar y reír, claramente cautivada por la destreza de Niven King con el violín. Piper no había dado mucho crédito a Kenneth cuando afirmó que su muy correcta madre inglesa era originaria de Escocia, pero ahí estaba la prueba.

Atrapada por aquella música apasionante, Piper también se sintió transportada a tiempos felices pasados con su abuelo en Galloway.

Si sus padres se empeñaban en obligarla a casarse con Kenneth Hawkins, tal vez podría escaparse a las Lowlands. El abuelo Jock la recibiría con los brazos abiertos.

La propuesta

Aún conmocionado por su bochornosa actuación en el ensayo del día anterior, Tavish intentó ignorar las burlas de sus hermanos mientras se preparaban para la reunión con el socio de Kenneth.

No había dormido bien y Piper Graham lo había atormentado en sus inquietantes sueños. ¿Qué tenía aquella muchacha que le hacía un nudo en la tripa y le provocaba una constante excitación?

—¿Te sientes mejor esta mañana? —preguntó Payton.

—¿Crees que Daisy podrá andar hoy o consideras que el daño es permanente? —bromeó Niven.

—Muy gracioso —replicó Tavish—. Tan solo no me apetecía bailar. ¿Qué tiene de malo?

Se exaltó cuando Gregor entró sin llamar a la puerta.

—Esa muchacha está prometida a tu primo, ¿lo sabes?

Debió imaginar que su perspicaz tío descubriría el motivo de su distracción.

—¡Ja! —exclamó Payton—. Te gusta esa Piper.

—Sí. Una chica guapa siempre puede convertir a un hombre en un asno —bromeó Niven.

—Mirad —gruñó Tavish, ansioso por desviar el tema de la conversación—, hemos venido a promocionar nuestro wiski.

—Y a buscar esposas —le recordó Gregor.

Tavish ya había oído bastante.

—La señorita Graham no puede casarse con ninguno de nosotros. Está enamorada de Kenneth y se acabó.

—No estés tan seguro —replicó Gregor.

Unos ligeros golpecitos en la puerta impidieron que Tavish pudiera preguntarle a qué se refería exactamente con aquel enigmático comentario.

—Su Alteza os espera en su estudio, caballeros —dijo una voz masculina.

No hubo más bromas mientras se arreglaban los kilts, se subían los calcetines, se ponían las boinas y se ajustaban los broches del clan.

—¡Lo conseguiréis, mis valientes muchachos de las Highlands! —dijo Gregor alzando en alto una botella de Uachdaran—. El sassenach se quedará con la boca abierta.

—Ojalá me hubiera traído la gaita —murmuró Niven mientras salían de la cámara.

* * *

Kenneth tuvo que reprimir una sonrisa cuando sus primos escoceses entraron en el estudio. Lo único que faltaba en aquel impresionante despliegue eran un par de gaitas. Su socio se quedó atónito, claramente impresionado.

Kenneth tuvo la momentánea ocurrencia de preguntarles a sus parientes dónde podría conseguir su propio kilt, pero enseguida descartó la idea por absurda. Aunque se consideraba en forma, reconoció que no tenía las piernas tan musculosas de los hermanos King.

—Caballeros —dijo—, les presento a Richard Mainwaring, mi hombre de negocios.

Tavish extendió una mano.

—Tavish King. Encantado de conocerlo. Estos son mis hermanos Payton y Niven, y mi tío Gregor.

Durante años, el padre de Kenneth había confiado en la seriedad y el infalible criterio de Mainwaring. Al estrechar la mano del escocés, el hombre se sonrojó como una tímida doncella.

—Su Alteza se ha mostrado entusiasmado con la calidad superior de vuestro wiski —dijo Mainwaring mirando la botella que Gregor sostenía en la mano.

—¿Tienes copas, sobrino? —preguntó Gregor sin dudar mientras quitaba el tapón—. Nunca es demasiado temprano para disfrutar de un trago.

—Por supuesto —respondió Kenneth señalando una bandeja cercana.

¿Creía su tío que no estaría preparado?

Gregor sirvió mientras Tavish explicaba algunas de las técnicas que hacían que su wiski fuera superior.

—Somos una de las pocas destilerías que siguen elaborando la malta a mano. Es un trabajo duro, pero el resultado lo justifica.

—¿Puedes explicarlo con más detalle? —le pidió Kenneth.

—Cuando la cebada se está malteando, genera mucho calor, así que la giramos a mano cada ocho horas, siete días a la semana, para mantener el flujo de aire e introducir la cantidad exacta de humedad que absorba el aroma.

—¿El aroma? —preguntó Mainwaring acercando su copa a la luz.

—El humo aromático producido por la turba que arde en nuestros hornos —le explicó Tavish.

—¿Quemáis turba, no madera ni carbón? —preguntó Mainwaring.

—Sí. La recogemos del páramo.

—Puede que no bailes bien, primo —bromeó Kenneth al comprender que destilar wiski era más complicado de lo que había imaginado—, pero desde luego sabes de lo tuyo.

Su intención había sido hacerle un cumplido, pero Tavish frunció el ceño. Kenneth volvió a preguntarse qué habría hecho que su hábil primo pareciera tener dos pies izquierdos en el ensayo.

* * *

A medida que explicaba el proceso cotidiano de la destilación, Tavish recuperaba la confianza en sí mismo. El wiski era su pasión y su intención era asegurarse de que el tal Mainwaring lo comprendiera.

—La turba del páramo de Glengeárr es de vital importancia para el sabor y el carácter único de nuestro wiski. El páramo está a solo once kilómetros de nuestra destilería y su turba tiene más de nueve mil años en algunos puntos, y hasta tres metros de profundidad. Es rica en brezo fragante en todas las capas. Una vez al año, recogemos cuidadosamente la turba a mano y la secamos de forma natural antes de quemarla en nuestros hornos. Su humo aromático impregna la cebada malteada.

Mainwaring había estado saboreando el wiski y sus ojos se agrandaban con cada sorbo que daba.

—¡Es extraordinario! —declaró—. Y está claro que vuestros parientes saben de lo que hablan, Alteza. Yo diría que es una empresa que merece una inversión.

Tavish intercambió una mirada de desconcierto con sus hermanos. No habían considerado ningún otro medio de conseguir fondos aparte del matrimonio. Tal vez podrían regresar a Escocia solteros y despreocupados. Extrañamente, aquella perspectiva no le sentó bien a Tavish.

Kenneth entrecerró los ojos.

—Cuéntanos lo que piensas sobre el futuro de tu negocio —dijo con voz grave.

—Sí. Fabricamos las duelas con métodos pioneros de nuestros antepasados vikingos para que no se filtre el líquido, luego las enviamos a España, donde las convirtieron en barriles que se han empleado para envejecer jerez durante tres años. Ahora queremos recuperarlos. Ese fue el acuerdo que hicimos con los españoles.

—Parece un proceso largo —observó Kenneth.

—Destilar un buen wiski es cuestión de tiempo y paciencia, primo —respondió Tavish con confianza.

En la estacada

—Uno de los King está colado por vos, señorita —afirmó Molly mientras le apretaba los cordones del corsé—, como ya sabréis.

—Estoy segura de que te equivocas —replicó Piper, que no tenía muchas ganas de recibir otro interrogatorio en el desayuno.

Durante la cena de la noche anterior, su madre le había insistido para que le diera detalles del ensayo de la tarde. Le había resultado difícil no mencionar una y otra vez a un atractivo highlander en particular.

—¿Por qué creéis que el hombre tropezaba tanto con sus propios pies? —insistió Molly.

Piper se había preguntado lo mismo. Era evidente que el tío de Tavish se había enfadado con su sobrino, lo que sugería que aquella torpeza no era propia de él. Y también él parecía exasperado consigo mismo.

A pesar de su poco agraciada actuación, se había sentido muy atraída por él, y no solo por la falda escocesa.

—Yo diría que a vos también os impresionó —acusó Molly mientras ayudaba a Piper a ponerse el vestido de día.

—Eres demasiado descarada para ser una criada —le dijo Piper.

—A mí no me engañáis —replicó ella—. Vi cómo sacabais el pecho y luego no podíais apartar los ojos de las piernas desnudas del hombre.

La risa burbujeó en la garganta de Piper.

—Admito que esperaba poder echar un vistazo a... bueno... ya sabes.

—¡Sois una chica mala, señorita Piper Graham! —exclamó Molly mientras a las dos les entraba un ataque de risa.

Tardaron unos minutos en recomponerse lo bastante como para bajar las escaleras.

El buen humor de Piper se esfumó en cuanto vio otro ramo de rosas amarillas sobre la mesa del vestíbulo y la peculiar expresión en el rostro de su madre.

—¿Otro paseo por el parque? —preguntó mientras pensaba en un pretexto para excusarse.

La tensa sonrisa de lady Graham fue breve.

—Sí, pero espera que no te importe que vengan también sus primos.

* * *

Para sorpresa de Kenneth, a Tavish no le entusiasmó la idea de acompañarlos a él y a la señorita Graham al paseo. Sin embargo, Payton y Niven estaban ansiosos por disfrutar de las vistas del famoso parque.

—Será una oportunidad para conocer a los Graham —le aseguró a Tavish—. Apuesto a que el hombre tiene uno o dos chelines que invertir.

—¿La familia de Piper es rica? —le preguntó su primo.

Kenneth tuvo que pensárselo un momento. Era una pregunta que la gente de sociedad no hacía. Sin embargo, los King buscaban inversores, así que supuso que era una pregunta legítima. Solo deseaba que Tavish se abstuviera de utilizar aquel inadecuado apodo para nombrar a su pretendida.

—No espero una gran dote —admitió—, pero, desde luego, la familia no es pobre.

—¿Dote? —gruñó Tavish.

Kenneth no podía imaginar por qué aquella perspectiva molestaba a su primo. Quizás las dotes no fueran la norma en Escocia.

—Sí. Cuando la señorita Graham y yo nos casemos, su familia nos proporcionará...

—¡Sé lo que es una dote! —replicó Tavish enfadado—. Entonces, ¿tú y ella estáis prometidos?

—Sí —respondió él, convencido de que no era una mentira en el pleno sentido de la palabra. Priscilla acabaría aceptando su demanda. Al fin y al cabo, él era un duque—. Ya he dado el primer paso hacia, digamos... una relación más estrecha. La he invitado a que me llame *Ramsay*.

Empezó a dudar si el paseo de aquella tarde había sido buena idea cuando Tavish apretó la mandíbula y lo miró como si tuviera dos cabezas.

* * *

—Creo que deberíais seguir sin mí —murmuró Tavish después de que Kenneth se adelantara al grupo.

—No —respondió Payton—. Estamos juntos en esto. Dependemos de ti para que seas nuestro vocero. Nuestro jefe, si quieres.

—Sí —convino Niven—. No querrás que sea Kenneth quien hable de las virtudes de nuestro wiski al señor Graham.

—Te refieres al duque de Ramsay. Debes asegurarte de usar su título.

—¿Por qué te has puesto así?— le preguntó Payton.

—¿Os podéis creer que el imbécil de nuestro primo haya invitado a la mujer con la que piensa casarse a llamarlo *Ramsay*?

En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que se había delatado.

—¿Y esto por qué te importa? —preguntó Niven de forma mordaz.

Tavish no veía cómo salir de la trampa que se había tendido a sí mismo.

—Una muchacha como Piper necesita un hombre que le muestre lo que es el amor de verdad.

—Y ese serías tú, supongo —se burló Payton.

—Bueno, a mí me gustaría que me llamara por mi nombre de pila, no por un estúpido título.

Niven agitó las pestañas.

—¡Oh, Tavish! —dijo con voz femenina—. ¡Eres un muchacho tan valiente!

—En cualquier caso, tú no tienes título —señaló Payton—. Excepto el de «el Romeo de Glengeárr».

Tavish echaba humo mientras miraba a sus hermanos caer de rodillas entre carcajadas. En ese preciso momento entró su tío.

—Bueno, vamos —dijo Payton—. No podemos mantener a *Ramsay* alejado de su amada. Y será divertido ver cómo dejan a Tavish en la estacada.

—¡Callaos ya! —dijo Gregor en respuesta a las risas—. Me alegro de no ir con vosotros, lunáticos.

—¿Te quedas aquí? —le preguntó Tavish.

—Sí. Maureen y yo tenemos planeada una pequeña charla.

A Tavish aquello le sonó inquietante.

Un tema delicado

Piper no recordaba una reunión tan incómoda como esa en el salón de sus padres.

Era evidente que su padre estaba encantado de recibir a los hermanos King. A lo largo del obligado ritual del té, habló sin parar de su infancia en Escocia e hizo multitud de preguntas sobre la actualidad del país que lo vio nacer. Hablaron de tartanes, de rebeliones jacobitas y de las injusticias perpetradas contra el clan MacGregor cuando se supo que los King estaban conectados con este clan. Piper nunca había oído a su padre pronunciar más de unas pocas palabras seguidas. Incluso percibió el rastro de un acento que no había notado antes. Hasta entonces, nunca había pensado en que la familia de su padre había vivido el infierno que siguió a la batalla de Culloden y la brutalidad de las luchas religiosas en las Lowlands.

Al otro lado de la acogedora estancia, su madre se mostraba cada vez más inquieta a medida que avanzaba la tarde. Si hubiese estado chupando una rodaja de limón, no habría tenido una expresión más agria. A la única persona que trataba con cortesía era Kenneth.

Era difícil evaluar los sentimientos del duque, sobre todo teniendo en cuenta la reciente revelación de que su madre también se había criado en Escocia. Tal vez estuviera pensando en eso mismo mientras intentaba contribuir a la conversación sin mucho entusiasmo. Para consternación de la madre de Piper, rechazó la oferta de café. Como duque, estaba acostumbrado a ser el centro de atención, pero a pesar de los grandes esfuerzos de Margaret Graham, los hermanos King eran las estrellas del show.

Solo de una cosa estaba segura: la atracción que había sentido por Tavish King en el ensayo no había sido algo pasajero. Él había abandonado la falda escocesa para vestir unos pantalones de tartán, pero seguía atrayéndola como miel a las abejas. Incluso el sonido de su voz la fascinaba, había una innegable química entre ellos.

Sin embargo, debía ser precavida. Ni su madre ni Kenneth podían darse cuenta de esos sentimientos. Al fin y al cabo, Tavish vivía en Escocia y era sabido que los habitantes de las Highlands despreciaban a los ingleses. Simplemente se sentía atraída por él porque era un hombre guapo. Tal vez el hecho de que fuera escocés tuviera algo que ver, siempre había sentido debilidad por ellos. También Payton y Niven eran tan atractivos, anchos de hombros y encantadores como él, y, de hecho, se los veía claramente más cómodos que a su hermano mayor. Le caían bien, eran un contraste refrescante respecto al acartonado ambiente londinense, pero eso era todo.

Mientras soñaba despierta, la conversación derivó hacia el delicado asunto del dinero. Por improbable que pareciera, fue el duque de Ramsay quien mencionó el tema.

* * *

Tavish pensó que debería estar agradecido con su primo por plantear la idea de la inversión, pero bien sabía Dios que su orgullo escocés no le dejaba sentirse cómodo con ello. Sin embargo, como propietario mayoritario de la destilería, era su deber.

Empezaba a pensar que la idea de buscar esposa entrañaba demasiadas dificultades. Había conocido a una mujer a la que deseaba, pero que no podía tener a pesar de la insistencia de su testarudo miembro masculino. Quizás fuera mejor buscar la inversión de mecenas adinerados, era más sencillo para el corazón.

—Mmm... —fue la respuesta de Graham a la insinuación de Kenneth.

A juzgar por su repentina palidez, Tavish dedujo que el hombre no tendría dinero para invertir. O tal vez estaba siendo precavido, como muchos astutos escoceses.

—¡Siempre nos queda mi dote! —exclamó Piper.

—¡En absoluto! —replicó lady Graham, cuya taza de té cayó a la alfombra cuando se puso de pie bruscamente.

Una criada se apresuró a ayudarla, pero ella abandonó la habitación entre lágrimas.

—Ahora sí que lo has conseguido, hija mía —dijo su padre.

Piper jugueteó con el escote de su vestido, miró brevemente al ceñudo Kenneth y luego se quedó mirando a Tavish.

Él pensó que tal vez debería decir algo para suavizar aquel incómodo silencio, pero Piper se le adelantó.

—Por supuesto, me refería a los fondos que voy a recibir de mi abuelo. Él así lo dispuso para que pudiera gastarlo en lo que yo quisiera una vez que fuera mayor de edad o cuando me casara.

—Creo que mi padre pretendía que se lo confiaras a tu marido —le dijo Oliver.

—Muy cierto, señor —replicó Kenneth.

—No tienes derecho a opinar sobre esto, Ramsay. Aún no estamos casados —respondió Piper antes de marcharse de la habitación.

* * *

Kenneth no estaba seguro de cómo se las había arreglado para meter tanto la pata. Normalmente él era el artífice de las conversaciones estimulantes en las fiestas del té. La gente siempre le seguía la corriente. Sin duda, los amigos podían hablar de negocios sin...

¡Claro! La charla sobre dinero era lo que había disgustado a las mujeres. No debió haber sacado el tema con mujeres presentes. Todo hombre sabía que el sexo débil no era capaz de pensar racionalmente cuando se trataba de dinero. Había avergonzado a lady Graham y disgustado a su querida Priscilla.

No sabía nada sobre la herencia que le había dejado su abuelo escocés. Quizás invertirla en la destilería de los King fuera una buena idea. Era probable que incluso él mismo aportara dinero. Podrían ser socios en el emprendimiento.

Mientras esperaban a que la criada de Priscilla fuera a buscarla para que pudieran ponerse en marcha, pensó que quizás debería tener una conversación con Oliver Graham sobre la dote que pensaba ofrecer por su hija.

Atrapada

El carruaje de Kenneth era espacioso, pero Piper se sentía apresada en una pequeña caja con cuatro hombres corpulentos y una criada demasiado perspicaz. Cuando llegaron al parque, una llovizna intermitente los obligó a cerrar el techo, lo que no hizo sino aumentar la incomodidad. La conversación era rebuscada, lo cual no era de extrañar dado el drama durante el té.

Molly la había convencido de que se tragara su orgullo y aceptara ir al paseo con los demás. Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que pasar tiempo con Tavish King era su principal motivación.

Sentada frente al escocés de piernas largas, se vio obligada a ponerse ligeramente de lado para que sus pies no se tocaran. El desafortunado resultado fue que sus faldas acabaron en contacto con las piernas de Kenneth, que estaba sentado a su lado. El sonoro carraspeo de Molly le indicó su desaprobación.

Mientras pasaban por el lago Serpentine por segunda vez, sintió la tentación de liberarse de la telaraña en la que estaba atrapada y estirar las piernas para tocar las de Tavish.

¡A Molly le daría un ataque de ahogo!

La situación era más que ridícula. Sus padres parecían decididos a casarla con un duque por el que no sentía ningún amor. Por otra parte, sus partes femeninas más íntimas reaccionaban demasiado bien cuando estaba en presencia de Tavish King. Él podía fingir que no se sentía atraído por ella, pero algo en sus ojos le decía lo contrario, por no hablar del rubor que florecía en sus mejillas cada vez que se veía obligado a hablarle. Sin embargo, no tenían ninguna chance de explorar la posibilidad de una relación. Ella intuía que él era demasiado honorable para insinuarse a la pretendida de su primo, aunque no se consideraba a sí misma como la pretendida de Ramsay.

Una telaraña, en efecto.

Ofender a los Hawkins podría resultar financiera y socialmente desastroso para su familia si Kenneth decidiera vengarse, lo cual sería doblemente ridículo, puesto que le había dejado tan claro como era posible que no estaba interesada en casarse con él. Tal vez fuera difícil para un duque aceptar que no era la primera opción de una mujer. En ese sentido, su madre tampoco era diferente de otras miles de madres deseosas de que sus hijas se casaran bien.

Piper ni siquiera sabía si Tavish King quería una esposa y una familia. Kenneth era la mejor apuesta.

* * *

En Escocia, Tavish estaba acostumbrado a ejercer el control.

Todos los que trabajaban para los King le obedecían, incluso sus hermanos. Su tío Gregor era la excepción, pero al viejo le gustaba hacer de abogado del diablo, normalmente acababa estando de acuerdo con las decisiones de su sobrino.

Tavish King rara vez se equivocaba cuando se trataba de destilar wiski.

Lidiar con las imprevistas complicaciones de la vida en Londres era un asunto totalmente diferente.

¿Cómo debía comportarse un hombre que se encontraba encerrado en un carruaje con una mujer a la que deseaba pero a la que ni siquiera podía acercarse? La presencia de su primo, sus dos hermanos y una criada prejuiciosa no ayudaba. El esfuerzo por evitar que sus piernas rozaran las faldas de Piper le había provocado calambres en los muslos. Si no salía pronto de aquella situación...

La dulce voz de Piper lo sacó de sus tribulaciones:

—Ha dejado de llover —dijo—. Quizás podríamos pasear un rato por el Serpentine.

Dios te bendiga, muchacha.

¿Había percibido ella su malestar?

—Supongo que podríamos si vamos con cuidado —respondió Kenneth—. El suelo podría estar mojado.

—En las Highlands siempre está mojado —bromeó Payton—. Por eso los escoceses somos impermeables.

Tavish miró a Kenneth. Si su primo había detectado el sarcasmo, no dio ninguna señal de ello.

La sonrisa en los ojos de Piper le dijo que apreciaba el humor.

Kenneth insistió en que el lacayo limpiara los escalones antes de que pudieran bajar. Tavish esperaba que el jocoso Payton hiciera algún comentario al respecto, pero guardó silencio.

A los tres escoceses les pareció natural estirarse una vez liberados de los confines del carruaje. Rápidamente se dieron cuenta de su metedura de pata cuando Kenneth frunció el ceño, Piper se quedó boquiabierta y a la criada le saltaron chispas de los ojos.

Piper aceptó el ofrecimiento del brazo de Kenneth. Decidido a aprovechar al máximo aquel breve respiro, Tavish estaba a punto de alejarse del resto cuando Piper enlazó su brazo libre con el suyo y él volvió a quedar reducido a una masa sudorosa de impulsos masculinos frustrados.

* * *

No habían dado ni un paso antes de que Piper se diera cuenta de su error. Nunca debió tocar a Tavish King. Ahora tenía un fuego abrasador a un lado y un caballero fríamente refinado al otro. Sentía como si una fuerza invisible penetrara en su cuerpo a través del firme brazo del escocés.

El impulso de apretar su pecho contra el bíceps de Tavish era poderoso. Más aún, sentía deseos de rodearle el cuello y entregarse a él. ¿A qué sabrían sus besos?

Kenneth era mucho mejor conversador que su primo escocés, pero ella apenas oía una palabra de lo que decía. Las escuetas respuestas de Tavish a los comentarios de su primo resonaban en su vientre. La Piper Graham que no tenía tiempo para los hombres era de pronto una trémula libertina. Una chica independiente, sin prisa por casarse, ardía en deseos de llevar a Tavish King al altar.

Era una locura. Él no tenía ningún título, vivía en Escocia y destilaba wiski, era un comerciante a todos los efectos. Era improbable que la producción de wiski en un lugar remoto de las Highlands reportara grandes riquezas. Pero lo deseaba. ¿Acaso no era una gran pasión lo que quería?

Durante el corto trayecto de regreso al carruaje y durante el viaje de vuelta a casa de sus padres, se negó a mirar a Tavish y reflexionó sobre todas las razones sensatas que había para aceptar la oferta de Kenneth.

Rechazarlo a él por Tavish King podría resultar calamitoso para su familia, y el escocés podría no estar interesado en ella de todos modos, aunque las acaloradas miradas que le dirigía le decían lo contrario.

Cuando Kenneth la escoltó hasta la casa de sus padres, ya se había convencido a sí misma de las ventajas de ir sobre seguro. Se limitaría a despedirse cortésmente del trío de escoceses que los acompañaban. Tavish era un capricho pasajero.

Se sobresaltó cuando una voz querida que no había oído en más de un año la llamó por su nombre.

—¡Piper, muchacha!

—¡Abuelo! —exclamó, inhalando los aromas familiares del brezo y el humo de la turba mientras se lanzaba al efusivo abrazo de Jock Graham.

De corazón a corazón

Sentada en el sillón más cómodo que había en la Casa Dower, Maureen Hawkins estudió al inquieto hermano que la había repudiado treinta años atrás. Había envejecido, por supuesto, pero seguía siendo un granuja apuesto e igual de obstinado. Sin embargo, ahora estaban en su terreno, y era evidente que él no se sentía a gusto en una sala de estar londinense. Ella había tenido años para aprender las técnicas del autocontrol.

—Entonces, Gregor —dijo—. Seamos sinceros el uno con el otro.

—Ya sabes que no tengo ni un hueso deshonesto en el cuerpo —replicó él mientras acariciaba una tira deshilachada del brazo del sofá con el pulgar.

Sería un error embarcarse en una discusión con aquella ambigua afirmación, así que Maureen se ciñó a su plan.

—Háblame de la destilería de mi hermana.

—Harás que Walter se revuelva en su tumba con esa pregunta.

—Sabes tan bien como yo que ella fue la razón de que la empresa no fracasara en el primer año después de heredarla.

—Sí, es cierto —admitió él—. Y sus hijos tienen sus mismas agallas y su amor por el negocio.

—Y la habilidad para hacer buen wiski.

—Sí, el Uachdaran es el resultado de los experimentos creativos de Tavish y la dedicación al oficio de sus hermanos.

—¿Y crees que sus planes de futuro son sólidos?

—No estaría aquí si no lo creyera —respondió.

—No. Supongo que no fue fácil tragarte tu orgullo y buscar mi ayuda.

Satisfecha de haberlo arrinconado, su confianza flaqueó cuando él apretó la mandíbula y la miró con los ojos entrecerrados.

—Caminaría sobre brasas para ayudar a esos muchachos —gruñó—. Y vengo a pedirte perdón, Maureen.

No era la disculpa más abyecta que hubiera esperado.

—Todos cometimos errores en aquella época —admitió ella.

—Sí, pero tú acabaste siendo duquesa y yo aún sigo...

Ella levantó la mano para detenerlo. Que Gregor se menospreciara no era lo que quería.

—Nada de eso. Sospecho que has sido más padre para esos chicos de lo que nunca lo fue Walter.

—Sí, supongo que en cierto modo son mis muchachos. Esa es la razón por la que sugerí que vinieran a Londres a buscar esposa. Tenemos que pensar en el futuro de la destilería

Maureen se esforzó por entender.

—Seguro que hay muchachas bonitas en el valle que podrían darles hijos.

—Sí, pero hablo de dinero, no de niños. Londres es donde mis sobrinos encontrarán mujeres con dotes generosas.

Maureen solo había conocido a los hijos de su difunta hermana hacía unos días, pero no le parecieron hombres mercenarios que se casaran por dinero. Eran demasiado francos y honorables. Desde luego, Tavish no había podido ocultar su atracción por Priscilla Graham en el ensayo y era dolorosamente obvio que no había ninguna chispa de pasión entre Kenneth y ella. Si le hablaba a su hijo de la importancia del amor en una relación conyugal, él se mofaría de ella,

pero, al parecer, un matrimonio sin amor había convertido a su hermana en una arpía. Kenneth era un hombre amable y generoso que merecía una esposa que lo quisiera.

Pero Maureen decidió ser prudente y dejar que las cosas siguieran su curso con la esperanza de que su hijo no acabara con el corazón roto.

* * *

Durante treinta años, Gregor había lamentado profundamente su egoísta reacción ante el enamoramiento de su hermana. A menudo había pensado en hacer las paces, pero a medida que pasaba el tiempo le resultaba más difícil, y luego imposible. Hasta que sus sobrinos, sin saberlo, le proporcionaron una excusa para viajar al sur.

Sin embargo, el orgullo era algo insidioso. Tenía la oportunidad de ofrecer una disculpa sincera, pero siendo como era de obstinado, las palabras adecuadas se le atascaban y le salían a medias.

Decidido a confesar lo que llevaba treinta años queriendo decir, apretó los puños y los dientes.

—No tenía derecho a juzgarte, Maureen. Si hubiera sido menos tirano, quizás te habría casado con Freddie en Escocia. Supongo que estaba celoso de vosotros.

La mirada atónita de su hermana no le sorprendió, pero sí las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Oh, Gregor! —suspiró—. Tantos años desperdiciados...

— Es culpa mía —admitió él, que se levantó para sentarse a su lado—. Soy demasiado testarudo.

Ella se reclinó sobre él cuando la rodeó con un brazo.

—Es un rasgo familiar —replicó—. Moira estaba decidida a casarse con Walter a pesar de nuestras advertencias, y a mí no iban a convencerme de que no me casara con Freddie.

—Pero Freddie y tú os queríais —dijo Gregor—. Yo lo sabía y, aun así, intenté disuadiros.

Que ella llorara sobre su hombro era una lección de humildad. No se merecía su perdón.

Los minutos transcurrieron hasta que Maureen preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres que nuestros sobrinos se casen por dinero?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—Necesitan dinero si quieren hacer realidad todos sus proyectos —respondió—. Pero no quiero verlos infelices.

—No hace mucho que los conozco, pero sospecho que esos muchachos están muertos de miedo de seguir los pasos de sus padres.

—Sí —convino él con el corazón encogido—. Tonto de mí, eso es exactamente lo que los animé a hacer.

Sentimientos

Eufórica por la visita de su abuelo, A Piper no le importó la mirada de desaprobación de su madre. La alegría vencía al sentido común.

—¡No puedo creer que estés aquí! —le dijo mientras tiraba de él hacia el salón e indicaba a Kenneth y a sus primos que la siguieran—. Debes conocer a los King, unos compatriotas tuyos que poseen una destilería.

—¿Ah, sí? —respondió él extendiendo la mano—. Soy Jock Graham.

Tavish aceptó el apretón de manos y se presentó a sí mismo y a sus hermanos.

—Somos de Glengeárr —le comentó.

—¡Highlanders que destilan wiski! —exclamó su abuelo—. ¡Eso sí que es una sorpresa!

Había hecho el comentario con una sonrisa en los ojos, pero Piper se sintió obligada a defender a los King.

—Al parecer, el Uachdaran es un wiski muy refinado. Han venido a Londres en busca de inversores, y yo estaba pensando...

—¡Piper! —intervino su madre—. No has presentado a Su Alteza.

Una rápida mirada a Ramsay corroboró su espantosa falta de modales. Él tenía el ceño fruncido, lo que indicaba su malestar por haber sido pasado por alto.

—Os pido disculpas, Alteza. Abuelo, te presento al duque de Ramsay, amigo de la familia y primo de los King.

Había logrado agravar aún más el insulto. No podía haber dejado más en evidencia que se sentía más a gusto con Tavish y sus hermanos que con el hombre que la cortejaba. Jock Graham lo notaría.

—Un honor, Alteza —respondió su abuelo estrechando la mano de Ramsay—. El Uachdaran es muy conocido en Escocia. ¿Os interesa esta destilería?

Al parecer, Tavish percibió la incomodidad de Kenneth por haber sido desairado.

—Mi primo se ha ofrecido amablemente a acogernos en Londres —explicó—. Su madre es nuestra tía.

—¿Nos sentamos? —sugirió la madre de Piper con la voz una octava más alta de lo normal —. Pediré que nos sirvan el té.

—¿¡Té!? —exclamó Jock—. No, Margaret, no cuando hay Uachdaran para beber. Supongo que vuestra casa está cerca, Ramsay. Podemos reunirnos allí y estos buenos muchachos me contarán todo sobre su destilería.

* * *

A Tavish no le sorprendió que Piper quisiera recorrer la corta distancia con su abuelo y que estuviera de acuerdo con la sugerencia de Jock de que los King fueran en el carruaje de los Graham. Sin embargo, anticipó que su primo se sentiría molesto. Kenneth se había visto obligado a llevar a la enfurecida lady Graham en su carruaje.

Le extrañó la actitud distante de Piper hacia Kenneth. Ella le había prestado más atención a él que a su prometido. O quizás solo era la destilería lo que le parecía tan interesante... No lo percibió como un insulto deliberado a Kenneth, ella no parecía de ese tipo. Al fin y al cabo, la visita de Jock Graham la había entusiasmado demasiado. Su llegada había sacado el lado más alegre de su nieta.

Era aún más atractiva cuando se ruborizaba. Tavish se preguntó si ese rubor se extendería hasta sus gloriosos pechos.

El transporte de los Graham no era tan espacioso como el carruaje. Piper había insistido en sentarse entre su abuelo y Tavish. Enfrente iban Payton y Niven, que disfrutaban visiblemente de la incomodidad de su hermano. Los pantalones ajustados le impedían a Tavish disimular su excitación y apenas podía hacer nada para reacomodar sus partes masculinas en aquel espacio tan reducido.

El roce de la cadera de Piper lo excitaba físicamente, pero se dio cuenta de que había otras cosas que le atraían de ella. Le encantaba el sonido de su voz, su risa genuina, su personalidad. Solo estar a su lado le resultaba placentero. En pocos días ella se había convertido en una parte importante de su vida.

Los amargos recuerdos del matrimonio de sus padres siempre habían empañado sus sentimientos respecto de la institución. La perspectiva no le había atraído nunca hasta que conoció a Piper. Podía ser una sassenach, pero estaba orgullosa de la sangre escocesa que corría por sus venas. Intuyó que podría ser feliz con ella como compañera de vida. Pero ¿querría ella mudarse a Escocia y ayudarlo a dirigir una destilería? La vida en las Highlands era muy distinta del ajetreo y el bullicio de Londres.

Y lo que era más importante: el plan de su tío consistía en asegurarse esposas ricas que aportaran los fondos que tanto necesitaban. Gregor consideraba que el amor carecía de importancia, pero él nunca había estado casado. Piper había mencionado el dinero de su abuelo, pero Jock Graham podría no estar de acuerdo y sus padres, desde luego, no lo estarían.

Luego estaba el problema adicional de Kenneth... Aunque Tavish empezaba a intuir que no existía ningún acuerdo formal entre los Hawkins y los Graham sobre un matrimonio.

¿Qué relación había entre Piper y Kenneth?

Es más, ¿qué era exactamente lo que Tavish sentía por Piper? Nunca había estado enamorado y aquel abrumador deseo físico y emocional por una mujer era algo nuevo.

* * *

Piper sabía que iba a tener que pagar un precio. Su madre se pondría furiosa. A ella nunca le había gustado Jock Graham y desaprobaba el amor de Piper por su abuelo. Cuáles eran los motivos, seguía siendo un misterio desconcertante para ella.

Ramsay sí tenía derecho a estar enfadado, no lo había tratado con el respeto que su título merecía.

Conocer a Tavish King le había hecho ver claramente que nunca podría casarse con Kenneth Hawkins. El mero hecho de sentarse junto al escocés despertaba el deseo en las partes más íntimas de su cuerpo. Lo deseaba físicamente, pero también disfrutaba de su compañía. Él era auténtico, honrado y orgulloso de sus logros, ¡por no hablar de lo agradable que era para la vista!

Sus dos padres criticarían su falta de título, y su madre se moriría si se casara con un escocés.

Pero se estaba adelantando a los acontecimientos. Tavish podría no experimentar la misma necesidad imperiosa de estar con ella.

Tenía que solucionar las cosas. Jock Graham apoyaría cualquier decisión que tomara. Era arriesgado y era un comportamiento impropio de una dama, pero tenía que averiguar de algún modo lo que Tavish sentía por ella.

Alegre reunión

Cuando llegaron a la Casa Ramsay, Kenneth se sintió aliviado de librarse por fin de lady Graham. La mujer se había disculpado una y otra vez por el comportamiento de su hija, pero aunque a él le resultaba un poco irritante que lo hubiera pasado por alto, comprendía la emoción de Priscilla al ver a su abuelo.

Como duque soltero, no le era ajeno tratar con madres ambiciosas. Margaret Graham llevaba la adulación a un nuevo nivel. Diez minutos en el carruaje con ella habían sido suficientes, no sabía si tendría estómago para tenerla toda la vida como suegra. La aversión de la mujer hacia Jock Graham se hizo penosamente evidente. Él apenas acababa de conocerlo, pero le pareció el tipo de hombre con el que cualquiera podía llevarse bien.

Tras asegurarse de que un lacayo escoltaba a su pasajera al interior de la casa, indicó al chófer que continuara hasta la Casa Dower. Quería ir a buscar a su madre, pensando que le gustaría conocer al abuelo de Priscilla.

Le sorprendió encontrar a su tío en la sala de estar y tuvo la sensación de haber interrumpido una conversación importante. Aquella falta de cortesía empezaba a resultarle cansina. Miró con severidad a Gregor cuando se dio cuenta de que su madre había estado llorando.

—No pasa nada, Kenneth —le dijo ella—. Hemos estado haciendo las paces.

Desde luego, él no tenía ganas de ahondar en unos sucesos que habían tenido lugar tanto tiempo atrás, así que se ciñó a su plan.

—El abuelo de la señorita Graham ha llegado por sorpresa. Es de Galloway y quería probar el famoso Uachdaran, así que ha venido con mis primos a...

Su tío se puso de pie con una rapidez que contradecía su edad.

—¿Por qué no lo habías dicho antes? —preguntó.

Kenneth empezaba a preguntarse si los escoceses simplemente no comprendían la cortesía que se le debía a una persona con título.

—Ya lo he hecho —murmuró—. Mi carruaje aguarda.

—¡Ven, Maureen! —dijo Gregor ofreciéndole la mano—. Vamos a conocer a este lowlander.

—¡Sí! —respondió ella con una sonrisa.

Kenneth se quedó reflexionando sobre este nuevo aspecto de la personalidad de su madre. Hacía muchos años que no la veía tan animada. Su propia vida también había empezado a volverse previsible, ser duque conllevaba onerosas responsabilidades, pero un poco de diversión de vez en cuando no venía mal. Había disfrutado con el ensayo del baile, quizás había llegado el momento de descubrir si había un escocés enterrado en lo más profundo de su ser.

* * *

Tavish estaba muy orgulloso del wiski que él y sus hermanos producían. Gracias a las mejoras que habían introducido durante años de experimentación —algunas con éxito, otras no —, se parecía muy poco al wiski que sus antepasados destilaban en sus comienzos. En el fondo, sabía que era un wiski de malta de calidad superior.

Sabía instintivamente que Jock Graham quedaría impresionado. El hombre ya conocía la marca; sin embargo, la sincera aprobación de un compatriota escocés significaba mucho.

El abuelo de Piper era un tipo jovial y Tavish le tomó cariño enseguida. Gregor se burlaba de él diciendo que era de las Lowlands y que, por lo tanto, no era un escocés de verdad, pero el

intercambio de bromas bienintencionadas dejó claro que los dos hombres podían ser buenos amigos.

Jock y Maureen se llevaron muy bien desde el momento en que él opinó que le parecía demasiado joven y atractiva para ser una duquesa viuda.

La alegre reunión le recordó a Tavish a las que se celebraban en su país y el Uachdaran fue el acompañamiento perfecto para aquel ambiente relajado. Piper accedió a beber un sorbo. A él no le molestó la manera entrañable en que arrugó la nariz y se alegró de ver cómo se encendían sus mejillas.

La única persona que parecía incómoda era lady Graham, que se negó categóricamente a las súplicas de Maureen para que probase una gotita de Uachdaran.

Jock ignoró a la mujer y siguió llamando a Piper por su apodo, lo que no sorprendió a Tavish. Por los fragmentos de la conversación en el carruaje que había podido escuchar, dedujo que la madre y el abuelo no se llevaban bien. Kenneth también hizo caso omiso de su futura suegra, aunque parecía igualmente irritado por el uso de aquel apodo. Llamaba con insistencia a su prometida *Priscilla*, lo que a ella le resultaba claramente molesto. Todo esto lo llevó a preguntarse qué habría sucedido durante el corto viaje en carruaje y cuáles eran los sentimientos de Piper realmente.

* * *

Piper estaba disfrutando enormemente de la tarde. Su abuelo, sentado a su lado en el sofá, le pasó un brazo por los hombros y se inclinó hacia su oído. Ella aspiró los reconfortantes aromas de la lana y el humo de la pipa.

—Parece un buen partido —le susurró.

Toda su satisfacción se desvaneció y se le hizo un nudo en la garganta. Era evidente que su abuelo estaba mirando a Kenneth, pero debió notar que algo no iba bien.

—Él desaprueba mi apodo —respondió ella.

—¿Es esa la razón por la que no deseas casarte con él?

—¿Tan evidente es? —replicó ella entrelazando nerviosamente los dedos sobre el regazo.

—Tu madre parece empeñada en que te cases con un caballero con título.

—Pero no amo a Ramsay —reconoció ella.

—¿Y crees que el amor es importante?

Piper respiró profundamente, esperando que él comprendiera lo que sentía.

—Deberías preguntarle a mi padre su opinión sobre ese tema.

Él retiró el brazo y apoyó ambas manos sobre las rodillas.

—Sí, Piper, y he ahí el quid de la cuestión. Le advertí a mi hijo de que no se casara con una mujer que no lo amaba, pero él insistió en que el amor surgiría.

—Mamá lo sabe, ¿verdad?

—Sí. Ya sabes que soy una persona muy directa, quizás demasiado. Le dije que pensaba que ese matrimonio era un error.

—Y nunca te ha perdonado.

—Así es. Pero eso no significa que yo tuviera razón. Se han llevado bien y han salido adelante, supongo, y han dado a luz a una hija maravillosa a la que quieren mucho. Pero yo los aparté de mí y casi nunca veo a mi querida nieta.

—Creo que mamá hubiera insistido en mudarse de todos modos a la ciudad donde nació —dijo ella, contenta de conocer por fin la razón de la aversión de su madre hacia su abuelo—. Sí, se respetan el uno al otro; la mayor parte del tiempo, al menos. Pero yo quiero más que eso de un marido.

— Quieres un hombre apasionado, alguien como... digamos... Tavish King.

—No he ocultado muy bien mis sentimientos, ¿verdad?

—No, pero él tampoco.

—¿Crees que le intereso?

—¡El muchacho está loco por ti! —rió entre dientes.

¿Se atrevería Piper a albergar esperanzas?

—Pero está el duque...

Jock le dio una palmadita en la mano.

—Déjame ver qué puedo hacer.

* * *

Semanas atrás, Maureen había concertado una cita entre Priscilla Graham y su hijo. Había pensado que sería un buen partido para Kenneth, pero cada vez era más evidente que no había química entre ellos.

Por otra parte, Piper y Tavish King no podían mirarse ni intercambiar palabras sin que saltaran chispas. Se preguntó si Gregor se habría dado cuenta.

—Hace treinta años —le dijo a su hermano— lo dejé todo para fugarme con Freddie Hawkins.

—Bueno —respondió él—, no exactamente *todo*. Sabías que Freddie era rico.

—¡Ya sabía que dirías eso! —dijo ella fingiendo darle un puñetazo en el brazo.

—¿Y quién hubiera adivinado que iba a heredar un ducado? —añadió él.

—Cierto, pero olvidaré lo que quería decirte si insistes en distraerme.

—Ese es trabajo del Uachdaran —bromeó Gregor.

—Hablo en serio. Estoy preocupada por Kenneth, no creo que la muchacha Graham sea la novia ideal para él.

—Parece más interesada en Tavish.

—Y él en ella, si no me equivoco.

—Sí —suspiró Gregor—. Hablaré con él.

—¿Para decirle qué? Ambos sabemos que el amor no escucha razones.

La recepción

La noche del baile, el nerviosismo de Tavish crecía a medida que la interminable fila de carruajes se acercaba a la entrada de la Casa Ramsay. El inusual silencio de sus hermanos confirmó su sospecha de que ellos también estaban inquietos. Tras pasar la inspección de Gregor sobre sus atavíos de gala, salieron de la habitación para ocupar sus puestos y recibir a los invitados.

La tía Maureen había insistido en que lo ensayaran antes, cosa que Tavish agradeció cuando los invitados empezaron a aparecer en lo alto de la escalera serpenteante. El protocolo exigía que Kenneth fuera el primero de la fila. A medida que se anunciaba cada invitado, él los saludaba y luego presentaba a su madre y a su hermana. A su vez, Maureen presentaba a sus sobrinos y a su hermano como los invitados de honor.

Tavish se sintió gratamente sorprendido y aliviado por la calidez de los saludos que recibían. La gente admiraba sus atuendos de las Highlands y les preguntaban de dónde eran. No le sorprendió que nadie hubiera oído hablar de Glengeárr.

—Parece que la mayoría piensa que Edimburgo y Glasgow son los únicos sitios de interés en Escocia —murmuró Gregor.

La mención de Maureen al famoso wiski de los King provocó muchas cejas levantadas entre los caballeros.

Kenneth había manifestado que pensaba invitar a unos pocos selectos a probar el wiski en la intimidad de la biblioteca, pero Tavish no tenía forma de saber quiénes serían.

—Y, por supuesto, sir Oliver, sir Jock, lady Margaret y lady Priscilla Graham no necesitan presentación —dijo Maureen, distrayendo a Tavish del elegante invitado que le había preguntado qué llevaban los escoceses bajo la falda. Preocupado porque su tío Gregor respondiera la pregunta de su peculiar manera, no se había dado cuenta de la llegada de los Graham.

—Sir Oliver, sir Jock —dijo ofreciéndoles un apretón de manos.

—Debería haber pensado en vestir mi kilt en lugar de este traje de pantalón —replicó sir Jock, ganándose el ceño fruncido de su nuera.

—Sí —respondió Tavish, rozando con un beso la fría mano que le tendió lady Margaret.

Luego se volvió hacia la mujer de impresionante belleza en la que no podía dejar de pensar.

—Piper —exhaló, esperando que ella comprendiera el anhelo en su voz y el amor en sus ojos.

* * *

—Tavish —respondió ella.

Aquel simple intercambio fue todo lo que ella necesitó para confirmar que compartían una conexión mágica. El calor de sus labios atravesó sus guantes cuando le rozó los nudillos con un beso galante. El calor de sus ojos cuando sus miradas se encontraron casi le dobló las rodillas. Por un bendito instante, Piper fue capaz de ignorar los balbuceos de su madre sobre el hecho de que apenas había hablado con el duque. Ella y Tavish eran lo único que importaba.

—¿Todo listo para el reel? —preguntó él con un guiño.

—Estoy impaciente —respondió ella, emocionada al ver que él también había sentido el efecto de su atracción mutua.

En un abrir y cerrar de ojos, el mundo había cambiado. Tavish King era el hombre que había estado esperando.

—Tengo entendido que necesitáis otro caballero —dijo su abuelo—. Al parecer, el

mayordomo que nos acompañó en el ensayo no puede unirse a nosotros ahora.

—Sí —respondió Tavish—. ¿Te ofreces voluntario?

—¡Intenta detenerme!

El afectuoso intercambio entre dos hombres que significaban tanto para ella alegró el corazón de Piper.

Para sorpresa de todos, su padre intervino:

—Te me has adelantado, papá —dijo.

Con la nariz en alto y la mandíbula apretada, su madre se marchó hacia el salón de baile.

* * *

Kenneth se sentía conflictuado. Disfrutaba de su privilegiada posición al frente de la fila de recepción y los invitados lo saludaban con el respeto que merecía su título. La mayoría de los saludos y reverencias eran auténticos, pero era plenamente consciente de que algunos aduladores no se habrían dignado a hablar con él por la calle si su padre no hubiera heredado el ducado.

Todos los asistentes conocían la historia y, sin duda, se harían muchos comentarios sarcásticos sobre la idoneidad de la familia Hawkins. Le enfurecía que esa envidia tan mezquina pudiera herir a su madre. Como duquesa de Ramsay, había hecho mucho por elevar la posición de la familia en la sociedad.

Al menos confiaba en que sus parientes escoceses no estarían entre los hostiles. Desde el primer momento, los hermanos King lo habían tratado como a un primo perdido hacía mucho tiempo. Estaba claro que su título les importaba un bledo.

Sin embargo, aquellos esnobs se sentirían ofendidos si no los invitara a la cata privada de wiski que se celebraría más tarde.

Sí, los hipócritas beberían el licor, comerían su comida y bailarían al son de la música interpretada por los músicos que había contratado, pero difícilmente dirían algo negativo sobre la calidad del Uachdaran.

Apostaría a que incluso el Regente oiría hablar sobre el wiski y el reel. Les esperaba una velada excepcional.

Lo único preocupante era la evidente atracción entre Tavish y Priscilla. La aversión de Kenneth hacia lady Graham no había hecho más que intensificarse con sus muchas adulaciones, mientras que Priscilla apenas le dirigía la palabra, toda su atención estaba puesta en Tavish.

Era desconcertante.

* * *

Daisy se alegró cuando vio que Kenneth saludaba a lady Jasmine Foxworthy. Su madre no había entendido por qué razón había querido añadir a la muchacha y a sus padres a la lista de invitados. No eran amigas ni mucho menos. De hecho, Daisy no soportaba a Jasmine y el sentimiento era mutuo.

Sin embargo, ella tenía un plan.

—Lady Jasmine —dijo poniéndose delante de su madre—. Qué alegría veros a vos y a vuestros padres. Os presento a mis primos escoceses: Tavish, Payton y Niven King.

Se intercambiaron los saludos de rigor. Como Daisy esperaba, Jasmine no tardó en prestar toda su atención al guapísimo hermano King; y Payton, a su vez, no podía apartar los ojos del escandaloso escote de Jasmine.

—Estamos planeando una demostración de danza escocesa bastante emocionante para más tarde —dijo Daisy con entusiasmo—. Pero, por desgracia, Payton no tiene pareja.

—Con mucho gusto seré vuestra compañera —declaró Jasmine agitando las pestañas.

—¡Excelente! —respondió Payton sin mencionar el hecho de que su tía era su compañera

—. Tal vez os enseñe algunos pasos antes.

—Estaré encantada —suspiró Jasmine.

Sintiéndose inmensamente satisfecha, Daisy se quedó mirando cómo se alejaba el trío Foxworthy. Payton y Jasmine eran tal para cual, unos cazafortunas. Se sentiría muy decepcionado cuando descubriera que las finanzas de la familia Foxworthy atravesaban una situación desesperada.

* * *

Maureen había organizado más bailes de los que podía recordar. Por supuesto, como duquesa de Ramsay, había estado junto a su difunto marido a la cabeza de la fila de recepción. Estar en el medio era una experiencia completamente distinta y posiblemente menos estresante.

Estaba inmensamente orgullosa de Kenneth. Él se sentía mucho más cómodo con el papel de duque que su padre, pero Freddie nunca había previsto heredar el título.

Estaba convencida de que Priscilla Graham estaba más interesada en Tavish King que en Kenneth. Su hijo debería haber encontrado hiriente su comportamiento, pero no daba señales de ello. A veces deseaba que se mostrara un poco más emotivo, guardarse las cosas dentro alimentaba la ira de las personas. A ella le había llevado años asimilar el rechazo de Gregor. Irónicamente, fue el ascenso de Freddie a la nobleza lo que la había obligado a superar el abatimiento.

La presencia de Gregor en la fila era una bendición que ponía fin a treinta años de rencor. Se sentía bien teniendo al cascarrabias de su hermano a su lado, y el traje de gala escocés que llevaba atraía muchos comentarios positivos. Le satisfacía enormemente saber que, hasta entonces, nadie de la sociedad se había enterado de que era escocesa.

Se preguntó qué estaría tramando Daisy. Al parecer, el plan consistía en reunir a Payton King y Jasmine Foxworthy. A Daisy no le gustaba Jasmine, así que supo que algo habría ocurrido para que se la presentara a Payton. Y aquel joven veleidoso había olvidado rápidamente que era la pareja de su tía; es increíble el efecto que puede tener un pecho generoso. Sin embargo, Maureen no preveía una relación duradera entre Payton y Jasmine; en cambio Tavish y la muchacha Graham... Eso era harina de otro costal.

El baile

Tras un pequeño aperitivo servido en el intermedio, Maureen anunció que se interpretaría un reel de demostración en honor de los invitados de Escocia. La reacción fue previsiblemente discreta.

Sin embargo, una vez que empezó la música y Niven hizo su magia con el violín, la gente empezó a aplaudir y a dar golpecitos con los pies.

A Gregor le molestó que Payton se hubiera deshecho rápidamente de Maureen como su compañera de baile, le bastó una muchacha de senos prominentes. Su sobrino no pareció darse cuenta de que aquella risueña libertina tenía dos pies izquierdos.

Sin embargo, Jock Graham acudió al rescate de Maureen. A Gregor le alegró el corazón ver a su hermana bailar con tanta soltura, pero la veía demasiado libre y despreocupada con el lowlander. Sin embargo, ya la había juzgado antes y no pensaba volver a hacerlo. Dios le había devuelto a su hermana y él había aprendido la lección.

Tavish había recuperado la confianza en sí mismo y guiaba a las parejas a través de las secuencias como solo un auténtico highlander podía hacerlo. Los pies de Daisy estaban sin duda aliviados. Ella también parecía más feliz de lo que la había visto en la noche de la primera cena en la Casa Dower.

Gregor presintió que algo habría ocurrido para que Tavish se sintiera menos tenso. La muchacha Graham también estaba más contenta. Se había prometido a Kenneth, pero, probablemente, el pobre ni siquiera se había dado cuenta de que solo tenía ojos para Tavish. Preveía que habría problemas.

Cuando unos pocos intrépidos empezaron a hacer sus propios ochos, Gregor intervino para marcar las secuencias.

En general, todo auguraba un buen futuro para la degustación privada que había planeado Kenneth.

* * *

A Piper ya no le importaba que Tavish no fuera su compañero. En cierto modo, lo era, entre ellos había fluido un mensaje silencioso. El solo hecho de saber que Tavish sentía algo por ella intensificó la comunión de su cuerpo con el ritmo de la danza. Su kilt se agitaba y giraba mientras bailaba como solo un orgulloso highlander podía hacerlo. Incluso le resultaba agradable la compañía de Kenneth, aunque evitaba mirarlo directamente para que no viera más de lo que ella quería dejar ver. Finalmente tuvo que reconocer que no quería casarse con él, pero era imprescindible que su cólera no se dirigiera contra Tavish.

Se alegró de que la gente empezara a aplaudir y a dar golpes con los pies. Aquella reacción hizo sonreír a Kenneth, que debía estar preocupado por cómo sería recibida la demostración de baile. Desviarse de las normas no siempre era bien aceptado por la gente de sociedad. Era un buen augurio para la cata de wiski que había planeado para más tarde.

Piper alcanzó a ver brevemente el ceño fruncido de su madre. Probablemente, Margaret Graham estaba enfadada porque su marido se había unido a una de las improvisadas parejas.

Era una alegría ver a su abuelo y a lady Hawkins bailando, ambos sonreían como adolescentes.

A la que no reconoció fue a la pareja de Payton.

* * *

Tavish bailaba como un hombre renacido. Nunca había disfrutado tanto de un reel ni se

había sentido más orgulloso de ser escocés. Sus huesos absorbían la música de Niven. Piper Graham compartía las mismas intensas ansias que él sentía. Aquello le complicaba la vida y a la vez no lo hacía. La consecuencia inevitable sería enfadar a Kenneth. Su primo podría vengarse utilizando sus influencias para sabotear los planes para el Uachdaran. ¡Que así fuera! Tavish no tenía la más mínima intención de renunciar a Piper.

Su tía Maureen se llevaba muy bien con el abuelo de Piper, cualquiera diría que habían bailado juntos toda la vida. Esperaba que ella comprendiera sus acciones respecto a Piper.

Gregor no lo haría.

Su tío iba a tener que aceptar que tendrían que buscar otros medios para financiar las mejoras que querían hacer. Payton y Niven lo entenderían.

Rio para sus adentros. Piper había mencionado el dinero de su abuelo, pero no le importaba si ella tenía dote o no. La quería, era la mujer para él.

Se dio cuenta de que su prima Daisy estaba disfrutando más del reel ahora que en el ensayo. Probablemente fuera porque no le pisaba los pies todo el tiempo. No parecía disgustada porque Payton estuviera babeando por su nueva compañera. Debió perder el interés por él. Mejor así, casarse con un primo nunca era una buena idea. Muchos clanes de las Highlands lo habían comprobado a lo largo de los siglos.

* * *

Hacía años que Maureen no se divertía tanto. Las duquesas no se soltaban la melena y bailaban reels escoceses con apuestos granujas que acababan de conocer. Ella había amado a su marido y lo había apoyado de buen grado en su nuevo papel de duque de Ramsay, y lo había hecho por amor. Pero Freddie se había ido y pretendía recuperar el tiempo perdido. Ahora Kenneth era el duque y ella lo apoyaría; sin embargo, estaba deseando redescubrir a la Maureen que había dejado atrás.

Kenneth la necesitaría cuando se diera cuenta de que Priscilla estaba enamorada de Tavish. Esperaba que fuera lo bastante hombre como para aceptar ese rechazo como lo que realmente era: la fortuna sonriéndole. La mujer adecuada llegaría, pero la muchacha Graham no era esa mujer.

* * *

—Me sorprendió que me invitasen —le confió Jasmine a Payton mientras daban vueltas en el sentido de las agujas del reloj.

Satisfecho de que por fin le estuviera cogiendo el truco a los pasos, Payton tuvo tiempo de preguntarse por qué Daisy los había emparejado. Había caído fácilmente en la trampa que le tendió. ¿Cuándo aprendería a no centrar toda su atención en los senos de las mujeres? Los de Jasmine estaban a la vista y tuvo que admitir que eran extraordinariamente tentadores. Al menos su tía Maureen no parecía disgustada por haberla abandonado. Jock Graham tenía su misma edad y, por lo que parecía, se divertía más bailando con él.

—Daisy y yo no nos llevamos bien —añadió Jasmine mientras el círculo se movía en sentido contrario a las agujas del reloj.

Entonces lo comprendió. Por alguna razón, su prima estaba enfadada con él. Al parecer, pensaba que emparejarlo con Jasmine era algo que acabaría mal.

—Bueno, señorita Foxworthy —dijo aspirando su seductor perfume mientras la hacía girar en la secuencia de la tetera—, me alegro mucho de que os invitasen y de que seáis mi compañera.

La cata

Kenneth había planeado la cata privada de wiski con sumo cuidado. Él y Mainwaring confeccionaron una lista de invitados masculinos basándose en criterios estrictos. Sin embargo, Gregor parecía empeñado en cuestionar sus elecciones, incluso cuando ya estaban a punto de empezar.

—Son hombres bien conocidos por su instinto cuando se trata de bebidas espirituosas —le dijo a su tío por enésima vez.

—Sí, eso dijiste, pero...

—No son propensos a la embriaguez, si es eso lo que temes.

—No, pero...

—Son hombres con títulos e influencia en la corte y en la comunidad de inversores.

—Pero solo habéis invitado a unos pocos.

—Este es mi mundo, tío, debes confiar en mi criterio. Y te pido que me dejes hablar a mí.

Su tío asintió, pero la rigidez de su mandíbula contradecía su voluntad de cooperar.

El grupo de privilegiados ya se dirigía con discreción a la biblioteca. Tavish, Payton y Niven también estaban en camino. Kenneth estuvo muy tentado de excluir a Gregor, pero el viejo montaría un escándalo. Al ver a Jock Graham entre la multitud, tuvo una idea.

—Tío, ¿puedo pedirte que le hagas llegar una invitación al abuelo de Priscilla para que nos acompañe?

Una nube ensombreció el rostro de su tío.

—¿Un lowlander?

Kenneth contó hasta diez, un hábito que parecía cada vez más necesario últimamente.

—Será una ventaja, él ya adora el Uachdaran.

—Supongo que tienes razón.

Unos minutos más tarde, Kenneth respiró aliviado al ver que Jock sonrió y estrechó la mano del ceñudo Gregor.

Se dirigió a la biblioteca, confiado en que las cosas saldrían bien si conseguía deshacer el nudo que tenía en el estómago y fingir que no se había dado cuenta de los intentos de Tavish por robarle el afecto a Priscilla.

* * *

Oliver Graham se sintió satisfecho de encontrarse entre un selecto grupo de caballeros con título en la biblioteca del duque de Ramsay. No le importaba que Kenneth Hawkins solo lo hubiera invitado porque era el padre de Pip... de Priscilla.

Y ahí radicaba su dilema. Margaret estaba presionando para que su hija se casara con el duque, aunque era evidente que ella prefería al muchacho King. No podía, sabiendo eso, condenar a Piper a un matrimonio sin amor. Él había ignorado las advertencias de su padre y acabó con una esposa que se había convertido en una arpía. No culpaba a Margaret, debía ser duro para una mujer estar casada con un hombre al que no amaba. Había hecho todo lo posible por ganarse su afecto, incluso había abandonado su amada Escocia, pero si no había amor...

Tendría que hablar con Kenneth Hawkins. Frustrar a un duque era una perspectiva desalentadora. Sintiéndose como un inútil cobarde, estuvo a punto de marcharse cuando su padre entró con el viejo escocés. Era difícil creer que Gregor fuera el hermano de la duquesa viuda.

* * *

Tavish no había tenido tiempo de informar a sus hermanos de su decisión, tendría que

confiar en que lo comprenderían. Su honor no le permitía participar en la cata de Kenneth sin aclarar antes las cosas con él.

La mirada gélida de su primo era prueba suficiente de que se había dado cuenta de la química que existía entre él y Piper. Aprovechó la animada charla de los invitados para llevar a Kenneth aparte.

—Lo entenderé si ya no te interesa hacer la degustación de esta noche —le dijo—, pero quiero dejar claro que tengo intención de perseguir una relación con Piper Graham.

Kenneth entornó los ojos.

—Eres directo, lo reconozco.

—Soy escocés —replicó él.

—Sí —dijo Kenneth—. No puedo decir que me alegre de tu intromisión, pero este acontecimiento es exclusivamente de negocios. Intuyo que hay dinero que ganar con el Uachdaran, de modo que los sentimientos personales no pueden entrar en juego.

Tavish debió haber sentido alivio, pero no fue así. Para él, destilar wiski no era solo un negocio, era su vocación, su pasión. El wiski había sido el amor de su vida hasta que llegó Piper.

—Supongo que es demasiado pedir que tú y yo podamos seguir siendo amigos.

—No es el momento ni el lugar, primo. Nuestros invitados se están impacientando. Te agradecería que me ayudaras con cualquier pregunta sobre el proceso de destilación y que intentaras mantener a nuestro tío bajo control.

Kenneth se alejó para saludar a sus amigos. La velada sería un éxito, su primo se aseguraría de ello. Si lo único negativo era el comentario cruel sobre Gregor, que así fuera. Puede que estuviera en su derecho de hacerlo.

Tavish estaba satisfecho de haber tomado la decisión correcta al ser honesto y frontal. Aunque posiblemente hubiera más repercusiones que aún no podía prever, Piper merecía la pena.

* * *

Niven recibió encantado los efusivos cumplidos sobre su habilidad con el violín. Había estado nervioso por relacionarse con aquel selecto grupo de amigos de Kenneth de la alta sociedad, pero parecía gente bastante agradable. No era la primera vez que la música lo ayudaba a abrirse camino, él no tenía la confianza de Tavish ni la gran personalidad de Payton.

Estaba meditando sobre aquello cuando le llegó la voz de Kenneth:

—Niven, ¿podrías explicar a nuestros invitados cómo se voltea a mano la malta?

Miró a Tavish, que siempre había sido el portavoz. Su hermano mayor asintió con la cabeza, así que se embarcó en una explicación que probablemente podría recitar dormido. Con los ojos muy abiertos, los invitados siguieron sorbiendo su wiski, aparentemente impresionados por lo que les contaba.

—Quizás Payton pueda profundizar en la importancia de quemar turba en los hornos —sugirió Kenneth unos minutos después—. El Uachdaran es único en ese aspecto.

Payton accedió, pero también él frunció el ceño, perplejo. Su primo el duque ignoraba abiertamente a Tavish, quien, sorprendentemente, no parecía molesto.

* * *

La cata no se estaba desarrollando como Gregor pensaba. Por derecho, él y Tavish deberían ser quienes hablaran. ¿Qué sabía Kenneth de destilar wiski?

Sin embargo, tal vez su sobrino tuviera razón, aquel no era su mundo y los invitados estaban claramente impresionados con el wiski y con la historia que había detrás de su elaboración.

Las sonrisas persistían en los rostros de todos, que asentían con la cabeza, incluso cuando Kenneth se embarcó en la cuestión de las inversiones.

Gregor se aclaró la garganta con la intención de exponer la idea de los barriles especiales, pero el condenado de las Lowlands habló antes de que tuviera la oportunidad.

—¿Y para qué se emplearían nuestros fondos? —preguntó Jock Graham.

Gregor tuvo que admitir a regañadientes que era una pregunta inteligente, que asumía como un hecho la inversión y abría la puerta para que Tavish hablase por fin. Las explicaciones de su sobrino sobre el envejecimiento del wiski en las barricas de jerez provocaron exclamaciones de sorpresa.

Si Gregor hubiera estado al mando, habría pedido un acuerdo en ese mismo momento. Se dio cuenta de que habría sido un error cuando Kenneth concluyó la presentación diciendo:

—Mi hombre de negocios se pondrá en contacto con vosotros, caballeros. Estoy seguro de que muchos conocéis a Richard Mainwaring.

De pie y discretamente a un lado, Mainwaring hizo una reverencia.

La conversación se fue animando a medida que los invitados abandonaban la biblioteca, lo que aumentó sus esperanzas de que, después de todo, quizás los muchachos no se vieran obligados a casarse.

Grito de guerra

Nadie en el salón de baile reparó en la ausencia de la docena de duques, condes y vizcondes. Los hombres que no habían sido invitados a la cata privada aprovecharon para bailar con distintas parejas. Piper debería haber estado encantada de poder bailar con ellos, pero, sin Tavish, era como si no hubiera aire que respirar.

En su mente no paraba de maquinar formas de hablar en privado con el hombre en el que no podía dejar de pensar. Si estaba tan enamorado de ella como ella de él, tendrían que decírselo a Kenneth.

Eso podría significar que el duque dejara de interesarse por ayudar a los King a conseguir el dinero para su destilería. Ella dispondría de la herencia de su abuelo cuando alcanzara la mayoría de edad, pero tal vez no estaba siendo práctica... ¿Acaso el deseo de pasión y romance la estaba despojando de su sentido común? Al fin y al cabo, Tavish vivía en un sitio remoto de Escocia.

Todas sus dudas se esfumaron cuando lo vio entrar de nuevo al salón de baile, inmerso en una conversación con su abuelo. Se preocupó al notar que ambos hombres estaban muy serios.

* * *

Jock Graham había tenido sentimientos encontrados cuando Tavish le confió sus intenciones con Piper, pero el asombro no era uno de ellos. Era evidente para cualquiera que tuviera ojos que Tavish y Piper estaban hechos el uno para el otro.

Personalmente, él estaba encantado con la idea de que su nieta se casara con un escocés, aunque Tavish fuera de las Highlands. Le caía bien el muchacho King y admiraba su ética de trabajo. Dudaba que la destilería Uachdaran hubiera prosperado como lo había hecho sin la mano firme de Tavish al timón. Los otros hermanos podían explicar el proceso y participar en el duro trabajo, pero sospechaba que había sido Tavish quien había decidido voltear la malta a mano con regularidad y utilizar la turba en los hornos. Y Tavish no enviaba solos a sus trabajadores a extraer turba, él mismo se metía hasta el cuello en aquella porquería. La idea de envejecer el wiski en barriles de jerez era, obviamente, obra suya también, y Kenneth le había dado por fin la oportunidad de exponerlo.

El desaire intencionado del duque hacia el mayor de los King había sido evidente. Sin duda, se había dado cuenta de que Piper se fijaba en el escocés. Ese era el problema. Enfadar a un duque era peligroso, pero había que hacerlo, por el bien de Piper. La peor perspectiva era enemistarse aún más con su nuera. Margaret lucharía con uñas y dientes para convertir a su hija en duquesa. Si no lo conseguía, abriría otra grieta entre Jock y su hijo.

—Vuelve a la biblioteca —le dijo a Tavish—. Iré a buscar a Piper.

* * *

Tavish se sintió aliviado de que la biblioteca estuviera vacía, salvo por un par de criados que recogían las últimas copas.

Se paseó por la habitación, preguntándose por qué hacía tanto calor cuando no había fuego en la chimenea fría. Hacía apenas unos minutos, en aquella misma biblioteca, había participado de un acontecimiento que podía abrirles a él y a sus hermanos un mundo completamente nuevo. Sin embargo, ahora estaba más nervioso que entonces esperando a Piper y a su abuelo.

Nunca había puesto en juego su corazón, se sentiría destrozado si ella no sentía su mismo intenso deseo. ¿Se estaba engañando a sí mismo? Una chica de ciudad como Piper no querría vivir en las Highlands.

Su respiración se detuvo cuando se abrió la puerta.

Un instante después, Piper estaba en sus brazos, llenándole la cara de besos.

Su corazón y su virilidad se aceleraron cuando la estrechó contra su cuerpo y apretó sus labios sobre los de ella. El antiguo grito de guerra de los MacGregor resonó en su mente. «¡Ard Choille!». Había vuelto a casa, a los altos bosques.

Una tos modosa hizo que se separaran.

Respirando con dificultad, Tavish miró a Piper a los ojos y reconoció en ellos el amor que había anhelado durante toda su vida adulta, pero que temía no encontrar nunca.

—Muchacha —dijo en un susurro—. ¿Serás mía?

—Soy tuya, Tavish —respondió ella—. Para siempre.

—Una vida dura en las Highlands es todo lo que puedo ofrecerte —admitió él.

—Una vida sin ti no sería vida.

Su abuelo volvió a aclararse la garganta.

—Será mejor que los dos estéis seguros de esto. Habrá repercusiones.

—Yo estoy seguro —respondió Tavish.

—Y yo también —aseguró Piper.

* * *

Nerviosa por no delatar su presencia fuera de la biblioteca, Maureen contuvo la respiración y se recostó contra la pared revestida de paneles. La tonta razón adolescente que la había llevado hasta allí, seguir a Jock Graham, había hecho que el pulso se le acelerara, y tras oír las declaraciones de amor de Tavish y Priscilla, sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. La pena por Kenneth se apoderó de ella.

—Hijo mío... —murmuró, temiendo que el corazón de su hijo estuviera a punto de romperse.

Apretó los puños, admitiendo para sí que estaba albergando temores egoístas. Un desencuentro con la familia Graham significaría no volver a ver a Jock. Era una locura... ¡Una mujer de su edad! ¡Y viuda! Pero se había sentido feliz durante el breve tiempo que pasó con el lowlander. Había vuelto a reír, a sentir que tenía una razón para vivir. Tal vez solo fuera que había estado bebiendo demasiado wiski. Tragó saliva, se armó del mismo valor que la había ayudado a superar muchas dificultades a lo largo de los años y se alejó de la biblioteca con la barbilla en alto. Ya había superado otras grandes pérdidas y volvería a hacerlo. Al fin y al cabo, era una escocesa.

¿Podemos hablar un momento?

Jock aconsejó a Tavish y Piper que volvieran por separado al salón de baile. Durante un momento, temió tener que separarlos a la fuerza, pero al final ambos se dieron cuenta de que lo mejor sería ir poco a poco. El primer paso para Jock era buscar a su hijo.

Cuando entró en el salón y se encontró con la mirada hostil de Margaret, comprendió que Oliver no era la persona a la que tenía que convencer.

—¿Podemos hablar un momento, por favor? —le preguntó después de rozar con un beso de cortesía los nudillos de su nuera.

Aquel gesto impropio de su carácter podía haber sido un error. Ella apartó la mano y tensó los hombros.

—No me interesa nada de lo que tengas que decirme —declaró.

—Margaret —replicó él—, puedes aferrarte a tu resentimiento hacia mí y hundir a tu hija en el proceso, o puedes tragarte tu orgullo y escucharme.

Ella apretó los labios, pero no se marchó.

—No te culpo por querer que Piper se convierta en duquesa, y sería una buena duquesa si quisiera al duque con el que la empujas a casarse.

—¿Y tú qué sabes de eso? —le espetó.

—Sé que Piper no ama a Kenneth, está enamorada de otra persona. Pero creo que tú sabes más que yo sobre el matrimonio sin amor. —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Lamentó causarle dolor, pero su flecha había dado en el blanco—. Piper va a pedirte tu bendición, espero que se la concedas. Háblalo con Oliver, ambos queréis lo mejor para ella.

* * *

Gregor estaba que echaba humo cuando encontró a su sobrino. Tavish se dio cuenta enseguida de su estado de ánimo.

—¿Qué pasa, tío? —le preguntó.

—Hablemos —le gruñó él—. Acabo de ver a mi hermana. No me ha querido decir por qué estaba disgustada. «Pregúntale a Jock y a Tavish», dijo. Si ese lowlander hizo algo para ofenderla...

—No —respondió Tavish—. Nos habrá oído hablar en la biblioteca.

—*¿Nos?*

—Pienso casarme con Piper Graham.

Gregor se quedó mirándolo, seguro de haber entendido mal.

—No puedes casarte con esa muchacha, está prometida a tu primo. Además, si los amigos de Kenneth invierten en la destilería, no hará falta que os caséis.

—Lo siento —replicó Tavish—. Sé que no lo comprenderás, pero Piper es la mujer que he estado buscando toda mi vida.

—¡Pero Kenneth echará por tierra el trato si le robas a su novia!

—No es su novia. Ella no lo ama y nunca accedió a casarse con él. Y si toma represalias, que así sea.

Gregor temió que le estallara la cabeza.

—¡«Que así sea», dices!, ¡canalla engreído! ¿Vas a arriesgarlo todo por una falda?

—Haré como si no te hubiera oído —gruñó Tavish antes de alejarse dando grandes zancadas.

* * *

Kenneth nunca había visto un volcán, pero había oído la historia de la destrucción de Pompeya. El Vesubio había advertido a los habitantes de la ciudad romana de la catástrofe que se avecinaba. El problema era que nunca habían visto una erupción volcánica y no comprendían la importancia de los temblores de la tierra y de la lluvia de piedra pómez que cayó sobre la ciudad durante días.

Se sentía como aquellos antiguos: algo cataclísmico se avecinaba. Tavish había intentado advertirle, pero él descartó la posibilidad de que Priscilla pudiera rechazar su propuesta.

Incluso bajo el placentero adormecimiento inducido por el wiski, se dio cuenta de que, en realidad, nunca había llegado a proponérselo.

¡Qué desatino! Había supuesto que la señorita Graham comprendía sus intenciones. Y aunque lo hiciera, le había dejado clara su falta de interés. Él había estado demasiado absorto en su propia relevancia como duque y en su indiscutible idoneidad como esposo. Mientras tanto, ella se había enamorado de su primo, un escocés que vestía falda y destilaba wiski.

Era humillante.

Le entraron ganas de llorar como un niño privado de su juguete favorito, pero los duques no se dejaban llevar por sensiblerías, se encogían de hombros ante la decepción o simplemente se vengaban.

Mientras tanto, seguía siendo el anfitrión de un baile que, hasta el momento, había sido todo un éxito. Los músicos seguían tocando y la pista estaba completa. Sus parientes escoceses charlaban con algunos de los hombres que habían asistido a la degustación. Gregor era el único con el ceño fruncido, pero eso no era inusual. Algunas personas se habían marchado, dado lo avanzado de la hora, pero muchas caras conocidas seguían allí. Entre ellos, los Graham; y Oliver se dirigía hacia él con el rostro contraído en una mueca feroz. Su ánimo se vino abajo. Era evidente lo que el hombre venía a decirle, pero ¿tenía que parecer que estaba a punto de lincharlo? Comunicarle a un duque que su propuesta de matrimonio no era aceptada debía de ser algo abrumador.

—¿Podemos hablar un momento? —carraspeó Oliver.

Kenneth tenía que tomar una decisión y lo hizo rápidamente. Oliver Graham era un tipo bastante agradable, pero...

—Os ahorraré la molestia, Oliver —respondió—. He retirado mi petición de matrimonio.

Por un instante temió que el hombre se desmayara por el alivio, pero el color regresó a su rostro regordete y se marchó balbuceando fuera de la vista de Kenneth.

—Eso me ha sentado sorprendentemente bien —murmuró en voz baja.

Se dio cuenta de que tal vez Priscilla no era la elección adecuada. Era físicamente hermosa y entrañablemente encantadora, pero su miembro viril nunca había llegado a excitarse en su presencia. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Y si algo no funcionaba bien en él?

* * *

—Será mejor que hables con el duque —le dijo su madre.

Piper había visto a su padre acercarse a Kenneth y se preguntó de qué habrían conversado. Ninguno de los dos parecía contento. Tampoco estaba segura de lo que su madre le estaba insinuando. ¿Sabían sus padres lo que había ocurrido entre Tavish y ella? Fuera como fuese, tenía que decirle a Kenneth que no podía casarse con él. Si hubiera tenido el valor de ser sincera antes de que las cosas llegaran tan lejos... Pero defraudar a sus padres había pesado mucho en su mente.

—Iré a hablar con él —respondió—, pero puede que no le guste lo que tengo que decirle.

Se le saltaron las lágrimas cuando su madre la besó en cada mejilla y le dijo:

—Confío en que harás lo correcto.

Sin saber qué pensar de aquella ambigua declaración, Piper se aproximó a Kenneth, que estaba en un rincón, enfrascado en una conversación con la duquesa viuda. Se armó de valor y le preguntó:

—¿Puedo hablar contigo, Alteza?

—Desde luego, Piper —respondió él mientras se incorporaba.

Los ojos de la duquesa se abrieron de par en par mientras se ponía de pie para marcharse. Había tomado nota de que su hijo había utilizado su apodo en lugar del nombre de pila.

Piper se sentó en la silla que ella dejó libre, cogiendo coraje al calor del terciopelo.

—No deseo ofenderte, pero debí haber dejado claro antes que no puedo casarme contigo, Ramsay.

Su corazón se aceleró cuando él le cogió la mano.

—No me ofendo. Aunque debo puntualizar que, en realidad, nunca te propuse matrimonio.

El calor invadió su rostro.

—Oh... Yo supuse...

Él entrelazó sus dedos con los de ella.

—No te preocupes. Si no hubiera estado tan seguro de que ninguna mujer iba a rechazarme como esposo, me habría dado cuenta de que tú y yo no somos compatibles.

Los rígidos hombros de Piper se relajaron.

—Espero que podamos seguir siendo amigos —le dijo.

Todo estaba saliendo bien, pero ¿sabía él de su compromiso con Tavish?

—Por supuesto. Y sigo teniendo la intención de impulsar la empresa de wiski de mis primos —le aseguró.

* * *

Maureen disimuló una sonrisa mientras circulaba entre los invitados que quedaban, muchos de los cuales se preparaban para abandonar la Casa Ramsay. Nadie podía conocer la tormenta que se agitaba en su corazón. Kenneth había aceptado de buen grado la noticia de que Tavish se convirtiera en su rival y parecía resignado a no casarse con la chica Graham. Siempre había tenido tendencia a mantener sus emociones estrictamente controladas. Ella le había asegurado que la mujer adecuada acabaría apareciendo, pero un corazón roto no suele escuchar manidas palabras de consuelo. Tan solo le quedaba esperar lo mejor para su hijo. Al menos ahora podría seguir disfrutando de la compañía de Jock Graham.

La carcomía la culpa por ser tan egoísta.

Repercusiones

Tavish pretendía despedirse de Piper con un beso, pero Gregor empujó a sus sobrinos hacia su habitación antes de que pudiera hacerlo.

—Vuestro hermano ha puesto en peligro todo vuestro futuro —declaró su tío.

Tavish apretó la mandíbula ante el gesto de desconcierto de sus hermanos.

—Dejad que me explique —gruñó.

Gregor lo señaló con un dedo acusador.

—¡Le robaste a la prometida a tu primo!

—¿Tú y Piper Graham? —preguntó Payton.

—Sí —confesó Tavish—. Pero yo no la robé, Kenneth nunca le pidió que se casara con él.

—Cualquier tonto puede ver que Piper y tú sois el uno para el otro —afirmó Niven—. Si eso significa perder el apoyo de nuestro primo el duque, que así sea.

—Sí —convino Payton apoyando una mano sobre el hombro de Tavish—. Es la muchacha perfecta para ti.

Gregor se enfurruñó.

—¿Queréis decir que...

—¿No lo entiendes? —preguntó Niven a su tío—. La felicidad de nuestro hermano es más importante que cualquier otra cosa. Él siempre ha antepuesto nuestro bienestar al suyo. Me alegro de que haya encontrado a alguien que lo quiera.

Payton asintió.

—Piensa en las maravillas que consiguió Tavish cuando no estaba felizmente casado. Piper será un activo para el negocio.

Sintiéndose profundamente honrado, Tavish tragó saliva y abrazó a sus hermanos.

—Sí... Ahora que lo pienso, la chica Graham dijo que tenía dinero para invertir —murmuró Gregor.

Tavish y sus hermanos rieron ante el previsible razonamiento de su tío.

* * *

El viaje a casa de la familia Graham fue incómodo. El carruaje no estaba diseñado para cuatro adultos, sobre todo cuando dos de ellos eran hombres de espaldas anchas y piernas largas como el padre y el abuelo de Piper.

Sin embargo, no era la falta de espacio lo que hacía incómodo el ambiente.

Piper creía que la mayoría de las madres e hijas compartían la ilusión de un matrimonio próximo, pero lady Margaret Graham se acurrucó en un rincón y se negó a participar en la conversación.

Su marido lo intentó varias veces, pero ella le apartaba la mano y seguía enfurruñada.

Piper decidió en aquel momento que si alguna vez tenía una hija, no la obligaría a ser alguien que no era.

Sonrió a su padre en un intento de hacerle saber que no lo culpaba, pero probablemente estaba demasiado oscuro para que él la viera. Nunca había sido tan dolorosamente evidente que el amor de Oliver Graham por su esposa no era recíproco.

La presencia de su abuelo era una luz en la oscuridad; sin pronunciar una palabra, Jock estrechó su mano para hacerle saber que todo iría bien.

* * *

—Me alegro de que hayas decidido quedarte en la casa principal con nosotros, mamá —dijo

Daisy cuando se marcharon los últimos invitados.

—Yo también —respondió su madre bostezando—. Estoy demasiado cansada para pensar en volver a la Casa Dower a estas horas de la noche.

—Creo que ha ido muy bien —dijo Daisy en voz baja.

—Desde luego —asintió su madre.

Sentado en su sillón favorito de la biblioteca, Kenneth desenfundó un puro, exhaló un muy satisfactorio anillo de humo y dio un sorbo a su copa de Uachdaran. El baile no había resultado precisamente como él esperaba, pero estaba de acuerdo con las dos mujeres más importantes de su vida. Sin embargo, por mucho que las quisiera, todavía no estaba listo para hablar de todo lo que había ocurrido.

Kenneth soltó otro anillo de humo, reflexionando sobre la tendencia de la gente a entregarse a conversaciones triviales cuando poco antes habían tenido lugar acontecimientos que habían cambiado su vida.

Sorprendentemente, su hermana no rechazó beber una copa de wiski cuando se retiraron a la biblioteca. No estaba preparado para hablar de sus propios asuntos, de modo que decidió interrogar a Daisy.

—Explica lo de Jasmine Foxworthy.

Su hermana se encogió de hombros.

—¿Qué hay que explicar?

—¿Por qué la invitaste y por qué hiciste que ella y Payton estuvieran juntos?

—Pensé que encajarían bien —respondió Daisy.

—Tu rubor te delata —la acusó su hermano.

—Kenneth tiene razón —señaló su madre—. Sin embargo, temo que tu estratagema haya fallado. Payton y Jasmine parecían llevarse de maravilla.

—Eso cambiará cuando él descubra que su familia no tiene ni un céntimo —siseó ella antes de beber un trago de wiski.

Kenneth sonrió cuando Daisy hizo una mueca de desagrado al tragar el wiski, con el que casi se atraganta, pero también detectó el rencor en su voz.

—¿Qué quieres decir?

—Es un cazafortunas. Los King vinieron aquí para casarse con herederas ricas.

Kenneth no pudo reprimirse. Apagó el puro, se puso de pie y dijo:

—Bueno, Tavish ha estropeado ese plan al elegir a Priscilla Graham.

* * *

Seguramente a su hijo adulto le molestaría que lo abrazaran como a un niño, pero Maureen se puso de pie y lo rodeó entre sus brazos antes de que pudiera escaparse.

—La mujer adecuada llegará, Kenneth.

Para su alivio, él no se apartó.

—Lo sé, mamá —respondió apoyando la barbilla en su cabeza—. Es mi orgullo lo que está herido, más que mi corazón.

—¿Estás diciendo que Tavish y Priscilla...? —preguntó Daisy.

Kenneth se apartó lentamente del abrazo de Maureen. Su sonrisa resignada le llegó al corazón. Tavish sabía que ella lo quería a él y había sido lo suficientemente hombre como para resistirse.

—Supongo que supe desde el principio que la señorita Graham no era la indicada para mí —confesó.

—Ahora que lo dices —siguió Daisy—, sí que parecían atraídos el uno por el otro el día del

ensayo.

—Sí —convino Maureen—. Y debemos desearles lo mejor. Sé muy bien lo que es ser castigado por la propia familia solo por haberse enamorado.

—¿Pero qué pasará con la inversión en la destilería? —inquirió Daisy.

Maureen vio a su hijo luchar contra el demonio del resentimiento y se sintió aliviada cuando sus facciones se relajaron.

—No veo ninguna razón para abandonar el proyecto —respondió—. Los King son familia y los Hawkins llevamos sangre escocesa en las venas. ¿Qué podría ser más apropiado que invertir en una destilería de wiski?

El corazón de Maureen se llenó de orgullo. El legado irlandés que temía perdido para siempre aún podía sobrevivir.

Acontecimientos

Nadie se sorprendió más que Tavish de que fuera Kenneth quien abriera la discusión sobre cómo iba celebrar su casamiento con la señorita Graham.

Todos los presentes en la mesa del desayuno se sintieron aliviados y, súbitamente, empezaron a hablar al unísono. Incluso Daisy y Payton intercambiaron unas palabras de cortesía.

Kenneth iba a publicar un anuncio en el Times. A Tavish le daba igual, pero su tía Maureen les recordó cuáles eran las expectativas de la sociedad al respecto.

—En Escocia es costumbre que la familia de la novia ofrezca una recepción —dijo Gregor.

—Me temo que eso no saldrá bien si está involucrada lady Margaret Graham —replicó Kenneth con una sonrisa irónica—. Ella estaba empeñada en que Priscilla se casara con un duque.

—Para ser sinceros —intervino Tavish—, la mayoría de las personas que me importan están en esta mesa. ¿Por qué no invitamos solo a los padres y al abuelo de Piper?

—¡Una cena íntima! —exclamó Maureen—. ¡Espléndido! La organizaré en la Casa Dower el miércoles que viene, si os parece bien.

—Estupendo —respondió Gregor.

* * *

—Me alegro de verdad por Tavish —le dijo Payton a Niven cuando todos abandonaron el comedor—. En casa me gustaba ayudarlo a frustrar los planes matrimoniales de las muchachas solteras, pero era porque sabía que no había conocido a ninguna con la que deseara casarse.

—Sí —convino Niven—. Exactamente igual que yo.

Animado por esta rara confesión de su tímido hermano menor, Payton reveló:

—Tengo que decirte que me inquietó cuando Gregor dijo que el amor no era importante en este plan de casarnos con mujeres adineradas.

—Sí. Los dos sabemos que Tavish nos protegió de buena parte de la frustración de nuestros infelices padres. Ninguno de nosotros quiere soportar un matrimonio sin amor como ese.

Payton se lamentó de no haber hablado nunca antes de sus sentimientos con Niven.

—Has crecido sin que me diera cuenta —le dijo.

—Tavish se merece ser feliz y Piper Graham es justo quien puede darle esa felicidad.

—Estoy de acuerdo, hermanito —le dijo alborotando los cabellos dorados de Niven—. Y puede que yo también haya encontrado a la chica ideal para mí.

—¿La de los pechos grandes que se le salían escandalosamente del vestido? —bromeó Niven haciendo un gesto lascivo con las manos.

—Sí, se llama Jasmine —respondió Payton riendo entre dientes—. Pero, por ahora, que quede entre nosotros. Tavish se merece ser protagonista de su momento.

* * *

El buen tiempo animó a Maureen a volver andando a la Casa Dower después del desayuno.

—Iré contigo —le dijo Gregor—. No creo que haya noticias de los inversores hasta mañana.

—Es casi una milla —le advirtió su hermana.

—¿Crees que no puedo andar una milla?

Maureen reconoció que seguramente iría andando a todas partes en Glengeárr y estaría en mejor forma que ella.

—Muy bien, nos vemos en el vestíbulo dentro de diez minutos.

Él le ofreció el brazo cuando salieron de la casa y caminaron en agradable silencio durante

unos minutos. Maureen volvió a sentir alivio de estar en buenas relaciones con su hermano de nuevo; sin embargo, estaba segura de que él estaba a punto de expresarle sus opiniones sobre los últimos acontecimientos. Era demasiado esperar que hubiera cambiado del todo sus formas prejuiciosas.

—Entonces... —empezó él—. ¿Qué opinas de Tavish y la tal Graham? —Fue una postura moderada por parte de un hombre que normalmente se lanzaba a por todas—. Debes estar contenta de que nuestro sobrino haya encontrado a la mujer indicada.

La rigidez de su mandíbula delataba su turbación. Cuando ella encontró al hombre indicado, él la había desterrado de su vida.

—Supongo que sí —le respondió. Maureen estaba ahora en su propio terreno, ya no era la muchacha tímida de hacía treinta años, su hermano mayor había perdido el poder de intimidarla —. El amor sabe fortalecer a la gente, Gregor. La destilería no sufrirá porque Tavish se case con la mujer que ama. Además, habéis venido aquí buscando esposas para los muchachos.

—Sí —convino él—. Solo que no esperaba que las cosas fueran tan complicadas.

—Así es la vida —replicó ella, pensando que era demasiado pronto para revelar su interés en Jock Graham.

* * *

Después del desayuno, Kenneth se retiró a su estudio, donde lo esperaba Mainwaring. Estaba ansioso por saber cómo habían ido las cosas con los posibles inversores.

—Buenas noticias —declaró Richard—. Halstead y Lyon vinieron a verme y se comprometieron en firme. Concertaré citas con sus secretarios.

—¡Buen trabajo! —replicó Kenneth—. El ducado de Halstead en Withenshawe le reporta muchísimo dinero, pero además es un astuto inversor. El resto se alineará con él si confirma su compromiso.

Se sobresaltó cuando un golpe en la puerta anunció a Tavish. Supuso que Mainwaring consideraría extraño que no compartiera con él las buenas noticias.

—Habrás venido para ponerte al día —le dijo—. Dos de los caballeros ya se han comprometido.

Tavish asintió.

—Hiciste un gran esfuerzo por promocionar nuestra destilería, y te lo agradezco.

—Somos familia —contestó él, sorprendido cuando Tavish le lanzó una mirada dubitativa a Mainwaring.

—En realidad vine por un asunto más personal. —Mainwaring reaccionó a la indirecta y se marchó en silencio—. Quiero que sepas que no habría hecho nada con mis sentimientos por la señorita Graham si hubieras estado comprometido con ella. No es mi naturaleza entrometerme.

Kenneth supo que sus palabras eran honestas. Tavish era un escocés orgulloso que valoraba el honor. Sin embargo, la pérdida de Priscilla aún era reciente.

—Responderás ante mí si le haces algún daño —le advirtió, sonando demasiado como un padre agraviado para su gusto.

Tavish frunció el ceño.

—La quiero —le respondió—, no le haré ningún daño.

—Lo sé —dijo Kenneth ofreciéndole la mano—. Aún estoy celoso, pero lo superaré.

Para su sorpresa, Tavish no solo aceptó el gesto, sino que lo estrechó en un fuerte abrazo. Sospechó que su primo no solía demostrar tanta emotividad.

—Eres un verdadero caballero —le dijo Tavish con voz ronca—. No te arrepentirás de haber confiado en mí ni en nuestra destilería. Por cierto, el Uachdaran no es solo un negocio para

nosotros.

—Sí —replicó Kenneth—. Es vuestra pasión.

Tavish le estrechó la mano enérgicamente.

—Quizás seas escocés después de todo —dijo con una sonrisa.

Los interrumpió el fuerte carraspeo de Harrison.

—Ha llegado un mensajero, Alteza —entonó.

—Que Mainwaring se encargue de los detalles —respondió Kenneth, reacio a terminar la conversación con su primo.

Él no tenía hermanos. Tavish tenía dos y sabía lo que era cargar con grandes responsabilidades. Las hermanas, sencillamente, no eran lo mismo.

Harrison vaciló en la puerta.

—El mensajero de la Casa Carlton tiene órdenes de esperar vuestra respuesta en persona, Alteza.

—¿El mensaje es del Regente? —preguntó Kenneth, sintiendo de pronto en el estómago los efectos de los excesos de la noche anterior.

* * *

Al regresar de la Casa Ramsay, los padres de Piper se habían retirado inmediatamente sin decir ni una palabra sobre lo ocurrido en el baile. Había dormido mal, temiendo la discusión que inevitablemente dominaría la mesa del desayuno.

Para su sorpresa, su padre no se ocultaba detrás de su periódico aquella mañana.

—Buenos días, Piper —la saludó con una cálida sonrisa.

Esperó cuando menos un resoplido de su madre. No se produjo nada, así que arriesgó:

—Buenos días, mamá.

Sus padres intercambiaron una mirada extraña. Estaba acostumbrada a que su madre controlara la conversación, pero lady Margaret no pudo enfrentarse a la mirada de su marido.

—Buenos días, hija —murmuró.

—Tu madre y yo hemos hablado de los acontecimientos de anoche —comentó su padre. —Piper se preparó para recibir malas noticias. Jamás aprobarían un matrimonio con un hombre que destilaba wiski y vivía en las tierras salvajes de Escocia—. Estamos encantados de que hayas encontrado al hombre adecuado —prosiguió—. ¿Verdad, Margaret, mi amor?

En el rostro de su madre se reflejaban emociones contradictorias. Piper no podía verle las manos, pero imaginó que tenía los puños apretados bajo la mesa. Entonces se produjo un milagro: los rasgos de lady Margaret se suavizaron.

—No puedo negar que habría preferido que te casaras con un caballero inglés con título. Sin embargo, estoy de acuerdo en que tu felicidad es lo primero, y si Tavish King te hace feliz…

Piper hizo caer platos y cubiertos al suelo de moqueta al lanzarse por encima de la mesa. No le importó.

—¡Gracias, mamá! —exclamó entre lágrimas. Aunque sabía que era a su padre a quien debía agradecer.

Digno de un aspirante a rey

Con las manos apoyadas en las rodillas, Tavish contemplaba la opulencia dorada de la antesala en la que estaban sentados él, Kenneth y sus hermanos.

Habían sido convocados a la Casa Carlton por el Regente y Kenneth estaba inusualmente nervioso.

La invitación había llegado sin explicaciones, salvo que se esperaba que el duque de Ramsay y sus primos escoceses visitaran a Su Majestad después del almuerzo.

Tavish conocía la impopularidad del Príncipe. A los escoceses en particular les ofendía su reputación de extravagante y excesivamente indulgente.

Quizás, que Gregor se hubiera quedado en Casa Dower con su hermana y no se enterara de la audiencia había sido lo mejor; seguramente habría insistido en acompañarlos. Aunque de algún modo retorcido, Tavish casi deseó que su sensato tío estuviera presente, probablemente Su Majestad no sabría qué pensar sobre la inevitable reprobación de Gregor para con el tío hannoveriano del Regente y su carnicería tras la batalla de Culloden.

Las ganas de reírse de esa hipotética escena se desvanecieron cuando se abrieron unas puertas dobles de intrincados tallados y los condujeron ante la presencia del Regente.

Las caricaturas que Tavish había visto retrataban con exactitud la constitución florida y las facciones hinchadas del príncipe. Se lo veía incómodo con su traje negro mal entallado y su pañuelo ceñido a la garganta.

De mala gana, los hermanos King siguieron el ejemplo de Kenneth e hicieron una reverencia. Tavish no debería haberse sorprendido al ver a uno de los invitados de la noche anterior junto a la enorme silla del Regente.

* * *

En cuanto Kenneth vio a William Halstead, duque de Withenshawe, supo por qué los habían convocado. Sin embargo, eso no explicaba el evidente enfado del Regente.

—Estoy disgustado, Ramsay —declaró el príncipe George.

Kenneth no lo había visto desde el funeral de su padre, hacía más de un año, pero había oído hablar sobre su aumento de peso. La papada abultada y las manos regordetas confirmaban los rumores. El elaborado pañuelo que llevaba al cuello parecía que estaba a punto de ahorcarlo. Tomó aire, agradecido de que Su Majestad al menos fuera directamente al grano.

—Pido disculpas si he ofendido a Vuestra Alteza de algún modo. ¿Puedo presentaros a mis primos de Escocia, los hermanos King? —Al advertir su error cuando el ceño del Regente se frunció aún más, siguió adelante—: Tavish, Payton y Niven King, Su Majestad.

—Sean bienvenidos a Inglaterra los hermanos de Escocia —murmuró el príncipe George con lo que pudo haber sido una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

Halstead tosió en el puño, aparentemente evadiendo cualquier manifestación de humor, no fuera a ser que el Regente no se hubiera dado cuenta del doble sentido.

—Mi interés por todo lo escocés es bien conocido y, sin embargo, no me habéis invitado a la velada de baile escocés y cata de wiski.

—Mil perdones, Su Majestad —replicó Kenneth deseando que su madre estuviera presente para oír aquello—. No creí que nuestra humilde reunión fuera digna de...

El Regente le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Withenshawe me ha dicho que el wiski es excelente. ¿Habéis traído una muestra?

Esa era la cuestión, al príncipe no le importaban las cosas escocesas, lo que ansiaba era

probar el Uachdaran. Kenneth había pensado en llevar una botella, pero luego lo descartó por considerarlo presuntuoso. Iba siendo hora de que empezara a pensar como un escocés.

* * *

Tavish dio un paso adelante, metió la mano en su bolsa y sacó el único recuerdo que su padre había querido que conservase.

—Un poco para que lo probéis, Su Majestad.

Walter King se revolvería en su tumba. Su preciosa petaca de peltre repujado en manos de un hannoveriano.

Era una especie de reliquia familiar, un recuerdo de Francia, pero si aquel príncipe gordinflón se impresionaba con la Uachdaran…

Un puñado de lacayos apareció de la nada cuando el Regente chasqueó los dedos. Uno de ellos le arrebató la petaca a Tavish, desenroscó el tapón y vertió una generosa cantidad en una copa de cristal colocada sobre una bandeja de plata que sostenía otro lacayo. A continuación, este último se inclinó y presentó la bebida a su regio señor.

Era un misterio cómo habían sabido prever la situación aquellos hombres, pero a Tavish le interesaba más ver la reacción del príncipe mientras sorbía el wiski.

—¡Por George! —exclamó el Regente, provocando que el amigo de Kenneth volviera a toser en su puño—. Teníais razón, Withenshawe. ¡Es magnífico! ¿Hay más en la petaca?

* * *

Tras haber tomado un espléndido almuerzo y pasado una agradable tarde charlando de los viejos tiempos con su hermana, Gregor regresó a pie a la Casa Ramsay. Una persistente brisa había refrescado la atmósfera, así que caminó a paso ligero, tarareando una melodía que le gustaba mucho. Aceleró el ritmo cuando, al acercarse a la entrada, vio a sus sobrinos bajando del carruaje y hablando todos a la vez.

—¿Dónde estabais? —preguntó jadeante.

—No te alarmes, tío —respondió Payton—. ¿Conoces la vieja canción que dice: «Gatita, gatita, ¿dónde has estado? Hemos ido a Londres a visitar a la reina»? Pues hemos ido a visitar al Regente.

—¡Estáis borrachos! —exclamó él blandiendo su bastón mientras seguía al risueño cuarteto al interior de la casa.

Kenneth los guio hasta la sala de estar, donde se desplomaron en los sillones.

—No, tío —le dijo—. No estamos borrachos, pero hemos tenido una experiencia emocionante.

Gregor había supuesto que Kenneth estaría lamiéndose las heridas por el rechazo de Piper, pero ahí estaba, riéndose junto con el resto de aquellos tontos atolondrados.

—¿Y se me permite saber qué habéis estado haciendo?

Inmediatamente se arrepintió de su pregunta. Realmente no quería saber si sus sobrinos habían visitado un burdel o…

—Nos han citado para ver al príncipe regente —dijo Tavish.

—¡No!

—Sí. Y estaba disgustado porque no lo invitamos a nuestra velada de bailes escoceses —dijo Kenneth—. ¡Espera a que se lo cuente a mi madre! Se partirá de risa.

—Dice que a él le interesa todo lo que tenga que ver con Escocia —añadió Payton—. ¿Os lo imagináis bailando un reel?

—Lo que realmente quería era probar el Uachdaran —declaró Tavish con una sonrisa.

—¿Y?

—Le di la petaca de papá.

—¿Y?

—¡Le encanta! —exclamó Niven—. Está pensando en concedernos una licencia real.

Gregor tuvo que sentarse antes de que le fallaran las piernas.

—Esto va más allá de mis sueños más descabellados.

—Sí —respondió Tavish—. Pero hay una pega.

* * *

Piper jugueteaba con los flecos del cobertor de su butaca. Sus padres estaban sentados juntos en el sillón contiguo. No recordaba haberlos visto nunca cogidos de la mano.

Su abuelo estaba de pie detrás de ella. No podía verlo, pero sentía su presencia tranquilizadora.

Aquella mañana había llegado una nota con la noticia de que Tavish King tenía intención de visitar a los Graham esa misma tarde.

Su padre se puso de pie cuando los ruidos de su arribo les llegaron desde el vestíbulo. El latido atronador de su corazón se calmó en cuanto Higgins hizo pasar a Tavish a la sala. Lo amaba, y la sonrisa que él le dedicó hablaba de su amor por ella. Todo iría bien.

Se sobresaltó cuando Kenneth apareció detrás de su amado. Los desorbitados ojos de su madre delataron su misma extrañeza, ¿y tal vez un atisbo de esperanza?

—Bienvenidos, caballeros —dijo su padre, tendiendo la mano al duque y luego a Tavish—. Sentaos, por favor.

—Permaneceremos de pie, si no os importa, sir Oliver, lady Margaret —respondió Tavish.

Piper recobró la confianza. El tono de su voz no dejaba lugar a dudas de quién iba a dirigir la conversación.

—Como deseéis.

—Ante todo —comenzó Tavish mirando a Piper a los ojos—, he venido a pediros la mano de vuestra hija. Probablemente yo no sea vuestra primera elección, pero prometo amarla y honrarla todos los días de mi vida.

El impulso de precipitarse hacia sus brazos era poderoso, pero Piper tenía que confiar en que su padre haría lo correcto.

—Sí, muchacho —dijo Oliver Graham aferrando con una mano el hombro de Tavish—. Sé que lo harás.

Solo más tarde Piper recordaría la estoica sonrisa de su madre, el grito de aprobación de su abuelo y los entusiastas aplausos de Kenneth. Lo único que importaba entonces fue el casto beso de Tavish y la fuerza de su abrazo. Sin embargo, se sintió desorientada por la sombra de preocupación que asomaba en sus ojos verdes.

—Tavish no se atreve a decírtelo —dijo Kenneth—, pero ha surgido un problema imprevisto. En realidad, no es un problema, sino más bien una complicación.

De repente la habitación se quedó sin aire. ¿A qué se refería?

—El Regente podría conceder a nuestra destilería una licencia real —le explicó Tavish.

El anuncio fue acogido por un ceño fruncido y un silencio absoluto que rompió el abuelo de Piper.

—Sin duda, esas son buenas noticias.

—Sí —respondió Tavish—. Un gran honor más allá de lo que jamás hubiéramos imaginado. —Continuó relatando la visita a la Casa Carlton y el entusiasmo del Regente al probar el Uachdaran—. El duque de Withenshawe estaba presente, fue él quien le habló a Su Majestad de la oportunidad de inversión propuesta por Kenneth.

—¿Y el príncipe se mostró favorable? —preguntó Oliver.

—Sí —respondió Tavish con un suspiro—, pero con una condición. —Nadie respiraba. Un millón de probabilidades revolotearon por la mente de Piper, pero se quedó estupefacta cuando Tavish dijo—: Insiste en que no debe haber ninguna inversión, y, por extensión, ninguna licencia real, a menos que Withenshawe y los demás inversores potenciales viajen a Glengeárr para ver la operación en persona.

La vida es impredecible

Los preparativos tardaron tres semanas en completarse. Hubo muchas discusiones sobre quién debía hacer el viaje a Glengeárr. Gregor se negó a quedarse al margen. Maureen insistió terminantemente en ir y Kenneth tenía la obligación de evaluar la posible inversión.

Tavish no veía sentido en volver a casa sin Piper, y si ella iba, también irían su padre y su abuelo. Margaret Graham se negaba siquiera a considerar la posibilidad de hacer aquel largo viaje a lo que ella denominaba «el quinto infierno».

Al principio, Payton y Niven querían volver a casa, pero Withenshawe les sugirió que se quedaran para ponerse en contacto con el director de su imperio naviero. Opinaba que transportar los grandes cargamentos de wiski por mar era la mejor opción. Tavish estuvo de acuerdo y sus hermanos quedaron encargados de explorar aquel plan y de buscar un almacén para guardar los cargamentos.

Ambos estaban entusiasmados con su misión. Tavish tuvo la sensación de que Payton estaba especialmente encantado de quedarse y sospechó que Jasmine Foxworthy tenía algo que ver con ello.

En un principio, se propusieron tres carruajes para el viaje, dos por cortesía de Withenshawe y el tercero sería el de Kenneth.

Se envió con antelación a los jinetes para que consiguieran caballos descansados y alojamiento en varias posadas de la ruta elegida. Cada elemento del equipo se comprobó una y otra vez, desde las ruedas de los carruajes hasta los arneses, los dientes, las herraduras y los cascos de los caballos. Halstead seleccionó un equipo de conductores y guardias para sus vehículos, Kenneth designó a cuatro hombres que llevaban décadas trabajando para la familia Hawkins.

Esta vorágine de excitación llegó a un abrupto final cuando se decidió que viajar por mar a Dundee sería la mejor opción para sondear la ruta.

Los planes de una cena íntima de compromiso quedaron aplazados y a Tavish le quedaba muy poco tiempo libre para estar con Piper. Visitaba a los Graham todas las tardes, pero lady Margaret nunca los dejaba a solas. Intentó por todos los medios entablar conversaciones con aquella mujer con cara de póquer, pero pronto se dio cuenta de que nunca conseguiría conquistarla. Piper merecía poder compartir su felicidad con su madre y a él le molestaba que se le hubiera negado aquel ritual de transición entre madre e hija.

Tres días antes de la fecha prevista para la partida, se sorprendió cuando Oliver Graham lo recibió en persona en la puerta. Piper estaba en el vestíbulo, con los ojos enrojecidos y un pañuelo en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó estrechándola entre sus brazos.

—Mi mujer se ha metido en la cama —murmuró Oliver—. Dice que prefiere morir a vivir con la vergüenza de que su hija soltera se vaya a Escocia con un hombre.

Tavish sabía que se trataba de una estratagema para frustrar el matrimonio, pero sabía cómo conseguir lo que deseaba su corazón.

—Eso tiene fácil remedio —dijo—. Piper y yo nos casaremos antes de partir.

Todo su cuerpo se regocijó cuando una amplia sonrisa iluminó el rostro de su amada.

* * *

Mientras esperaban en la sala de estar de la Casa Ramsay a que llegara la novia, Kenneth meditaba sobre lo impredecible que era la vida. Había recurrido a su posición de duque para

convencer a un ministro local de que oficiara la boda según la tradición escocesa, y estaba parado junto al primo que iba a comprometerse con la mujer que él cortejaba. Estaba bastante orgulloso de no sentir ni una pizca de resentimiento. De hecho, se sentía honrado de que Tavish le hubiese consultado antes.

En el evento participaban varios escoceses, así que no podía haber un simple intercambio de votos. Gregor había insistido en que celebrar la unión de manos tradicional no haría daño a nadie y apaciguaría a John Knox, que se revolvería en su tumba al ver a un escocés casarse con una sassenach según la liturgia anglicana.

A Kenneth le inquietó darse cuenta de que empezaba a comprender la enrevesada lógica de su tío.

El entusiasmo de su madre le resultaba más inquietante aún. Estaba impresionante con su vestido de seda azul y su cabello recogido en un elaborado peinado alto. Había aceptado de buena gana ser una de las testigos del matrimonio. Pero no era eso lo que le preocupaba, sino su evidente coqueteo con el otro testigo, Jock Graham. Gregor se había mostrado contrario a que lo escogieran a él como testigo y miraba con recelo al lowlander. Kenneth se preguntó si el enfado de su tío no tendría más que ver con la innegable atracción que había entre Jock y su hermana.

Aquello lo llevó a reflexionar sobre qué era lo que atraía a un hombre de una mujer y viceversa.

La magia entre Tavish y la señorita Graham era evidente, al igual que la química entre Jock y su madre. Oliver Graham se había ido a buscar a su hija, pero era penosamente obvio que aquel agradable sujeto no despertaba tales sentimientos en la amargada Margaret Graham. Lo sintió mucho por Oliver. Si él se hubiera casado con Priscilla, también habría acabado con una esposa amargada y resentida. Aquella idea lo hizo estremecerse. Había tenido suerte. La señorita Graham había dejado claro desde el principio que no sentía nada por él, pero él lo había ignorado ciegamente. ¡Menos mal que apareció Tavish!

Kenneth tenía la esperanza de encontrar una mujer que despertara su pasión algún día, cosa en la que nunca había pensado demasiado antes. Hasta entonces, consideraba que casarse y engendrar herederos era un deber; ahora quería algo más que una esposa obediente, quería lo que de pronto comprendió que habían tenido sus padres: pasión.

—¡Santo cielo! —murmuró en voz baja—. Empiezas a sonar como un escocés.

Recuperó la compostura cuando la radiante novia de Tavish apareció por la puerta del brazo de su sonriente padre.

Unión de manos

Tavish era el hombre indicado. Piper lo supo con certeza cuando la tomó de la mano y vio la autenticidad en los verdes ojos del orgulloso highlander. Nunca había soñado que se casaría con un hombre vestido con falda escocesa y una daga ceremonial metida en los calcetines, pero así era. Amaba a ese magnífico escocés con una pasión que la consumía. Respiró hondo para calmar su acelerado corazón cuando el ministro dio comienzo a la ceremonia.

—Las promesas hechas hoy y los lazos que aquí os unen están destinados a fortalecer vuestra unión. ¿Aún deseáis embarcaros en esta ceremonia?

—Sí —contestó Tavish, y su voz profunda le produjo oleadas de excitación.

—Sí —confirmó ella.

El ritual comenzó y el ministro los guió en el pronunciamiento de las antiguas promesas. Antes de declararlos marido y mujer, se volvió hacia Gregor.

—Podéis proceder —entonó con profunda condescendencia.

Gregor ordenó a todos que miraran hacia el este mientras él alzaba los brazos. Hubo cierta confusión en cuanto a dónde estaba el este, hasta que todos se limitaron a seguirlo a él, confiando en que sabía lo que hacía.

—Bendita sea esta unión con los dones del este y el elemento aire, por la apertura y el aliento, la pureza de la mente y del cuerpo. Del este recibís el don de un nuevo comienzo.

A continuación, todos se giraron con él sin recibir instrucciones.

—Bendita sea esta unión con los dones del sur y el elemento fuego, por la pasión y el calor de un hogar amoroso. Compartid el fuego que hay en vosotros, incluso en los momentos más oscuros.

La frase «el fuego que hay en vosotros» se quedó resonando en el corazón de Piper. Ardía en deseos de yacer desnuda explorando el tentador cuerpo de Tavish.

—Bendita sea esta unión con los dones del oeste y el elemento agua, por vuestra capacidad de sentir emociones. Mediante la unión de manos, os ofrecéis confianza absoluta el uno al otro y juráis mantener vuestros corazones abiertos, tanto en las penas como en las alegrías.

Piper no era tan ingenua como para creer que nunca pasarían por momentos oscuros, pero tendrían amor para superarlos.

—Bendita sea esta unión con los dones del norte y el elemento tierra, que proporciona sustento, fertilidad y seguridad. La tierra os alimentará y enriquecerá, y os ayudará a construir un hogar lleno de amor.

—¡Sí! —clamó su corazón. Un hogar amoroso, repleto de los hijos de Tavish.

Se maravilló de que el viejo escocés hubiera pronunciado aquellas palabras sagradas desde el corazón y no leyendo de un libro.

—Esto es perfecto —susurró.

—Sí —respondió Tavish con voz ronca.

Gregor se aclaró la garganta.

—Tavish King y Priscilla Graham, os pido que os miréis a los ojos.

— Te quiero —le dijo Tavish con sus ojos verdes llenos del amor que le profesaba.

—¿Os honraréis y respetaréis mutuamente, y procuraréis no manchar nunca ese honor?

—Lo haremos.

Gregor cubrió sus manos con el tartán escocés tradicional.

—Y así se establece el primer vínculo —declaró—. ¿Compartiréis el dolor del otro y

procuraréis aliviarlo?

—Lo haremos.

Payton se quitó el tartán que llevaba sobre el hombro y lo colocó junto al de Gregor.

—Y así se establece el segundo vínculo. ¿Compartiréis las cargas para que vuestros espíritus crezcan en esta unión?

—Lo haremos.

Ahora Niven envolvió las manos de ambos con su tartán.

—Y así se establece el tercer vínculo. ¿Compartiréis la risa del otro y buscaréis el brillo de la vida y el bien en el otro?

—Lo haremos.

Por último, Jock envolvió sus manos con su tartán y lo lio con un nudo flojo. Piper esperaba que su abuelo supiera lo mucho que se alegraba de que él estuviera allí.

—Y así se establece el cuarto vínculo —declaró Gregor—. Tavish y Piper, igual que vuestras manos están unidas ahora, vuestras vidas y espíritus están unidos en una comunión de amor y confianza. Sobre vosotros están las estrellas y debajo la tierra. Como las estrellas, vuestro amor debe ser una fuente de luz, y como la tierra, una base firme sobre la que crecer.

Con los ojos brillantes, Tavish la atrajo hacia sí y se dieron su primer beso como marido y mujer. No hubo nada de casto en este beso. La lengua de Tavish se adueñó de su boca. Ella se fundió contra su firme cuerpo y se rindió a él. Los vítores y los aplausos resonaron en su corazón.

* * *

Tavish pronunció los votos de la liturgia anglicana con sinceridad. Sabía que eran importantes para Piper. Sin embargo, fue la unión de manos lo que tenía mayor significado para él.

No era la primera vez que veía a su tío dirigir una unión de manos. Él nunca había prestado demasiada atención a las cuestiones sentimentales ni al hecho de que el cascarrabias de Gregor se tomaba muy a pecho aquellas significativas palabras.

Quizás su tío tenía una faceta que él no había sabido apreciar. ¿Habían sido los celos la razón por la que rechazó a su hermana cuando ella huyó con su amado? ¿Acaso él también añoraba una mujer a la que poder amar?

Al principio de la letanía de Gregor, Tavish se sintió incómodo con esa frase que hablaba sobre la pureza de la mente y el cuerpo. El cielo sabía bien que su cuerpo ansiaba a Piper. Pero esas ansias no eran pecaminosas, pues nacían del amor.

Sí. Había fuego en su interior y no podía esperar a liberar las llamas que amenazaban con consumirlo.

Admitió para sus adentros que nunca había confiado en las mujeres; en gran medida, gracias a su imprevisible madre. La verdad era que apenas conocía a la muchacha con la que se iba a casar, pero confiaba en ella sin reservas.

Tenía la firme intención de proporcionar a Piper sustento y seguridad, y rezaba para que ambos trajeran al mundo muchos niños sanos. Probablemente todos serían pelirrojos, dado el cabello de color del fuego de sus padres.

Todos estos pensamientos se esfumaron como una bandada de pájaros asustados cuando besó a su mujer, cuando la besó de verdad por primera vez. Ella se fundió con él y succionó su lengua. ¡Oh, sí! La pasión latía dentro de Piper King; se alegró de ser él el hombre que iba a liberarla.

Por el futuro

—Tal vez debí haberme puesto los pantalones —bromeó Tavish mientras posaba la mano de Piper sobre su muslo.

El mantel ocultaba bien su atrevida acción, pero el calor de su piel hizo que Piper sintiera escalofríos. Los invitados al desayuno seguramente se habrían dado cuenta de su sonrojo.

—¿Por qué? —preguntó ella, fingiendo ignorar lo que intuía que tenía a escasos centímetros de la punta de los dedos.

—No quisiera que confundieras mi bolsa con... —le dijo moviendo su mano un poco más arriba. Se detuvo abruptamente, probablemente a causa del color que de pronto adquirieron las mejillas de Piper—. Lo siento —le susurró al oído—. Sé que eres una dama, no debí hablarte con esa falta de respeto.

Él no había retirado su mano todavía. Ella sonrió y decidió responder al desafío acariciando con las yemas de los dedos su pierna musculada.

—Me ruborizo porque me excitas, esposo, no porque me ofendas.

—Piper, muchacha —gruñó él en voz baja—. Espero que podamos escapar pronto de esta reunión.

—Sí, Tavish —susurró ella también, incapaz de apartar la mirada del fuego que ardía en sus ojos esmeralda.

Tavish se quejó cuando su tío se puso de pie con la ayuda de su bastón. ´

—Oh, no. Gregor no sabe lo que significa ser breve.

—Ten paciencia con él —lo reprendió Piper—. Te quiere.

—Sí —admitió él—. Como si fuera mi padre.

—Eso es bueno.

—Sí.

El tono melancólico de su voz le reveló a Piper el profundo afecto que sentía por aquel viejo cascarrabias. Aferrado a su bastón, Gregor se balanceaba sobre sus pies. Evidentemente le costaba empezar a hablar.

—¿Qué puedo deciros de Tavish King? —empezó.

—¡Que es un mandón! —gritó Payton.

Se oyeron risas moderadas.

—Sí —asintió Gregor con gravedad—. ¡Y menos mal!, porque si no sus alocados hermanos estarían totalmente descarriados.

Más risas.

A Piper se le hinchó el corazón cuando Gregor entornó los ojos hacia Tavish.

—Estoy más orgulloso de mi sobrino de lo que puedo expresaros. Es un hombre bueno y honorable que fabrica el mejor wiski del mundo. Has hecho una buena elección, Piper Graham.

—Piper King ahora, tío —señaló Niven.

—Sí —respondió roncamente—. Damas y caballeros, muchachos y muchachas, levantad vuestras copas de wiski y bebed a la salud de Tavish y Piper King.

Mientras viviera, Piper recordaría que duques, condes, familiares y amigos sonrientes alzaron sus copas en un brindis realmente sincero por su felicidad. Incluso su madre participó, aunque dudaba que hubiera bebido realmente aquel trago de wiski.

Debajo de su mano, un músculo se tensó en el muslo de Tavish.

* * *

A Tavish se le hizo un nudo en la garganta. Sabía lo difícil que le resultaba a su tío expresar sus sentimientos. Nunca habían hablado en voz alta del amor que sentían el uno por el otro y probablemente nunca volverían a hacerlo, pero dio gracias a Dios por el hombre que había ocupado el lugar de su mísero padre. La vida de los hermanos King habría sido muy distinta si Gregor no los hubiera acogido tras la muerte de Walter. Cuando Gregor volvió a tomar asiento, Tavish intentó responder al brindis, pero Jock Graham se levantó para hablar.

—Sí —empezó Jock. —Piper Graham es ahora Piper King. Como su abuelo, estoy encantado de que se haya casado con un hombre al que ama y que la ama en igual medida.

Los dedos de Piper se hundieron más en el muslo de Tavish.

—Sigue así —le susurró él al oído— y te llevaré arriba antes de que Jock acabe de hablar. Se arrepintió de lo que dijo en cuanto vio que sus ojos se llenaban de lágrimas. —Lo siento, mi amor. Te has casado con un borracho tonto.

—Y lo que es mejor —añadió Jock—: ¡Tavish King es escocés!

Sorprendentemente, el grito de aprobación de Maureen, poco adecuado para una dama, fue aún más fuerte que los vítores del tío y los hermanos de Tavish. La tímida sonrisa de lady Margaret se esfumó.

—Puede que los ingleses no sepan que en Escocia existe cierta animosidad entre los highlanders y los lowlanders. Yo estoy orgulloso de ser de las Lowlands y Tavish es de las Highlands, pero Piper lo quiere, por lo que estoy dispuesto a pasar por alto sus defectos *geográficos*.

La broma fue recibida con sonoras carcajadas, aunque era probable que solo los highlanders comprendieran realmente la rivalidad que existía entre los habitantes de las distintas regiones de Escocia.

Jock levantó su copa.

—Hemos brindado por la feliz pareja. Todos sabéis que están a punto de embarcarse en la misión de hacer mundialmente famosa la destilería King; espero que os quede un sorbo de wiski en vuestras copas para brindar por el éxito del Uachdaran.

—¡Por el Uachdaran! —resonó en el comedor.

Con el corazón henchido, Tavish se levantó para responder.

—La peor pesadilla de todo highlander —bromeó—, casarse con una mujer de las Lowlands.

—¡Sí! —replicó Gregor. La broma fue bien recibida por su jovial auditorio.

—Hablando en serio —siguió Tavish cuando se restableció la calma—. Es cierto que vine a Londres buscando una esposa, pero nunca imaginé que encontraría una mujer como Piper Graham. Hoy en día, es raro encontrar a una mujer a la que amar de verdad y ser amado por ella de igual modo, por lo que me considero el hombre más afortunado del mundo. —Arriesgándose a mirar a su suegra, se sorprendió al ver que le brotaban lágrimas de los ojos. Sin embargo, ya no le importaba si ofendía o no a aquella mujer tan complicada. Cogió en brazos a su novia y declaró—: Ahora, si nos disculpáis, Piper y yo tenemos asuntos importantes que atender.

Fuertes vítores los siguieron mientras salían del comedor.

* * *

Maureen vio cómo su sobrino se iba con su novia. Tavish y Piper se embarcaban en un viaje a través de los altibajos de la vida. Les deseaba lo mejor y solo le quedaba esperar que el amor los acompañara cuando las cosas se pusieran difíciles, como seguramente ocurriría. Cuando huyó con Freddie Hawkins, sabía que habría desafíos, pero la vida de duque y duquesa había sido más que difícil. Solo el amor mutuo los había ayudado a superarlos.

Al día siguiente viajaría hacia su país natal. Volver a las raíces a las que había dado la espalda era un peregrinaje sagrado, algo que tenía que hacer antes de morir.

Supuso que ir a Escocia siempre había estado en su mente y el reencuentro con Gregor lo había sacado a la luz. Se alegraba de que su hermano estuviera allí para acompañarla mientras revivía su pasado. Jock Graham también estaría a bordo del barco, y la emoción que le producía esa perspectiva nada tenía que ver con el pasado.

¿Qué hay debajo de un kilt?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero Tavish ya se había acostado con mujeres antes. ¿Qué highlander sano y de sangre caliente no lo había hecho? Sin embargo, en Glengeárr solo las fulanas se acostaban con los hombres y él nunca había derramado su semilla dentro de ninguna de ellas. En cualquier caso, no eran madres adecuadas y él no deseaba engendrar una prole de bastardos. Las muchachas eran solo un medio para conseguir un fin. No estaba orgulloso de su comportamiento, pero tenía necesidades y así eran las cosas para los jóvenes en las tierras salvajes de Escocia.

Sin embargo, ahora estaba casado con una mujer educada y refinada. Quitarse la ropa a toda prisa y meterse en la cama no sería lo correcto en esta ocasión. Además, no tenía ni idea de cómo quitar un vestido como ese, sus parejas solían estar desnudas y en la cama antes que él.

—Pareces nervioso —comentó Piper mientras entraban en la gran habitación de invitados que Kenneth les había dado.

—Sí, así es —confesó mientras se quitaba las botas.

Ella desvió la mirada.

—Yo esperaba... es decir...

Las cosas no estaban saliendo como él había pensado. La estrechó entre sus brazos y presionó contra ella su masculinidad anhelante.

—Como verás, no es que no quiera acostarme contigo, pero no hay prisa.

Su ceño fruncido y el rubor en sus mejillas le indicaron que Piper no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Tampoco él lo sabía, en realidad. Había estado excitado desde que ella entró en el salón del brazo de su padre, ir despacio iba a ser una tortura. Podría andarse con rodeos todo el día y no conseguiría nada excepto avergonzarse, así que decidió ser directo. A menos que estuviera equivocado, Piper aprendería rápido. Inspiró profundamente y guió su mano por debajo del kilt hasta el lugar íntimo que deseaba desesperadamente que tocara.

Como él esperaba, ella lo rodeó con la mano, lo miró a los ojos y ronroneó su nombre.

—Me moría por saber qué había debajo de este kilt —bromeó, tirando del cinturón con su mano libre.

—Quítatelo.

El grito de guerra de los MacGregor volvió a parecerle algo oportuno, pero apenas podía recordar su propio nombre mientras dejaba caer el kilt, se quitaba el jubón y la camisa y abría los brazos para que ella lo contemplara.

Se preocupó un poco cuando su mirada se clavó en su erección, aunque Dios había sido generoso con sus dotes físicas. Ella era una dama; sin embargo, supo que se había casado con una muchacha atrevida que llenaría su vida de amor y risas cuando le dijo:

—¿Quieres quitarte los calcetines de una vez, Tavish King?

* * *

Piper no estaba segura de lo que le había pasado. De pronto se sintió muy escocesa. La visión del highlander de pecho ancho y totalmente excitado, vestido solo con sus calcetines, bastaba para hacer que cualquier muchacha se sintiera atrevida. Su risa fue un alivio, aunque enseguida volvió a ponerse serio.

—Esto funciona mejor si los dos estamos desnudos —le dijo—. No sé muy bien cómo quitarle la ropa a una chica.

Piper no era tan ingenua como para pensar que su marido había llegado virgen al

matrimonio y se preguntó qué clase de mujeres habría conocido. Sin embargo, no tenía sentido entretenerse con el pasado.

—No hubo tiempo de encargar un vestido complicado. Solo tienes que ayudarme a desatar los cordones —respondió ella dándole la espalda.

Él le acarició el cuello mientras se afanaba en la tarea. No llevaba corsé, lo cual facilitaba las cosas.

Un calor glacial inundó sus venas cuando le bajó el vestido de los hombros y le besó la espalda a través de la fina tela de la camisa.

—Hueles de maravilla —dijo acercándose a sus pechos mientras el corpiño le caía hasta la cintura—. He deseado tanto tenerte entre mis brazos...

El vestido cayó a sus pies cuando ella lo empujó sobre sus caderas. Con un gruñido, él le quitó la camisa por encima de la cabeza, la alzó en brazos y la llevó hasta la cama. Arrodillado entre sus piernas, entrelazó sus dedos con los de ella, le llevó los brazos por encima de la cabeza y se puso encima de ella.

—Tienes un brillo malicioso en los ojos, Esposo —bromeó ella.

Todo su cuerpo se inundó de intensas sensaciones cuando él inclinó la cabeza y lamió uno de sus pezones, y jadeó cuando el lamido se convirtió en succión.

Enredó los dedos en su larga cabellera mientras él se deleitaba con cada uno de sus pechos.

—Me siento excitada en un lugar muy íntimo —dijo ella sin avergonzarse lo más mínimo de hacer una confidencia así a un hombre que conocía desde hacía solo semanas.

Cuando él le abrió las piernas y dirigió su atención a la parte de su cuerpo que ella misma nunca había visto, su confianza se tambaleó por un momento. No sabía que los hombres saborearan así a sus esposas, pero enseguida comprendió en qué consistía el atractivo de aquello a medida que el éxtasis iba en aumento. Su hábil lengua encontró un punto concreto que...

—¡Tavish! —gritó mientras caía en un abismo de dicha, sin apenas poder respirar.

—Sí, muchacha —respondió él con voz ronca—. Ya estás lista para mí.

* * *

Tavish sujetó con fuerza a Piper mientras se abalanzaba sobre ella. Ella gritó cuando la penetró; la piel se le puso de gallina.

—El dolor pasará, amor mío, le prometió él luchando por mantenerse quieto.

—No creía que cupieras —jadeó ella.

—Oh, sí, encajamos perfectamente —respondió él—. Tu cuerpo se acostumbrará a mí.

El corazón de Tavish se llenó de júbilo cuando sus caderas empezaron a moverse lentamente siguiendo el ancestral ritmo.

—Ya se siente mejor —dijo ella.

Debió decirle que lo mejor estaba por llegar, pero tenía que concentrarse. Ella era más estrecha incluso de lo que él esperaba y su miembro se deleitaba con el calor de su vaina palpitante mientras él empujaba. Estaba sudando cuando su semilla brotó de su cuerpo y lo llevó al éxtasis. Sus gritos de placer lo dejaron sin aliento. Se habían elevado juntos al cielo.

Zarpar

Al día siguiente de la boda, todos los que partían hacia Escocia reunieron su equipaje en el vestíbulo. Los hermanos King que se quedaban en Londres y Daisy también estaban allí para despedirlos. No había ni rastro de lady Graham. Kenneth pensó para sus adentros que era cruel por su parte no aparecer para despedirse de una hija recién casada a la que tal vez no volvería a ver.

Llamó a Tavish y a Piper aparte, tenía más malas noticias que comunicarles.

—Quiero disculparme por adelantado —les dijo—. Esto no dependía de mí. Withenshawe es el dueño del barco y él decidió la asignación del espacio de los camarotes.

Tavish asintió.

—Teníamos la sensación de que no compartiríamos camarote.

Piper convino.

—Como tu madre y yo somos las únicas mujeres, supuse que lo compartiría con ella.

—Así es —replicó Kenneth—. Y lo siento.

Los recién casados se cogieron de la mano y parecieron resignados a separarse durante el viaje. Kenneth rezó para que llegara el día en que una mujer hermosa lo mirara con tanto anhelo.

Dejando de lado esos pensamientos, volvió a centrar su atención en el asunto que tenía entre manos.

—¡Escuchad todos! —exclamó—. Withenshawe me ha dado una lista de las asignaciones de los camarotes. Tavish dormirá con su tío Gregor; Jock y Oliver Graham estarán juntos; Piper estará con mi madre, y yo con el propio Halstead.

—Supongo que los duques tendrán el mejor camarote —gruñó Gregor.

Kenneth lo ignoró.

—Nuestro barco aguarda —dijo.

En el camino de entrada, Payton, Niven y Daisy abrazaron a los viajeros y les desearon buena suerte.

Los carruajes que originalmente harían el viaje por carretera transportaron a los aventureros marineros a través de Londres hasta los muelles.

* * *

—¡Impresionante! —declaró Jock cuando vio por primera vez la goleta de Withenshawe desde el muelle azotado por el viento.

—¡Cuatro mástiles! —comentó Oliver antes de irse a ayudar a organizar el equipaje.

—Es más grande de lo que esperaba —repuso Maureen.

Detectando un atisbo de miedo en su voz, Jock se arriesgó y le tendió la mano.

—Este barco viaja regularmente hacia el norte. Llegaremos a Dundee antes de que te des cuenta.

—Lo sé. Es solo que nunca había estado a bordo de un barco.

Ella no le había quitado la mano, lo que él interpretó como una buena señal.

—Piper será una buena compañía para ti.

—Lo será, aunque lamento que no pueda compartir camarote con su nuevo marido.

—Sí, y yo lamento tener que compartirla con mi hijo. ¡Ronca muchísimo!

Maureen se rio.

—Pues tendrías el mismo problema si la compartieras conmigo.

Se sonrojó profundamente y se quedó mirando el entarimado del suelo en cuanto se dio

cuenta de las implicaciones de lo que acababa de decir.

Jock decidió que quien no arriesga, no gana:

—Si compartiera camarote contigo, Maureen Hawkins, no dormirías lo bastante como para llegar a roncar.

Ella levantó la cabeza bruscamente. Por un momento él temió que lo abofeteara, pero entonces ella sonrió tímidamente.

—Eres un chico malo, Jock Graham.

Su intuición de que ella sentía algo por él había sido acertada.

—Este viaje podría resultar algo más que una simple investigación para hacer inversiones —susurró él.

—Sí —convino Maureen—. Estoy segura de que Piper también se alegra de que nos acompañes, ya que su madre no se ha dignado a despedirla en su nueva vida.

Él inspiró profundamente, deseando que el aire fuera más fresco cuando dejaran atrás el Támesis.

—¿Qué puedo decirte? Margaret Graham es una mujer implacable.

* * *

—Probablemente Gregor tenía razón —dijo la duquesa viuda—. El camarote que mi hijo comparte con Halstead debe ser mucho más grande que este armario.

Piper miró la pequeña litera que había en un rincón. Ella y Tavish se las habrían arreglado felizmente, pero estaba claro que no podía acurrucarse con Maureen Hawkins.

— Una de vosotras puede usar esto.

No se habían dado cuenta de que el marinero que las había acompañado seguía de pie en la puerta, colgando el extremo de una tela a un gancho de la pared.

—¡Una hamaca! —exclamó Maureen—. Ya lo creo que no.

El desaliñado y maloliente sujeto se encogió de hombros, soltó la hamaca y dejó que la puerta se cerrara de un portazo al marcharse.

— Yo dormiré en la hamaca —dijo Piper—. Será una aventura.

— Esperemos que ese apestoso no haya dormido nunca en ella —replicó Maureen—. No es la luna de miel que imaginabas, dormir sola en una hamaca...

—No, pero es solo durante una semana más o menos, hasta que lleguemos a Glengeárr.

—Una semana puede parecer una eternidad cuando anhelas estar con alguien.

Piper la comprendió perfectamente, pero no quería parecer una niña consentida.

—No hay mucho que se pueda hacer al respecto.

Esperaba que la viuda estuviera de acuerdo, pero la mujer se dio un golpecito en la barbilla y dijo:

—Nunca se sabe.

Las sobresaltó un fuerte golpe en la puerta.

—¡Piper, tienes que venir! —gritó Tavish.

Piper abrió la puerta de un empujón.

Sus expectativas se derrumbaron al ver la rígida expresión de la mandíbula de su marido.

—¿Qué sucede?

Negando con la cabeza, él le cogió la mano.

—Es tu madre. Será mejor que subas a cubierta.

* * *

Recogiéndose las faldas, Maureen fue detrás de Tavish y Piper, aunque le costó seguirles el paso.

Una vez en la cubierta, se reunió con su hijo y otros más que estaban mirando hacia el muelle. Se sobresaltó al ver a Margaret Graham yendo de un lado a otro por el borde.

Piper lloraba contra el pecho de su marido.

Jock y Oliver apremiaban a los hombres para que volvieran a colocar la pasarela que habían retirado para partir.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Kenneth.

—La dama amenaza con saltar al agua.

—¿Por qué? —preguntó, aunque sospechaba que Margaret simplemente había perdido el juicio y no comprendía sus propios actos.

—Dice que se ahogará si Piper y Oliver la abandonan.

Maureen se agarró al brazo de su hijo mientras miraba cómo Jock y Oliver bajaban por la pasarela.

Justo cuando llegaban al muelle, Margaret se bamboleó y cayó al agua.

—¡No! —gritó Piper cuando su padre se quitó la levita y saltó para rescatar a su mujer.

Unos instantes después, Maureen abrazaba a Piper y rezaba mientras Tavish, Kenneth, Oliver y Jock se lanzaban a las turbias aguas.

Secarse

Con la ropa empapada, Tavish se estremeció al recordar su desagradable llegada a Edimburgo.

Tomó aire, contento de haber decidido llevar los pantalones y no el kilt.

Envolvió a Piper con la manta que un marinero le había echado sobre los hombros y ella se abrazó a él sin importarle mojarse.

—Id a nuestro camarote —les dijo Gregor.

—No —replicó Maureen—. Traed su ropa seca al nuestro.

—Pero...

Dejaron a Gregor refunfuñando mientras Maureen se los llevaba a toda prisa al camarote que compartía con Piper.

—Quítale esa ropa mojada.

Su voz pareció despertar a Piper de un trance. Tavish asintió y ella lo ayudó a quitarse la chaqueta.

—Lo lamento —dijo él.

—No hay nada que perdonar. Me voy a ayudar a los otros que fueron tan tontos como para arriesgar sus vidas por esa mujer irreflexiva.

Preocupado por proteger los sentimientos de Piper, Tavish empezó a decir:

—Eso es...

—Sabes que tengo razón. Podríais haberos ahogado todos, dejando a esta pobre muchacha como viuda y huérfana y a mí como una madre desconsolada.

Al parecer, Piper ya había recuperado la lucidez y ayudó a Tavish a quitarse la ropa hasta que se quedó solo con los calcetines.

—Te agradecería que te dieras la vuelta —dijo él a Maureen.

—No hace falta, ya me voy. En cuanto me asegure de que Kenneth está bien, iré a ver a Jock. Tiene un camarote para él solo, ya que Oliver debe quedarse para cuidar de su egoísta esposa.

Instantes después de marcharse, llegó Gregor y frunció el ceño al ver a Piper devolviendo el calor a las extremidades de Tavish.

—No pongas esa cara —le dijo Tavish—. Piper es mi mujer.

—¿Pero dónde está mi hermana? Este es su camarote.

—Ha ido a ayudar a los demás —respondió Piper.

—¿A los demás?

—A Kenneth y a mi abuelo.

—¡Esta mujer ha perdido el juicio! —exclamó mientras salía corriendo por la puerta.

Piper se rio entre dientes.

—Creo que acaba de darse cuenta de que mi abuelo ahora tiene su propio camarote.

Tavish se sintió aliviado al verla sonreír de nuevo tras aquella horrible experiencia.

—¿Quieres quedarte en Londres y ayudar a cuidar a tu madre?

—No, esposo —respondió ella—. Mi sitio está contigo.

* * *

Kenneth nunca admitiría que su tío Gregor tenía razón sobre el equipamiento del camarote que iba a compartir con Withenshawe. No solo era espacioso, sino que contaba con los servicios de un ayuda de cámara. Langford le hizo quitarse la ropa mojada, secarse y vestirse en menos de

diez minutos; y menos mal, porque su madre entró sin llamar.

—¡Ya estás vestido! —exclamó.

Kenneth estuvo a punto de hacerle un comentario en broma, pero el ayuda de cámara ya parecía bastante escandalizado.

—Sí, gracias a Langford.

—¿Tienes ayuda de cámara?

—Es el criado de Withenshawe.

Ella lo miró con curiosidad. Él sospechaba que ella correría a decirle a su hermano que tenía razón al afirmar que los duques gozarían de más comodidades. Quizás su lado escocés estaba venciendo a su habitual sentido del decoro.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —dijo Maureen—, y veo que estás en buenas manos.

—¿Adónde vas? —preguntó él cuando su madre abrió la puerta.

—Piper está cuidando de Tavish, así que pensé en ir a ver cómo estaba Jock.

Kenneth tardó unos minutos en darse cuenta de que Jock Graham ya no compartía camarote con su desafortunado hijo. Despidió a Langford y esperó a que el hombre estuviera bien lejos antes de exclamar:

—¡Maldita sea!

* * *

Asaltada por las dudas, Maureen vaciló fuera del camarote de Jock. ¿Y si aún estaba desnudo? ¿Y si no sentía nada por ella? ¿Y si...?

— ¡Venga, mujer! ¿Quieres al hombre o no?

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho cuando la puerta se abrió de un empujón.

—Esperaba que vinieras —dijo Jock sonriendo mientras tiraba de ella hacia el interior.

¿Se atrevería a entrar?

¡Sí!

—Esperaba poder ayudarte a cambiarte, pero aquí estás, completamente vestido.

—Eso podemos remediarlo —respondió él estrechándola entre sus brazos.

Ella se entregó a su firme abrazo.

—Me sentí impotente y asustada al ver a la gente que me importa luchar contra la marea por una mujer desquiciada.

—Sí. Hace mucho le advertí a Oliver que ese matrimonio no funcionaría. La amargura le ha arrebatado a Margaret el juicio.

— Me alegra que Piper y Tavish se hayan casado. Creí que era la mujer adecuada para Kenneth, pero me equivocaba.

—Sí, una relación no puede tener éxito a menos que ambas personas experimenten esa clase de magia.

—¿Es magia lo que tenemos, Jock?

—Sin duda, Maureen. Muchacha, me has hechizado.

En el mar

A medida que la goleta avanzaba por el mar agitado, la inquietud de Gregor iba en aumento. Resultó que no era un buen marinero. Se le quitó el apetito y vomitaba casi todo lo que comía.

Le echaba la culpa de su malestar a su hermana.

Por un lado, se alegraba de que Tavish y Piper estuvieran juntos durante el viaje, un hombre recién casado no debería separarse de su esposa. También se alegró de tener un camarote para él solo, sobre todo considerando su situación estomacal.

Pero, por otra parte, la relación de su hermana con Jock Graham lo irritaba y no contribuía en absoluto a aliviar su malestar.

Después del primer día en el mar, evitó visitar las cocinas el resto del viaje. Nadie más que él parecía estar mareado. Absortos el uno en el otro, Tavish y Piper comían vorazmente, sin duda para recuperar las energías.

Jock y Maureen se sentaban separados para comer, pero Gregor no se dejaba engañar. ¿Acaso pensaban que no sabía que ella se había mudado al camarote del lowlander? Las sonrisas socarronas que este le dirigía lo enfurecían aún más. ¿Lo estaba retando?

Kenneth también debía saber lo que ocurría, pero charlaba amigablemente con su madre y con Jock como si nada.

Gregor se quedó despierto en su litera por la noche, luchando contra la rabia. Ya había alejado a Maureen una vez y parecía empeñado en volver a hacerlo.

—Solo eres un viejo tonto prejuicioso —le confesó a las sombras—. No me extraña que nunca hayas encontrado una mujer que te soporte.

* * *

—Sé que es perverso por mi parte —le dijo Maureen a Jock mientras yacía abrazada a él en la estrecha litera —, pero disfruto provocando a Gregor.

—Me sorprende que no me haya dado un puñetazo —replicó él—. Lo mismo que tu hijo.

—No sé muy bien qué pensar del comportamiento de Kenneth.

—Quizás solo se alegra de verte feliz.

Maureen reflexionó sobre eso.

—Soy feliz cuando estoy contigo.

—¿No te sientes culpable?

—No. Quería a Freddie, pero él murió y yo no. ¿Y tú?

—Lo mismo. Maddie ya no está, pero ella querría que yo fuera feliz.

—Además, aún no hemos hecho nada por lo que sentirnos culpables. Besarse y abrazarse no tiene nada de malo.

Él se quedó en silencio un momento y luego dijo:

—Cierto. Pero, tarde o temprano, los dos querremos algo más.

Los años de matrimonio con un hombre al que amaba le habían enseñado mucho a Maureen sobre el cuerpo masculino. Jock no la había presionado, pero ella reconocía los signos de la excitación.

—Ya lo sé —reconoció—. Y has sido más que paciente.

—Soy un hombre paciente, pero mi paciencia no es infinita. Te deseo.

—Y me tendrás, con el tiempo.

No había mentido al decir que no se sentía culpable. Entonces, ¿qué la detenía?

* * *

La tercera noche en el mar, Kenneth se quedó despierto hasta tarde contemplando las vigas que crujían sobre su litera. El camarote era muy espacioso y contaba con varias comodidades, pero Withenshawe roncaba como un cerdo.

Todas las noches daba vueltas en la cama, pero los ronquidos no eran la única razón: no estaba muy seguro de lo que sentía por las aventuras amorosas de su madre.

Tal vez esa no fuera la palabra adecuada. ¿Quién era él para juzgarla? La gente de la sociedad no podía saber lo que ocurría a bordo de un navío en alta mar, la reputación del ducado de Ramsay estaba a salvo. Su madre había sido una esposa cariñosa y fiel a su difunto padre y había contribuido enormemente a consolidar su posición como duque. No cabía duda de que existía una atracción entre ella y Jock. Kenneth había aprendido mucho acerca de los sentimientos amorosos gracias a Piper Graham. Era curioso que ahora pensara en ella como *Piper* de forma natural.

Varias veces, durante sus noches de insomnio, había estado a punto de refugiarse en el camarote de Gregor, pero allí tampoco dormiría; sin duda, su tío desaprobaba el comportamiento de su hermana y lo hostigaría por ello.

Pensó que debía defender la elección de su madre, la vida era demasiado corta para pasarla en soledad y Maureen Hawkins se merecía toda la felicidad que Jock pudiera darle.

Entonces, ¿por qué se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en su madre en la cama con el escocés?

* * *

Deseando poder quedarse dentro de Piper para siempre, Tavish aceptó lo inevitable cuando su miembro satisfecho se encogió fuera de ella. Había perdido la cuenta del número de veces que habían hecho el amor desde que la duquesa los había dejado solos para disfrutar del camarote. No se saciaba de su esposa, y el deseo de ella también parecía inagotable. La pasión de Piper le había sentado de maravilla a su orgullo masculino.

Sin embargo, era un hombre corpulento y la litera no estaba hecha para dos personas.

—He sido un egoísta —dijo deleitándose con el tacto de sus dedos trazando círculos en su espalda—. Esta noche dormiré en la hamaca y te dejaré en paz.

—¡No harás tal cosa, Tavish King! —replicó ella—. No pienso volver a dormir sola.

—Bueno, si insistes —respondió él girándola para que se tumbara encima de él.

Habían dormido todas las noches en esa posición y a Tavish le encantaba sentirla completamente relajada sobre él. A ella le había dado vergüenza babearle el cuello, pero hasta eso le encantaba también.

Nunca había sido tan feliz, pero aún no habían hablado de lo que les esperaba en Glengeárr. El hogar ancestral de la familia King era muy distinto de lo que ella estaba acostumbrada. Tendría que prepararla antes de que conociera la antigua casa que compartía con sus hermanos... y con su tío.

Aquella sería su última noche juntos. Su tía Maureen había sugerido que para la última noche del viaje sería mejor volver a las asignaciones originales de los camarotes.

Dundee

Para cuando desembarcaron en el puerto de Dundee, los trabajadores portuarios de Withenshawe destinados allí tenían dos carruajes listos y esperando para llevarlos a Glengeárr.

—Supongo que viajar con dos duques tiene sus ventajas —murmuró Gregor a Tavish.

—Sí. Es más cómodo que nuestra carreta.

—¿Vinisteis de Glengeárr en una carreta? —preguntó Piper.

—Sí —respondió Gregor—. Llovió durante todo el camino y solo teníamos una lona para cobijarnos por la noche.

Tavish tensó la mandíbula cuando vio que a Piper se le iba el color de la cara. Se le agotaba el tiempo de prepararla para la nueva realidad de vivir en las Highlands, y la bocaza de Gregor no estaba ayudando.

—Tengo que ser franco contigo —dijo—. Aquí las cosas son diferentes, no te resultará fácil.

Gregor se frotó las manos.

—Pero Withenshawe ha organizado que nos quedemos en una posada esta noche, ¡así que no dormiremos a la intemperie! —exclamó alegremente.

—No me había dado cuenta de que estaba tan lejos de casa —murmuró Piper.

Gregor asintió.

—Bueno, al menos Dundee está más cerca que Edimburgo, aunque la carretera puede ser igual de mala.

Tavish gimió para sus adentros.

—No te preocupes —le dijo—, estos carruajes parecen resistentes y llegaremos a casa mañana por la mañana.

—Sí —confirmó Gregor—. Y dado que Payton y Niven siguen en Londres, solo tendréis que aguantarme a mí.

—¿Vivís en la misma casa? —preguntó ella con sus ojos amatistas abiertos como platos.

—Sí —respondió Gregor apenado antes de escabullirse repentinamente.

—Acaba de darse cuenta de que ha dicho demasiado, ¿verdad? —preguntó ella.

Tavish la cogió de la mano.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes, pero temía que cambiaras de opinión sobre...

Ella le rozó los labios con la yema de los dedos.

—Puedo entenderme con Gregor. Al menos con él puedo ser sincera, con mi propia madre ni siquiera conseguía que me escuchara.

El nudo que tenía en el estómago se aflojó.

—No te merezco —susurró, demasiado cobarde para contarle los demás *inconvenientes* de vivir en Glengeárr.

* * *

El abuelo de Piper vivía en Galloway, más al sur de las Highlands de Tavish. Ella había ido a visitarlo y sabía que vivir en Escocia no era lo mismo que en Londres.

No había anticipado que compartiría la casa con el tío y los hermanos de Tavish, pero la idea no le resultaba abrumadora. Los escoceses vivían en familia y ella tendría que haberlo tenido en cuenta.

La vida era más sencilla en Galloway, más dura en cierto modo, pero a menudo Londres le parecía excesivamente sofisticado. A los londinenses de clase alta les preocupaban demasiado las

expectativas sociales. Los escoceses tenían los pies en la tierra y motivos fundados para estar resentidos con los ingleses. Habían pasado más de cincuenta años desde la fatídica batalla de Culloden, pero el recuerdo de las horribles repercusiones perseguía incluso a los habitantes de las Lowlands como su abuelo. Las Highlands habían sufrido actos de crueldad vengativa mucho peores por parte del régimen hannoveriano. Aquello le preocupaba. ¿La aceptaría el pueblo de Glengeárr o siempre sería una forastera, una enemiga?

La ironía era innegable, si Margaret y Oliver Graham se hubieran amado, se habrían quedado en Escocia y ella habría nacido allí en lugar de Londres.

Pero en el fondo de su corazón reconocía que, a pesar de su lugar de nacimiento, tenía más sangre escocesa que inglesa en las venas. Con suerte, eso y el amor de Tavish la ayudarían a superar los desafíos que le aguardaban.

* * *

Cuando Tavish volvió al camarote de Gregor, este supo que Maureen había regresado con Piper para pasar la última noche. Decidido a no dejarse avasallar por Jock Graham, fue hacia allí en cuanto el barco atracó. Le hizo saber a su hermana sin rodeos que él sería quien la acompañara cuando desembarcaran en Escocia.

Su inmediata y entusiasta aprobación disipó su ansiedad. Su reciente reconciliación seguía en pie.

—Nunca había puesto un pie en Dundee antes —dijo él después de desembarcar y subirse al segundo de los carruajes de Withenshawe.

—Yo tampoco —confesó ella—. Pero enseguida noté que estamos en Escocia. Incluso el aire es diferente, pero el fuerte acento de los trabajadores portuarios es lo que me lo confirmó.

—Sí. Me alegro de que Tavish y su esposa se hayan adelantado con los duques.

—Creo que la noticia de que tú vives en la misma casa que Tavish puede haber impactado a Piper —respondió su hermana mientras se acomodaban en los mullidos asientos.

—Sí. Yo y mi bocaza... —reconoció—. Es evidente que Tavish no ha preparado a su nueva esposa para lo que le espera.

Se puso rígido cuando el carruaje se tambaleó. No podía ser...

—¿Prepararla para qué? —preguntó Jock al subir y acomodarse junto a Maureen.

Gregor creía que se había ido en el primer vehículo, pero allí estaba, mirándolo como si fuera un intruso.

—Graham —gruñó.

Maureen se rio.

—Será mejor que aprendáis a llevaros bien, sobre todo si vamos a vivir todos en la misma pequeña comunidad durante un tiempo. Gregor se refería al hecho de que la casa de los King no es a lo que Piper está acostumbrada.

—No os preocupéis por mi nieta, corre sangre escocesa por sus venas. Se adaptará.

—Espera... —dijo Maureen—. Acabo de darme cuenta de lo que has dicho. Si tú vives con los muchachos, ¿significa eso que...?

—Sí —confirmó Gregor a regañadientes—. La casa en la que crecimos lleva dos años cerrada. Solo quedaba yo en aquel lugar y Tavish me invitó a vivir con él y sus hermanos.

—Entonces, ¿dónde nos alojaremos Jock y yo?

Gregor había pensado que su hermana podría ocupar una de las habitaciones de los muchachos, pero no había pensado en Jock ni en los dos duques.

—Supongo que siempre queda El Cuervo y la Verja —sugirió.

—¿Ahora tienen habitaciones allí? Solía ser un sitio donde solo se reunían los bebedores

empedernidos.

Hoy en día es bastante elegante —mintió.

* * *

Kenneth dudó en plantear la cuestión del alojamiento en Glengeárr.

—¿Tienes lugar donde alojarnos a todos? —le preguntó a Tavish, dándose cuenta tardíamente de que debería haber encargado a Mainwaring que hiciera los preparativos para el alojamiento.

La incertidumbre en el rostro de su primo era preocupante, pero Withenshawe acudió al rescate.

—No os preocupéis por nosotros —afirmó—. He hecho enviar un pabellón, mis hombres ya deberían haberlo levantado. Habrá mucho espacio para el señor Graham y tendrá todas las comodidades de un hogar.

Kenneth volvió a respirar, aunque compendió que podía mejorar mucho más como duque. Withenshawe sería un buen modelo a seguir.

—¡Un pabellón!— exclamó Piper—. Suena a algo que a mi abuelo le gustará.

—La tía Maureen podría quedarse con nosotros —dijo Tavish—. La casa en la que creció ya lleva cerrada un tiempo.

Kenneth pensó que aquella noticia desilusionaría a su madre.

—Creo que a ella le gustaría verla —dijo—, y también a mí, por cierto.

—Seguramente Gregor lo organizará —respondió Tavish.

Impuestos

—Withenshawe fue generoso al proporcionarnos nuestra propia habitación —dijo Tavish.

Piper se acurrucó junto a su marido. Como siempre, había disfrutado mucho de la intimidad que habían compartido en la acogedora alcoba de La Última Gota. Estaban aprendiendo a prolongar el placer mutuo y a intensificar el clímax. Sin embargo, percibió que Tavish estaba preocupado.

—No espero vivir rodeada de lujos —le dijo, con la esperanza de disipar sus temores.

Él la levantó para que se tumbara sobre él. A ella le encantaba dormirse así, pero aquella noche él parecía inquieto.

—Créeme —respondió Tavish—, mi casa no es lujosa, pero es cómoda y cálida, y lo más importante de todo: está seca.

—Allí seremos felices —afirmó ella.

—Sí. Tú eres mi felicidad, Piper.

— Entonces deja de preocuparte.

—Lo siento. Mi mente está absorta en un asunto que tengo que discutir con Kenneth.

Aquella noticia la sorprendió.

—¿Con Kenneth?

—Sí. Verás, nuestra destilería no tiene licencia. La mayoría de las destilerías de las Highlands se niegan a pagar impuestos a la Corona hannoveriana.

—Pero si el príncipe regente os concede una licencia real...

—Exacto. Sin embargo, somos arrendatarios del conde de Craigdarroch. Hasta ahora, parece que no sabe nada de nosotros. Él tendría que concedernos un permiso.

—El aval de Kenneth y Withenshawe seguramente tendrá mucho peso.

—Craigdarroch es un tipo imprevisible. He oído que ha echado a unos arrendatarios que vivían en sus tierras desde hacía generaciones. Quiere despejar las tierras para criar ovejas.

* * *

Tavish convino con su esposa en que sería mejor discutir el problema de las licencias con Kenneth antes de que llegaran a Glengeárr. Withenshawe había dispuesto que el desayuno se sirviera en un comedor privado para él y sus compañeros de viaje. Todos estaban sentados cuando llegaron Tavish y Piper. Fue bastante cómico ver que Gregor estaba sentado entre el abuelo de Piper y Maureen. Estaba enfrascado en una animada conversación con su hermana, de espaldas a Jock. Tavish deseó haber discutido antes lo de la concesión de la licencia con su tío, pero era ahora o nunca, y *nunca* no era una opción.

—¡Oh, auténtica avena escocesa! —exclamó Maureen con deleite cuando sirvieron un cuenco humeante a cada invitado.

—Sí —replicó Gregor tras probar una cucharada—. Espera a que lleguemos a casa, mis copos de avena son mucho mejores que estos.

—Lástima que no tengamos ocasión de probarlos —observó Withenshawe—. Mi cocinero nos preparará las comidas.

—Dejad que os lo explique —dijo Kenneth en respuesta a los ceños fruncidos de perplejidad—. Halstead ha preparado un gran pabellón de tiendas donde él, Jock y yo podremos acampar.

Aquella noticia supuso un alivio. Tavish había intentado resolver el problema de dónde dormiría cada uno, pero aún no lo había conseguido.

—Y Maureen puede quedarse en la casa grande con nosotros —declaró Gregor con una sonrisa—. Además, hemos estado hablando de la posibilidad de abrir la vieja casa, solo por un tiempo.

—Desde luego, me gustaría ver la casa donde crecieron mis antepasados —afirmó Kenneth sonriendo a su madre.

—A mí también —dijo Jock, ganándose el gesto ceñudo de Gregor.

—Sí —contestó Maureen—. No sabía que la habían cerrado, tendremos que ocuparnos de hacerla habitable de nuevo.

Tavish comprendía que sería ventajoso que Gregor volviera a su antigua casa, pero parecía que la tía Maureen pensaba quedarse en las Highlands indefinidamente. Le pareció una buena oportunidad para sacar el tema del arrendador.

* * *

Maureen escuchó atentamente la explicación de Tavish sobre Craigdarroch y el asunto de las licencias. Recordaba demasiado bien al conde. Incluso cuando era un joven vizconde, había sido un tipo mezquino. Se imaginaba lo cascarrabias que sería ahora, con más de ochenta años.

Sin embargo, como duquesa, había aprendido a manejar a los gruñones que creían que su título les daba derecho a pisotear a la gente común.

—Sí —le respondió Jock a Tavish respecto de las razones para no pagar el impuesto—. A los destiladores de wiski de las Lowlands no les resulta muy fácil eludir a los recaudadores del gobierno, y les molesta tener que pagar cuando los de las Highlands no lo hacen.

—Bueno —intervino Maureen—. Obviamente, tendremos que obtener una licencia y pagar los impuestos si queremos la bendición del Regente. Si es necesario, yo me encargaré de Craigdarroch.

—Ramsay y yo ayudaremos a hacerle torcer el brazo —prometió Withenshawe.

* * *

Tavish respiró más tranquilo. Todos hablaban como si la inversión fuera un hecho. Piper quitó la mano que tenía apoyada en su muslo, pero su tacto ya había obrado su efecto.

No le apetecía nada pasar unas cuantas horas más en aquel estrecho carruaje sin poder tocar a la mujer que ansiaba constantemente.

No obstante, se libró de aquel tormento cuando Withenshawe propuso que él, Kenneth, Gregor y Tavish viajaran juntos para planear cómo proceder.

Gregor estaba enfurruñado, probablemente porque aquel arreglo dejaba a Jock en el otro carruaje con Maureen. El brillo de sus ojos demostraba que ella se alegraba de ello, aunque Tavish sospechaba que le había molestado que la dejaran fuera de las discusiones. Lamentó el profundo mohín de Piper.

—Quería que estuviéramos juntos cuando llegáramos a Glengeárr... —le dijo.

—Yo también, pero tengo la intención de cargar a mi esposa hasta el umbral —respondió él —. Confío en que tú y mi tía os dediquéis a hacer vuestros propios planes mientras tanto, y estaréis con tu abuelo.

—Lástima que al duque no se le ocurriera incluirlo, es un hombre astuto y con mucha experiencia en los negocios.

Tan preocupado estaba por el comportamiento conflictivo de Margaret Graham, que Tavish no se había esmerado en saber más sobre la familia de Piper. Tomó nota de aquella información sobre su abuelo.

El palacio

Después de recorrer carreteras estrechas y senderos de hierba llenos de baches durante horas, el carruaje se detuvo en un campo en medio de la nada. Segura de que debía estar llena de moratones, Piper miró por la ventanilla y vio a su marido bajar de un salto junto al conductor del carruaje principal.

—Me pregunto por qué nos habremos detenido aquí.

—Si no me equivoco —respondió la tía de Tavish—, no estamos lejos de la destilería.

Tavish abrió la puerta y le tendió la mano.

—Hemos llegado al Lùchairt. Caminaremos el resto del camino.

—¿El Lùchairt?

—Los antepasados de Tavish tenían aspiraciones de grandeza —le explicó Maureen—. En gaélico significa *palacio*. ¿De qué otra forma llamaría a su morada un hombre llamado *King*?

Tavish se rio.

—Bueno, no es un palacio, pero es el nuevo hogar de mi bella esposa y quiero que vea todos nuestros modestos dominios.

Mientras divisaba a lo lejos un tejado y unas chimeneas, Piper aceptó su mano y bajó del vehículo. Le encantaba el orgullo inequívoco que había en la voz de Tavish. Sus mejillas habían recobrado su color y el viento jugueteaba con su pelo castaño. Cerró los ojos para atesorar el recuerdo de ese momento especial que jamás olvidaría.

Sin soltarle la mano, Tavish le indicó el camino.

—Cultivamos la mayor parte de nuestra cebada en estos campos. Hicimos la cosecha antes de irnos, así que ahora se ven yermos.

—Salvo por las flores silvestres que lo han aprovechado —replicó Piper, encantada con las hileras coloridas que ondeaban con la suave brisa—. ¿Cultiváis toda vuestra cebada, dices?

—En su mayor parte, aunque quizás tengamos que empezar a comprar un poco a nuestros vecinos si ampliamos el negocio. Estarán encantados.

Llegaron a la casa. Era más grande de lo que ella esperaba.

—¡Dos pisos! —exclamó—. ¡Y tres chimeneas!

—Sí. Los inviernos en las Highlands pueden ser brutales, pero estaremos calientes. Tenemos una chimenea en nuestra habitación, las otras dos están abajo. La destilería necesita un suministro constante, así que nunca nos falta de turba.

En la mente de Piper danzaron visiones en las que hacían el amor delante de un acogedor fuego.

La voz de Tavish la devolvió a la realidad.

—La destilería original se construyó como una dependencia —le contó—. Como puedes ver, las numerosas ampliaciones han hecho que quedase muy cerca de la casa.

—Es más práctico, diría yo —respondió ella, impresionada por el tamaño de la destilería y el número de trabajadores que correteaban de aquí para allá.

—Te presentaré al equipo más tarde, cuando nos hayamos instalado.

—Buena idea. No tengo mi mejor aspecto después de tantos días de viaje.

—Se quedarán boquiabiertos ante tu belleza y se preguntarán cómo un tipo tosco como yo ha conseguido casarse con una muchacha como tú.

El halago dio lugar a un largo beso. Ella estaba absorta succionando su lengua hasta que reparó en una gran estructura de rayas rojas y blancas a un lado de la destilería.

—¿Qué es eso? —Entornó los ojos para ver mejor.

—Debe de ser el pabellón de Withenshawe —respondió él sacudiendo la cabeza—. Por lo visto lo hizo traer en barco desde América. Me dijo que esta es su primera gran prueba.

—Me alegro de que estemos solos tú y yo en la casa.

—No te olvides de mis tíos.

—Lo sé, pero intuyo que estarán ocupados con sus propios asuntos.

Piper detuvo a Tavish justo antes de que llegaran a la casa.

—Quiero verlo todo —dijo recorriendo con la mirada la sólida construcción de piedra, los cinco ventanales de la planta baja y las dos buhardillas que sobresalían del tejado—. Estoy deseando ver el interior.

A él se le borró la sonrisa.

—Ten en cuenta que aquí vivimos cuatro solteros desde hace mucho tiempo. Hemos descuidado el huerto de mamá y es probable que quieras arreglarlo. ¿Estás preparada?

La cogió en brazos y abrió de una patada la puerta azul. Con el corazón agitado, Piper se aferró a su cuello. Era imposible no fijarse en la pintura desconchada y en la rigidez de su mandíbula, lo que le decía que habría algo más que arreglar que solo el huerto, y ella estaba impaciente por empezar.

* * *

Lo primero que notó Tavish fue el olor, o más bien la ausencia de olores a los que suponía que se había acostumbrado. Esperaba que Piper arrugara su bonita nariz, pero ella inhaló profundamente y sonrió. Alguien se había esmerado en ordenar y sacar brillo a los muebles, incluso la desvencijada mecedora de Gregor estaba reluciente. Las paredes ennegrecidas por el humo lucían un nuevo encalado. El fuego de la chimenea, cuyos ladrillos ya no eran negros, desprendía el aroma de la turba quemada. Incluso había algunos jarrones con flores. Apenas reconocía su propia casa, pero estaba feliz y sospechaba que tenía que agradecérselo a la nieta de Auld Jamie.

—Estás sorprendido —dijo Piper cuando la depositó en el suelo del salón.

Debió suponer que su inteligente esposa se daría cuenta de que fruncía el ceño desconcertado.

—Sí. Ha venido una muchacha para trabajar en la cocina, Catriona es la nieta de nuestro cochero. Al parecer, ha hecho limpieza mientras estábamos fuera.

—Bien por ella —respondió Piper mirándolo con las cejas enarcadas.

—No te preocupes, le dijo él. —A Cat le gusta Payton, no yo.

—Entonces será mejor que no le hablemos de Jasmine Foxworthy.

—Tienes razón. ¿Estás lista para ver nuestro dormitorio, señora King?

La promesa de intimidad se echó a perder por la voz de Gregor en la puerta principal.

—Tendrá que ser más tarde, amor mío —gruñó Tavish.

* * *

Maureen quedó gratamente sorprendida por la limpieza de la Casa Lùchairt. Gregor parecía igualmente asombrado, por lo que supuso que alguien habría estado limpiando en ausencia de los hombres.

Resultaba extraño entrar en aquella casa en la que su hermana había llegado como esposa para llevar una vida infeliz. Por el contrario, aunque Gregor había proferido funestas advertencias sobre su futuro si se escapaba con Freddie, ella había sido bendecida con un matrimonio muy feliz y vivía una vida llena de lujos. Había esperado sentir la presencia de Moira y Walter en la casa, pero no fue así. Por el bien de los hermanos, se alegró de que el

espíritu de sus padres no rondara por aquel sitio.

Unas voces procedentes de otro sector de la casa indicaban que Tavish le estaba enseñando a Piper su nuevo hogar.

—Están en la cocina —le explicó Gregor a Maureen.

—¿Es esa es tu mecedora? —preguntó ella.

Él miró la silla como si no la hubiera visto nunca, pero respondió:

—Sí. Siéntate en ella, si quieres.

Ella se balanceó hacia delante y hacia atrás durante unos minutos, preocupada por quedarse dormida mientras el cansancio la embargaba.

—Ha sido un largo viaje —murmuró.

—Sí, pero es fantástico volver a verte por aquí. Mañana iremos andando a la Casa Lockie.

—Estupendo —replicó ella mientras sus párpados se cerraban.

* * *

Jock habría preferido acompañar a Maureen a la casa, pero tenía la sensación de que a Gregor le molestaría su presencia, y cuando un duque ofrece alojamiento...

El pabellón al que lo habían invitado para compartir con Ramsay y Withenshawe era digno de un príncipe beduino.

—¿Decís que os lo han traído en barco desde América? —preguntó Ramsay, claramente impresionado mientras recorría con la mirada el opulento mobiliario.

—Pueden decir lo que quieran de los colonos, pero saben hacer las cosas con estilo —respondió Withenshawe.

Tres hombres que se habían apostado justo a la entrada hicieron una reverencia.

—Nuestro cocinero y sus ayudantes —les explicó Withenshawe con un gesto displicente de su elegante mano.

A Jock siempre le había molestado la actitud de superioridad de la clase alta, por lo que estrechó la mano de cada uno y se presentó.

—Soy de Galloway —añadió.

Unos ojos muy abiertos delataron la sorpresa ante su gesto y la mención de Galloway provocó una risilla.

—¿Cuánto falta para que la comida esté lista, Frobisher? —preguntó Withenshawe interrumpiendo cualquier oportunidad de conversación.

—Una hora como mucho, Alteza.

—Bien. Que haya suficiente para nuestros invitados. Veamos... Siete en total.

—Sí, Alteza.

Frobisher se marchó y el duque ordenó a los otros dos que acompañaran a sus invitados a sus aposentos. Podría pensarse que estaban en una mansión en lugar de una tienda en medio de las Highlands.

—Típico de esnobs —murmuró Jock—. Siempre tienen que guardar las apariencias sea como sea.

Cena de lujo

Piper se quedó mirando lo que Tavish le dijo que era una cocina de leña. Nunca había visitado las cocinas de la Casa Graham, por lo que no sabía si los cocineros de su familia preparaban la comida con un artefacto como ese. Aunque así fuera, tampoco sabía cómo se preparaba una comida con ese cacharro de aspecto tan primitivo. Imaginaba que una cocina de leña quemaba leña, pero...

—No soy buena cocinera —le confesó a su marido—. En realidad, no sé cocinar nada.

—No te preocupes —respondió él—, estamos acostumbrados a hacerlo nosotros mismos. Gregor es un buen cocinero y Catriona puede enseñarte.

Piper se había dicho a sí misma que estaba preparada para todo lo que las Highlands pudieran depararle, pero nunca se había planteado lo que realmente implicaba la falta de sirvientes.

—Espero no defraudarte —murmuró.

—¡Por supuesto que no lo defraudarás! —dijo Maureen mientras entraba en la cocina—. Y no tenemos que preocuparnos por las comidas mientras Withenshawe esté aquí, nos ha invitado a todos a cenar en su tienda. Me he quedado dormida, pero su criado me ha despertado cuando vino a avisarnos.

—Pero cuando el duque se haya ido...

La tía de Tavish se encogió de hombros.

—Mi madre solía cocinar platos muy sustanciosos en un fogón. Nos enfrentaremos juntas a este monstruo.

A Piper le pareció humillante que la duquesa viuda fuera más comprensiva y alentadora que su propia madre.

—Sí —convino Gregor cuando se unió a ellos—. Es fácil, una vez que le coges el truco a la bestia.

* * *

—Esto es más elegante que el comedor de El Caballo Blanco —le comentó Gregor a Tavish mientras los criados de Withenshawe retiraban los platos—. Y se come mejor también.

Tavish estuvo de acuerdo, pero habría estado igual de contento si hubiera cenado algo sencillo en su propia casa. Aquel espectáculo de opulencia y riqueza era demasiado. Estaba intranquilo por sus trabajadores de la destilería.

—Auld Jamie y los demás deben preguntarse qué está pasando.

—He hablado con él de camino hacia aquí —le dijo su tío—. Los lacayos del duque ya les habían contado parte de la historia y están deseando conocer a Piper.

Sentada junto a Tavish, su esposa suspiró.

—Espero que no les hayas hecho albergar esperanzas sobre mí.

—No te preocupes, te querrán —replicó Gregor.

—Sí —confirmó Tavish—. Pero ¿saben que nuestros visitantes están pensando en invertir en la destilería?

—Así es. Auld Jamie se asegurará de que todo esté en orden para mañana. Los hombres están entusiasmados con la idea de ponerse sus mejores galas para ir a trabajar.

Kenneth se acercó para unirse a la conversación.

—Es comprensible. La expansión significa empleo seguro y buenos salarios.

Tavish confiaba en que los duques no renegarían de su compromiso ahora que habían

llegado tan lejos. Estaba convencido de que un recorrido por su bien gestionada empresa sellaría el trato. Solo quedaba el problema del conde de Craigdarroch.

* * *

Maureen hizo un ostentoso ademán al limpiarse la boca con la servilleta de lino.

—Todo esto es muy bueno —le susurró a Jock.

—¿Te refieres a una buena cena en una tienda de campaña en medio de ninguna parte? —replicó él.

—Shhh... ¡Hombre, baja la voz! ¿No ves que tu nieta está agobiada? —lo reprendió Maureen con un dejo de acento escocés.

—¡Vaya! Ya suenas como una escocesa. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Volver aquí me ha hecho darme cuenta de que siempre he sido escocesa, pero eso no viene al caso. Tenemos que hacer comprender a Piper que puede tener cosas mejores, incluso en medio de la nada. No siempre tendrá que lidiar con unas condiciones primitivas.

Él frunció el ceño.

—¿Tan mal está la casa?

—No. Está limpia, bien amueblada y es espaciosa, pero la cocina es una pesadilla. Los muchachos probablemente no se den cuenta, pero vi el horror en la cara de Piper.

—Dudo que tenga ninguna experiencia cocinando —admitió él frotándose la barbilla—. En cualquier caso, no creo que sea el tipo de muchacha que quiera vivir en el lujo, de lo contrario no habría aceptado venir al norte.

Maureen asintió.

—Sin embargo, las cosas pueden mejorar y ella tiene que saberlo. Además, ampliar el negocio del wiski hará que Tavish pase muchas horas trabajando. Piper tendrá que aprender a arreglárselas sola.

—Sí. Supongo que he considerado la nueva vida de Piper aquí a través de los ojos de un hombre. Me alegro de que tú también hayas venido.

—Y yo estoy contenta de que tú estés aquí —replicó ella. Aunque *contenta* parecía una palabra insignificante para sus crecientes sentimientos por el lowlander.

* * *

Kenneth no podía librarse de la sensación de que las cosas no iban del todo como debían. Sin duda, había disfrutado del cordero asado y del resto de la deliciosa comida preparada por los criados de su compañero el duque. No tenía ni idea de cómo habían conseguido semejante hazaña en medio de la nada. En ello residía su inquietud. ¿Era el escocés que llevaba dentro el que sentía que aquel alarde de riqueza estaba fuera de lugar allí, en el remoto valle de sus antepasados?

Por la expresión de Tavish, sospechó que él también se sentía incómodo con toda esa suntuosidad. Al principio había pensado que no tenía absolutamente nada en común con su primo escocés, pero quizás no fueran tan diferentes, después de todo.

Su madre era la misma mujer refinada de siempre, pero sabía que estaba impaciente por ver su antiguo hogar al día siguiente. Él mismo lo esperaba con más expectación de la que hubiera creído posible. Había algo en Glengeárr que ya se le había metido en la sangre, y no tenía nada que ver con las comodidades del pabellón ni el cordero asado.

Enciende mi fuego

Ya había oscurecido cuando Tavish y Piper salieron para recorrer la corta distancia que los separaba de la casa. Gregor y la tía de Tavish los seguían un poco más atrás. La luna llena más grande que Piper había visto nunca iluminaba su camino. Se llenó los pulmones antes de entrar.

—Aquí el aire huele distinto —comentó.

—Sí, es más fresco que en Londres —respondió él—. Además, probablemente sientas el aroma de la turba y la cebada malteada de la destilería.

—El aroma del éxito.

—Eso esperamos.

Inquieta por el atisbo de duda que percibió en su voz, lo retuvo para dejar que los demás entraran primero en la casa.

—Sé que hay mucho en juego con esta inversión, pero ya has demostrado que tu wiski es superior. De lo contrario, Withenshawe no estaría aquí y el Regente no plantearía la posibilidad de una licencia real.

—Supongo que tienes razón —convino él—. Tú y yo somos de mundos diferentes. Es importante que comprendas lo que Uachdaran significa para mí.

Él no pretendía herir sus sentimientos, pero no por eso sus palabras dejaban de ser hirientes.

—No puedes pensar que te considero menos porque no eres de origen noble. ¡Claro que comprendo que el wiski sea tu pasión! Y yo trabajaré duro para estar a tu altura en este empeño.

La estrechó entre sus brazos y la besó en la cabeza.

—El wiski era mi única pasión hasta que llegó una tal Piper y me enamoré perdidamente de ella.

El momento era propicio para uno de los increíbles besos de su marido, pero ambos se sobresaltaron cuando la puerta se abrió con un chirrido.

—¿Planeáis quedaros aquí toda la noche? —preguntó Gregor—. He encendido una vela para alumbrar el piso de arriba si os apetece entrar.

Tavish sonrió.

—Nuestra guarida nos espera, señora King. ¿Estás preparada?

—Sí —respondió ella, aunque el corazón le palpitaba desenfrenadamente.

Ya habían hecho el amor antes, pero estaba a punto de ver por fin la habitación que compartirían durante toda su vida.

Gregor y su hermana ya habían subido las escaleras cuando ellos entraron.

—Impaciente como siempre —comentó Tavish—. Está nervioso por mostrarle a la tía su habitación. Allí suelen dormir mis hermanos y Gregor tiene su propio dormitorio.

—Es generoso por parte de tus hermanos compartir la habitación ellos.

Tavish se encogió de hombros.

—Si no lo hicieran, ninguno dormiría, el tío ronca. Payton y Niven no son precisamente ordenados, esperemos que los esfuerzos de Cat se hayan extendido hasta el piso superior.

Egoístamente, Piper esperaba lo mismo, aunque había algo que no le gustaba en el hecho de que una desconocida tuviera tanta libertad de acción en la casa de su marido. No tuvo tiempo de pensar más en el asunto, ya que Tavish la cogió en brazos, la condujo por el estrecho pasillo y abrió la puerta de una patada.

Estaba lo bastante oscuro como para que él no viera que había cerrado los ojos. Confiar únicamente en su olfato resultó ser lo mejor. Supo al instante que allí dormía su esposo. El

especiado aroma masculino de Tavish King se percibía en el ambiente. Inhaló profundamente. Todo iba a salir bien.

* * *

Tavish se sintió aliviado de que solo la luz de la luna iluminara el dormitorio. Nunca se había dado cuenta hasta ahora de que aquel espacio era austero y poco acogedor. Quizás Piper no se había fijado.

En ese momento, Gregor entró a trompicones y encendió una vela en la repisa de la chimenea.

—Ya está —declaró con un guiño antes de marcharse.

Fue entonces cuando Tavish vio el edredón de parches de colores sobre la cama. Se quedó mirándolo hasta que Piper susurró:

—Ya puedes bajarme.

—No sé por qué estoy tan nervioso —confesó mientras la depositaba en el suelo.

—Es comprensible. Seguramente has tenido esta habitación para ti solo durante muchos años. ¡Es precioso! —dijo ella pasando una mano por el edredón.

¿Cómo decirle que debía ser obra de Catriona? Ella podría pensar que...

—Nunca he traído a una mujer aquí —afirmó, decidido a que debían empezar la vida juntos con honestidad—. Pero el edredón es de Cat, no es mío.

—Ha sido muy amable —replicó su mujer volviendo las sábanas—. También tendré que agradecerle por las sábanas limpias cuando la conozca.

—Sí —respondió él, más que agradecido por no haber detectado celos en la voz de Piper—. No estaba seguro de haber hecho la cama antes de irme.

Ella se inclinó seductoramente hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Entonces, ¿vamos a bautizar nuestro dormitorio esta noche?

—¡Oh, sí, muchacha! —respondió él apretándola contra su cuerpo—. Temí que iba a reventar viendo cómo te lamías los dedos durante la cena.

—Lo hacía a propósito —confesó ella con una sonrisa traviesa—. Me gusta provocarte.

—¡Descarada! —exclamó él mientras se le iba relajando la tensión de los hombros.

* * *

Piper y Tavish se desnudaron en la fría habitación y se metieron rápidamente en la cama.

—¡Las sábanas están heladas! —exclamó ella.

Él la abrazó y le frotó la espalda. El calor de su cuerpo ahuyentó el frío.

—¿Cómo puedes estar tan caliente? —Yo me estoy congelando.

—¿Quieres que encienda el fuego? —le preguntó él.

—¡No te atrevas a abandonar esta cama! —respondió ella—. Puedes encender mi fuego aquí mismo.

—Eso pretendo... —ronroneó él.

Mientras iniciaban el lento ascenso hacia el éxtasis, tocándose y dándose placer mutuamente, Piper se olvidó por completo del frío de la habitación. La cama de hierro rechinaba con los embates de Tavish, pero a ella no le importaba. El acto sexual era tan intenso como lo había sido desde la primera vez, pero esta vez era especial: estaban uniendo sus cuerpos en su propia casa, en la cama donde, si Dios quería, Tavish plantaría la semilla de una nueva generación en su vientre.

Mientras remontaba las nubes del éxtasis, Piper supo que jamás había sido tan feliz. Estaba justo donde debía estar.

La visita

Gregor podía ser tan irritante como una ortiga, pero Tavish se alegró de que su tío quisiera estar presente durante la importantísima visita a la destilería. Echaba de menos a sus hermanos. Los tres habían formado un equipo desde que él tenía memoria. Payton y Niven podían aportar información que a él se le podría olvidar mencionar, pero Gregor se ocuparía de que todo fuera sobre ruedas.

Piper tenía razón, no había motivos para estar nervioso. Si los inversores se negaban y el Regente cambiaba de opinión, ellos se lo perdían. Desde luego, no sería porque el Uachdaran no fuera el mejor wiski que se podía encontrar. Tavish ya tenía lo más importante de la vida: el amor y el apoyo de una mujer hermosa y apasionada que había renunciado a mucho para vivir con él y enriquecer su vida.

—¿Estáis preparados, caballeros? —preguntó a los visitantes que se arremolinaban fuera del pabellón. Al instante se dio cuenta de su error, pues Maureen también se había incorporado al grupo.

—Adelante —respondió Withenshawe, aparentemente ajeno al desaire a su tía.

Tavish le ofreció un brazo a Maureen.

—Permíteme, tía —dijo con la esperanza de enmendar su falta.

Sonriendo dulcemente, ella enlazó los brazos con el abuelo de Piper.

—Caminaré con Jock. Tú necesitas estar libre para concentrarte en explicar todo el proceso a estos *caballeros*.

Él asintió reconociendo que se merecía la agudeza, luego guió al grupo hasta el interior de la destilería.

—Me sorprende que Piper no esté aquí —comentó Jock.

Piper le había rogado que la incluyera en la visita, pero, egoístamente, él quiso que estuvieran a solas la primera vez que ella la viera. Había detalles de los que se sentía orgulloso y que no pensaba compartir con los demás.

—Se lo enseñaré todo más tarde —respondió—. En primer lugar, la cebada se remoja en agua. Luego, como veis aquí, se extiende en el suelo del maltero para que germinen los brotes.

Withenshawe y Kenneth se encorvaron junto a la cebada con sus manos a la espalda. A Tavish le dio igual lo que estuvieran discutiendo en voz baja entre ellos. Él era el rey de aquellos dominios. Serían unos necios si no veían su valor.

Desde allí los condujo hasta el horno, donde les explicó:

—Posteriormente, se cuece en el horno para secarla antes de la molienda. Para secar la cebada malteada quemamos turba, esto es lo que le da a nuestro wiski su sabor ahumado.

Los visitantes inhalaron profundamente y cerraron los ojos. La turba estaba haciendo su magia.

—Tengo entendido que volteáis la malta a mano durante este proceso —dijo Jock—. ¿Eso es algo inusual?

Tavish dio las gracias en silencio al abuelo de Piper por mencionar un detalle tan importante que se le había olvidado comentar. Quizás se estaba volviendo demasiado engreído.

—Así es. Es un trabajo duro, pero de ese modo la malta absorbe mejor el aroma de la turba. La giramos cada ocho horas, los siete días de la semana.

—Alguien habrá continuado el buen trabajo en vuestra ausencia —observó Withenshawe.

Tavish se alegró de que varios de sus trabajadores estuvieran realizando sus tareas tan

tranquilamente, como si un grupo de extranjeros bien ataviados recorrieran la destilería todos los días. Estaba acostumbrado a que vistieran el mono de trabajo, le resultaba extraño verlos con sus mejores galas de domingo. Pero, como es típico de los escoceses, se mantenían en un discreto segundo plano.

—Sí, aquí tenemos un equipo muy cualificado. Muchos de nuestros trabajadores llevan décadas con nosotros.

—Sí —añadió su tía—. Reconozco a algunos de ellos.

—Una mano de obra fiable es primordial —afirmó Withenshawe—. ¿Y no se oponen a trabajar para un hombre más joven que ellos?

Gregor resopló.

—Tavish es un maestro en su oficio. Es muy respetado en todo el valle.

El elogio le hizo pensar a Tavish que tal vez debió dejar que Piper los acompañara.

Guio al grupo hasta la cuba de maceración.

—La cebada se mezcla con agua caliente en este artefacto llamado *cuba de maceración*. Aquí se obtiene un líquido azucarado o *mosto*. Con este líquido es que elaboramos el wiski. Los restos sólidos se utilizan como pienso para el ganado, no se desperdicia nada.

—¡Espléndido! —exclamó Kenneth.

—Continuemos. El mosto líquido se pasa a las grandes cubas que veis aquí. Las llamamos *cubas de fermentación*. Se añade la levadura y se deja fermentar, lo que convierte los azúcares del mosto en alcohol. Y ahora viene lo mejor —anunció mientras los visitantes contemplaban los dos enormes alambiques de cobre—: el mosto fermentado se calienta en estos alambiques. El vapor asciende, se recolecta y se vierte en barricas de roble para dejarlo envejecer.

—¿Por qué son dos los alambiques? —preguntó Withenshawe.

—Destilamos la malta dos veces —respondió Tavish—, luego se almacena en la bodega que está bajo nuestros pies.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Kenneth.

—Al menos tres años. Tenemos algunos que llevan en la bodega desde la época de mi padre.

—¡No veo el momento de probarlo! —exclamó Withenshawe.

—Podríamos probarlo ahora mismo, si queréis, pero pensaba invitar al Regente a la cata de ese añejado... si llega a otorgarnos la licencia real

—Es un muchacho astuto este sobrino mío —declaró Maureen con una sonrisa orgullosa.

—Desde luego —afirmó Kenneth.

Las esperanzas de Tavish iban en aumento.

—Una cosa más. Ya sabéis que hemos enviado las duelas a España. Los españoles las convirtieron en barriles y las han utilizado para envejecer jerez allí durante casi tres años.

—El acuerdo era recuperarlas luego —les explicó Gregor—, pero necesitamos dinero para hacerlo.

—¿Cuál es el propósito de envejecer el wiski en esos barriles de jerez? —quiso saber Kenneth.

—Bueno —respondió Tavish—. Solo el tiempo lo confirmará, pero creo que eso hará del Uachdaran el mejor wiski del mundo. Toda esta charla me ha dado un poco de sed. ¡Vayamos a la bodega a ver qué podemos encontrar para saciarla!

No tuvo que decirlo dos veces.

* * *

Cuando Tavish se fue para hacer la visita, Piper se quedó en la cama y estuvo de mal humor

un rato. Comprendía por qué su marido quería que hicieran una visita privada, pero aun así se sintió excluida y abandonada.

Bien despierta, a pesar de haber pasado la mitad de la noche haciendo el amor, se levantó y se quedó mirando las cortinas.

—Hay que cambiarlas —murmuró—. Probablemente estas las haya colocado la madre de Tavish.

Nunca se le había dado bien coser, pero ¿tan difícil podía ser hacer unas cortinas? Cuando pasó la mano por el edredón, se le ocurrió una idea. Si eso lo había hecho Catriona...

Se sobresaltó cuando se oyó un portazo en el piso de abajo seguido de un efusivo «¡Hola!».

¡Era Catriona!

—¡Bajaré enseguida! —gritó saltando de la cama.

Se le puso la carne de gallina en las extremidades desnudas. No podía permitir que Cat la viera luciendo como libertina indecente.

Aquel pensamiento la hizo reír. En efecto, Piper Graham se había convertido en una libertina.

Buscó desesperadamente la ropa desperdigada por las cuatro esquinas de la habitación durante la noche anterior. Se estremeció cuando la seda helada se ciñó a su cuerpo, pero no fue nada comparado con el impacto que le produjo descubrir a la belleza de pelo negro estaba de pie en la puerta con las manos en las caderas como una gitana salvaje.

—Parece que os vendría bien una mano. Con vuestro permiso —dijo Catriona mientras entraba a la habitación.

—Eh...

—Soy Cat —declaró la mujer recogiendo la bata de Piper del suelo y sacudiéndola para quitarle las arrugas.

—Yo soy Pi... Piper —balbuceó ella—. La mujer de Tavish.

—Ya lo suponía —respondió Cat con una sonrisa irónica—. Es un hombre afortunado.

No había ningún indicio de celos o resentimiento en la voz de Cat.

—Agradecería que me ayudaras —le confesó Piper—, soy una inútil vistiéndome sola. —¿Podía sonar más como una noble consentida?—. Quería decir que...

—Sé lo que queríais decir. No os preocupéis, mis hermanas y yo nos ayudábamos a vestirnos hasta que ellas se casaron y se fueron. No es una molestia.

Piper empezó a albergar esperanzas de haber encontrado una amiga.

—El edredón es precioso. Muchas gracias.

—De nada. Ya sabéis cómo son los hombres, no tienen ni idea de las cosas que son importantes para las mujeres. Ninguno de los hermanos hizo la cama, simplemente se marcharon a Londres. ¡Y no me hagáis hablar de su tío el gruñón!

Cat siguió parloteando mientras ayudaba a Piper a prepararse para un día que de pronto se presentaba prometedor.

Negociaciones

Tavish había imaginado que las negociaciones tendrían lugar en el confortable marco del pabellón, pero luego pensó que la bodega situada debajo de la destilería podría ser el sitio más apropiado.

Señaló los barriles más antiguos, pero nadie insistió en abrirlos. Al parecer, los había convencido con unas muestras del Uachdaran de cinco años.

Kenneth preguntó por las botellas que utilizaban.

—Tenemos un soplador de vidrio de Edimburgo que las hace especialmente para nosotros —respondió Tavish.

Más tarde alardearía ante Piper sobre su papel en la adjudicación de aquel contrato, pero estos caballeros no necesitaban conocer esos detalles.

—Entonces... —empezó a decir Withenshawe tras beberse su tercera copa—. Ramsay y yo tenemos la intención de invertir conjuntamente mil libras, además de ofreceros el uso de mis barcos sin coste alguno durante un periodo de cinco años.

Tan solo la suma de dinero superaba las esperanzas más optimistas de Tavish, pero el escocés que había en él intuía que los duques esperaban algo a cambio de tanta generosidad. Sintió la tentación de responder inmediatamente, pero esperó.

—Te damos vía libre para gastar el dinero como mejor te parezca —prosiguió Kenneth—. Sin embargo, esperamos recibir seis peniques por cada pinta destilada.

Tavish hizo cálculos rápidamente: si Craigdarroch le concedía el permiso, pagaría dos chelines de impuestos por cada pinta, si a eso le añadía seis peniques...

Parecía mezquino regatear, pero ¿qué clase de escocés sería si...?

—Tres peniques la pinta —declaró Gregor antes de que Tavish pudiera pronunciarse—. Ni uno más.

El primo de Tavish y su compañero el duque intercambiaron miradas antes de ofrecerles la mano.

—Eres un duro negociador, tío —dijo Kenneth—. Tres peniques por cada pinta.

—Trato hecho —aceptó Tavish estrechando primero la mano de Kenneth y luego la de Withenshawe.

* * *

Cuando Withenshawe invitó a todos a una celebración en su tienda, Maureen resopló. Típico de los hombres... Ellos piensan que cerrando sus tratos comerciales ponen punto final a todos los asuntos.

—Paciencia, cariño —le susurró Jock al oído—. Déjame hablar a mí.

Maureen había aprendido a ser paciente con los nobles arrogantes.

—Os ruego un momento de vuestra atención antes de marcharnos, si os parece bien a vuestras altezas —dijo.

Withenshawe hizo un mohín. Jock lo ignoró.

—Tavish, como el caballero que eres, nunca has mencionado la dote de tu esposa.

Maureen temió que Jock hubiera actuado de forma equivocada al ver que su sobrino se enfadaba.

—No necesito ninguna dote.

—Pero sabes que dispuse que Piper recibiera una pequeña herencia de doscientas libras cuando cumpliera la mayoría de edad o cuando se casara.

—Es mejor que lo hables con mi mujer —replicó Tavish airadamente.

—Por supuesto. Simplemente quiero decirte que no me opondré si ella piensa invertir en la destilería.

Los gestos de mofa de ambos duques eran una señal inequívoca de que creían que no se podía confiar el dinero a las mujeres. Maureen pensaba hablar seriamente con su hijo después de aquello. Por ahora, se contentaba con hacer su jugada.

—Creo que Piper estaría orgullosa de invertir en la empresa de su marido, al igual que yo. El Uachdaran merece doscientas libras, y yo las invierto en honor a mi hermana Moira.

—Y podéis contarme entre vuestros inversores a mí también —declaró Jock—. Doscientas libras por el amor que le has demostrado a mi nieta. Sin ningún compromiso.

* * *

Piper estaba disfrutando de un delicioso tazón de avena preparado por Cat cuando Tavish entró en la casa. Las cosas habían ido bien si su amplia sonrisa y sus mejillas enrojecidas eran un indicio.

—Cat me ha preparado el desayuno —empezó a decir ella, observando que él no parecía sorprendido de verla con su nueva amiga. De hecho, se preguntó si se había fijado en que Cat estaba allí en absoluto.

—¡No te vas a creer el dinero que han comprometido! —exclamó él estrechándola entre sus brazos cuando se levantó de la mesa—. ¡Además de tener a disposición los barcos de Withenshawe durante cinco años! Y luego están los otros inversores que expresaron su interés después de la cata en Londres... Withenshawe cree que se sumarán cuando se reúna con ellos a su regreso.

Cuando Cat lanzó un grito de júbilo, él dirigió su atención hacia la estufa de leña.

—¡Cat! —dijo—. No te había visto.

—¿Han invertido los dos duques? —preguntó Piper, complacida de comprobar que Cat no era una rival.

—Sí, y también mi tía y tu abuelo.

—Entonces yo quiero invertir mi herencia —declaró—. Hablaré con mi abuelo.

—Él ya ha dado su bendición si quieres invertir en el negocio, pero aún no has visto cómo trabajamos.

—Invierto en ti, Tavish.

El deseo brillaba en sus ojos. La atrajo hacia sí y la presionó contra su miembro. Sus senos empezaron a cosquillearle y ella se fundió con él. Era una ocasión trascendental que merecía celebrarse arriba, pero una fuerte tos los devolvió a la realidad.

—¿Cuándo vuelve Payton a casa?— preguntó Cat con la cuchara de madera apretada en la mano.

—Eh... no lo sé —respondió Tavish—. ¡Oh, casi lo olvido! Nos esperan en el pabellón del duque para la cena cuando estemos listos.

* * *

—¡Vaya, Withenshawe! —exclamó Kenneth—. Son las mejores olivas que he probado jamás.

—Son olivas de Kalamata, Importadas de Grecia —fue la respuesta.

—¿Y el queso?

—Es de más cerca de casa, Lancashire.

—¡Delicioso!

Tras pronunciar esta última manifestación de agradecimiento por los aperitivos, Kenneth

cometió el error de mirar hacia la entrada del pabellón justo cuando se metía otra oliva en la boca. Cuando posó los ojos en una gitana de pelo negro que entraba con Tavish y Piper se la tragó entera, con hueso y todo.

Si le quedaba alguna duda sobre la capacidad de su cuerpo para responder ante una mujer hermosa, desapareció como el polvo en el viento cuando su miembro viril saludó en toda su plenitud. Por desgracia, la oliva alojada en la garganta lo había dejado sin aire. Se produjo un bochornoso ataque de tos que acabó solo cuando Withenshawe le dio un golpe en la espalda y escupió la oliva.

Tragó saliva, se secó las lágrimas y volvió a mirar a la compañera de Piper. No sabía qué pensar de la expresión divertida en su rostro. No obstante la experiencia de la asfixia, su entusiasmo masculino no había mermado.

Siguió los pasos de Tavish mientras le presentaba aquella belleza a su madre. Se llamaba Cat. Su rabo respondió con aprobación.

—¿Eres la nieta de Auld Jamie? —preguntó su madre—. ¡Me acuerdo de él! ¿Está aquí?

Por supuesto que era una plebeya... Kenneth nunca se había sentido tan desconsolado en toda su vida.

Desahucio

Withenshawe sugirió que sería apropiado que los trabajadores de la destilería estuvieran presentes cuando se firmaran los papeles del trascendental acuerdo. A Tavish le complacía que fueran testigos de los acontecimientos que tendrían un efecto significativo en sus propias vidas. Si el Regente daba su bendición gracias al respaldo de estos inversores, todo el valle se beneficiaría de la expansión de la destilería.

Las sabias reflexiones y las perogrulladas de los discursos de ambos duques ingleses fueron recibidas con educados aplausos. La noticia de que Jock Graham había invertido fue recibida con una entusiasta ovación, acompañada, por supuesto, de comentarios de los lugareños acerca de que no importaba lo más mínimo que él fuera de las Lowlands.

Sin embargo, el anuncio de que la duquesa viuda Maureen Hawkins había invertido en memoria de su hermana produjo la ovación más estruendosa de todas. A Tavish no le sorprendió que los aplausos hicieran brotar lágrimas de los ojos de su tía, pero los trabajadores nunca habían mostrado demasiado aprecio por su malhumorada madre. Intuyó que su afecto era para la propia Maureen.

Se quedó perplejo por la ausencia de Auld Jamie y Cat. No era propio de ellos perderse una ocasión tan importante. Se lo comentó a Piper, que compartía su preocupación.

El silencio se apoderó de la ruidosa multitud cuando una jadeante Cat irrumpió en el pabellón con el rostro bañado en lágrimas.

Tavish fue corriendo a su lado, pero Kenneth llegó primero.

—¿Qué sucede, muchacha? —preguntó Ramsay cogiendo a la angustiada muchacha por el brazo.

—¡Alguaciles! —gritó ella—. ¡Vienen a desahuciarnos al abuelo y a mí!

—¿Con qué autoridad? —preguntó Tavish, aunque tenía sus sospechas.

—Robert Dunsmuir, el maldito conde de Craigdarroch —sollozó contra el hombro de Kenneth—. Están haciendo rondas por todas las cabañas del valle.

Su aviso provocó un éxodo de los trabajadores que corrieron a reunirse con sus familias.

—¿Dónde está tu abuelo? preguntó Tavish.

—Ha ido a defender su caso a Craigdarroch, aunque dice que no servirá de nada. Se ha llevado su pistola.

—De acuerdo —dijo Kenneth—. Withenshawe, decidle a vuestro mozo que prepare el carruaje. Sin trabajadores no podemos hacer funcionar esta destilería. A Su Alteza no le hará ninguna gracia.

—Os acompañaré para indicaros el camino —añadió Tavish abrazando con fuerza a Piper en un esfuerzo por tranquilizarla. Si Craigdarroch pretendía desocupar el valle, no dudaría en expulsar a la familia King. Piper le había confiado su vida, y no podía permitir que su arrendador destruyera lo que generaciones de su familia habían construido. Quizás debería buscar la pistola de su padre él también.

—¿Por qué no te llevas una o dos botellas de Uachdaran? —le sugirió Piper.

Su pregunta apaciguó su agitación.

—Muchacha lista —respondió.

* * *

Kenneth odiaba dejar a Cat, pero su madre cuidaría de ella. Nunca había sentido tanta indignación ni una necesidad tan feroz de proteger a una mujer. Pero era simplemente porque

ella era una doncella en apuros, y él... bueno... ¡él era su caballero de brillante armadura!

Pensar en cómo se vería con una de las armaduras de la galería de la Casa Ramsay le hizo soltar una risita.

—¡Esto no es cosa de risa! —exclamó Withenshawe—. Estamos viajando a toda velocidad en un carruaje para enfrentarnos a un noble al que ninguno de los dos conoce.

—Mi madre lo recuerda de cuando era un joven vizconde —replicó Kenneth—. Lo describe como un tirano engreído.

—Sí —añadió Tavish—. Tiene fama de ser un tipo difícil. Esperemos que esta caja de wiski lo ablande.

—Bueno, funcionó con el Príncipe —dijo Withenshawe.

Kenneth se recostó en su asiento e intentó aplacar su agitación. Él nunca sería tan insensible como para desalojar de sus tierras a sus inquilinos de toda la vida. Su ira fue remitiendo a medida que avanzaban los kilómetros, pero su masculinidad se negaba a soltar el recuerdo del cuerpo de Cat aferrado al suyo mientras lloraba.

Su razón le decía que esa atracción era imprudente, pero sus entrañas no le hacían ningún caso.

Sus emociones estaban a flor de piel cuando, una hora más tarde, el carruaje se detuvo estrepitosamente en el patio empedrado del castillo de Craigdarroch.

* * *

Tavish bullía de ira. Estaba en las Highlands, en el sitio en el que había vivido y trabajado toda su vida. Durante generaciones, su familia había pagado rentas a los terratenientes. Sin embargo, sus opiniones y el bienestar de su familia y sus trabajadores no valdrían nada si Craigdarroch decidía ser obstinado. Era la posición social de dos ingleses nobles lo que podía convencerlo, e, irónicamente, sus conexiones con un príncipe hannoveriano.

Pero contaba con un arma secreta: su amado Uachdaran. Quiso llevar la caja al castillo, pero Withenshawe se lo desaconsejó.

En cuanto Withenshawe se presentó con Kenneth al guarda, levaron el rastrillo.

—Qué medieval... —murmuró Kenneth mientras los conducían por interminables pasillos estrechos hasta llegar a un salón donde les indicaron que esperasen.

Kenneth había estado malhumorado durante todo el viaje, pero tenía razón acerca del entorno que los rodeaba. Escudos, picas y espadas adornaban las paredes revestidas de madera. Una enorme araña de hierro negro colgaba del techo. El disgusto de Kenneth empeoró cuando vio una armadura de pie en un rincón. Tavish nunca había visto a su afable primo de tan mal talante. Se avecinaba un enfrentamiento que, por lo que había oído de Craigdarroch, no presagiaba nada bueno.

Se sorprendió cuando entró un hombre de mediana edad. Sus ropas denotaban riqueza y desprendía un aura de superioridad. Tras dirigir una mirada burlona al kilt de Tavish, se dirigió a los dos duques.

—Vizconde de Dalwhinnie —dijo nasalmente.

Tavish hubiera apostado a que se había educado en una escuela inglesa, probablemente en Harrow, Eton rechazaría a un escocés.

No hubo apretón de manos ni mención de los títulos de los visitantes. Kenneth se indignó visiblemente y parecía dispuesto a soltar un torrente de vituperios, pero, afortunadamente, Withenshawe habló primero.

—William Halstead, duque de Withenshawe —anunció tendiendo la mano—. Permitidme presentaros a Kenneth Hawkins, duque de Ramsay, y a su primo Tavish King.

Dalwhinnie no tuvo más remedio que estrechar la mano de los tres visitantes y fue lo bastante políticamente instruido como para murmurar «Alteza» a Halstead y a Kenneth. A Tavish se limitó a llamarlo «King».

—Hemos venido a ver al conde —le explicó Withenshawe con serenidad—. Tenemos una propuesta de negocios.

—Me temo que mi padre está postrado en cama. Yo me ocupo de sus asuntos.

Withenshawe arqueó una ceja, pero se tomó la noticia con calma.

—¿Podemos sentarnos y discutir el asunto con vos?

—¿De qué se trata? —preguntó Dalwhinnie, indicándoles despreocupadamente que se acercaran a un sofá. Era suficientemente amplio como para dos personas, así que Tavish prefirió permanecer de pie.

—La destilería de Glengeárr.

—He oído que había una destilería allí. De hecho, mi padre tiene cierta afición por el wiski que producen.

Las esperanzas de Tavish aumentaron.

—Sin embargo, cuando digo *cierta afición*, quiero decir que ha bebido hasta caer enfermo. Por eso yo jamás bebo ni una gota. En cualquier caso, pensamos despejar todo el valle para criar ovejas. Hoy en día se obtienen buenos beneficios con la lana, pero los ingleses seguramente ya lo sabéis.

Dalwhinnie

A Kenneth le pareció insultante y cruel la actitud de Dalwhinnie. No solo por Tavish, sino por todos los escoceses que estaban a merced de terratenientes insensibles que consideraban más importantes a las ovejas que a las personas. La sangre escocesa le hervía en las venas, y fue por su madre que decidió enfrentar a aquella pobre excusa de noble.

—Sí —respondió, dejando claro que tenía un interés personal en este asunto, no solo un compromiso financiero—. Obtenemos un beneficio justo con nuestra lana y las ovejas son relativamente fáciles de manejar. Los pastores se contentan con salarios bajos, aunque estamos obligados a proveerles alojamiento, como es de esperar.

—Por supuesto... —respondió Dalwhinnie.

La vacilación en su voz daba a entender que no se había parado a pensar en aquel molesto detalle.

—Luego está el gasto mayor, que es enviar la lana al extranjero. Es difícil con Napoleón de por medio. Withenshawe posee una flota de barcos, así que puede decíroslo.

—En efecto —convino Withenshawe.

Dalwhinnie seguía de pie, pero cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Tenía la impresión de que erais un duque inglés, Ramsay, pero detecto una pizca de acento.

—Sí, inglés, como decís. Educado en Eton y Oxford. Pero mi madre es natural de Glengeárr, por lo que tengo un interés personal en el bienestar de sus gentes.

—Por eso el señor King es vuestro primo.

Satisfecho de haber puesto a Dalwhinnie en su sitio y de haber sembrado la duda sobre la cría de ovejas, Kenneth ignoró la mueca de sonrisa que asomaba en la comisura de los labios de Withenshawe y prosiguió.

—Si concedierais permiso a la destilería de los King, me atrevería a afirmar que el impuesto de dos chelines por pinta de wiski destilado compensaría con creces cualquier beneficio procedente de las ovejas, y no supondría ningún esfuerzo por vuestra parte. Todo beneficio.

Los ojos de Dalwhinnie se abrieron de par en par.

—¿Y de cuántas pintas de wiski estamos hablando?

—Por el momento, Tavish produce principalmente para el valle y otras regiones de Escocia, pero ya ha conseguido varios inversores acaudalados, entre los que me incluyo. ¿Podéis dar crédito a los planes de mi brillante primo de envejecer su wiski en barriles de jerez importados de España? Imaginad lo que eso hará para realzar el sabor. —El vizconde se relamió—. Y una vez que el Regente conceda la licencia real...

A Dalwhinnie se le fue el color de la cara.

—¿Una licencia real?

—Sí. Como vuestro padre, nuestro buen amigo el Príncipe reconoce un excelente wiski cuando lo prueba. No le hará ninguna gracia quedarse sin suministro.

—En efecto —reafirmó Withenshawe.

—Entonces... habéis mencionado un permiso.

—Sí —respondió Tavish—. Conceded el permiso y yo estaré obligado a pagaros dos chelines de impuesto por cada pinta.

—Consideradlo concedido. Tendréis los papeles en una semana.

—Otra cuestión no menor —intervino Kenneth—. Los King no pueden operar la destilería

sin trabajadores. Si desalojáis a su mano de obra...

—Sí, sí —respondió Dalwhinnie—. Todo cancelado. ¿Por casualidad, aún hay alguna oportunidad de invertir?

* * *

Tavish apenas podía contener su júbilo. La posibilidad de que Craigdarroch invirtiera en su destilería era algo inimaginable, sobre todo si, como él mismo afirmaba, Dalwhinnie no era un bebedor de wiski.

Pero Tavish había visto cómo se relamía ante su mención.

¡Abstemio, mis narices!

—No quiero ofenderos, milord, pero me sentiría honrado si aceptarais una o dos botellas de Uachdaran. Quizás para que vuestro padre se deleite con una gotita de vez en cuando. Puedo traerlo del carruaje mientras habláis de inversiones con mi primo. Él tiene mejor cabeza para los negocios, yo solo soy un simple highlander.

—Gran idea —respondió Dalwhinnie.

Tavish rio entre dientes mientras regresaba al patio, esperando no perderse en el laberinto de pasillos.

Había llevado seis botellas, pero no tenía intención de dejárselas todas a Dalwhinnie. Necesitarían el resto para una pequeña celebración a su regreso.

* * *

Cat y Piper se hicieron compañía mientras los hombres estaban fuera. Gregor había llevado a su hermana y a Jock para estudiar las posibilidades de ampliar la finca familiar. Nadie mencionó que aquello sería inútil si el terreno quedaba despojado de viviendas.

Piper no sabía muy bien qué decirle a una mujer amenazada de ser desahuciada de su hogar y cuyo abuelo se había ido con un arma letal. No podía librarse del nudo de espanto que sentía en el estómago. Si el conde quería desalojar todo el valle, podría expulsar a los King de la destilería. Su abuelo los acogería, pero Tavish quedaría destrozado. El Uachdaran era su vida y su futuro.

A falta de un tema de conversación mejor, le comentó su intención de cambiar las cortinas de la casa y siguieron hablando de cómo Cat había confeccionado el edredón. Quería que Tavish y Piper se lo quedaran como regalo de bodas, así que pasaron unos minutos discutiendo amigablemente sobre ello.

Piper ya no aguantaba más cuando por fin oyeron regresar el carruaje. Esperando tener buenas noticias, Cat y ella se cogieron de la mano para salir de la casa.

Tavish, Kenneth, Withenshawe y Auld Jamie salieron dando tumbos del vehículo y agarrándose unos a otros, con claras dificultades para mantenerse erguidos.

—Son como tres sábanas al viento —comentó Cat—. ¿Y qué hace el abuelo en el carruaje?

Piper no sabía lo que podía esperarse, pero un marido borracho no era lo que imaginaba. O bien todo estaba perdido o...

—¡Catriona! —bramó Auld Jamie agitando la pistola—. ¡No te preocupes, no maté a Craigdarroch!

Piper estuvo a punto de desmayarse cuando su abuelo apareció en escena y le arrebató el arma a Auld Jamie.

—¡Cuidado! ¡Podrías herir a alguien con eso!

Los otros tres tontos borrachos pensaron que aquel drama era tremendamente divertido hasta que vieron a la tía de Tavish, que llegó sin aliento y los miró fijamente con las manos sobre las caderas.

—¿Qué significa esto? —preguntó sonando como una duquesa.

—Nos encontramos con Auld Jamie en el camino de regreso —explicó Kenneth—. Así que no hacía falta que le disparara a Craigdarroch.

—Que, por cierto, está muy mal —añadió Tavish con una sonrisa tonta en el rostro—. Muy enfermo, quiero decir.

La viuda cruzó los brazos sobre el pecho y dio unos golpecitos en el suelo con el pie.

—Kenneth, ¿habéis conseguido el permiso o no?

Su hijo se puso serio.

—Sí, y Dalwhinnie quería invertir en la destilería también, así que le propusimos que la renta sea gratuita como contrapartida.

Al parecer, su seriedad fue demasiado para sus compañeros, que rompieron a reír a carcajadas.

—Y además —anunció Auld Jamie—, se cancelan todos los desahucios. A Su Alteza se le ha olvidado la idea de las ovejas.

Piper no tenía ni idea de quién era Dalwhinnie, pero Cat y ella se abrazaron y rieron hasta llorar de alivio.

Insomnio

Withenshawe organizó una espléndida cena de celebración en el pabellón tras el regreso triunfal de Craigdarroch. Los ebrios triunfadores fueron abandonando su arrogancia a medida que se les iba pasando la borrachera. Cat acabó despertando a su adormecido abuelo y lo llevó a casa. Gregor acompañó a Piper y Maureen.

Jock estaba eufórico y aliviado porque el futuro de su nieta estaba asegurado, pero sus pensamientos divagaban en algo muy diferente mientras los hombres relataban una y otra vez la historia con Dalwhinnie.

No podía negar sus crecientes sentimientos hacia Maureen Hawkins. La idea de volver a Galloway sin ella no le gustaba nada. Ella ya le había manifestado su intención de quedarse en las Highlands por el momento. Había llorado durante la visita a su antigua casa aquel mismo día y se alegró cuando ella acudió a él en busca de consuelo y no a su hermano. Estaba claro que la Casa Lockie guardaba todo tipo de recuerdos, buenos y malos. Era una vivienda sólida y espaciosa, y estaba de acuerdo con los dos hermanos en que no costaría mucho volver a hacerla habitable.

¿Era una locura imaginarse viviendo allí con ella?

Seguramente Gregor le arrancaría las tripas si se lo propusiera.

* * *

Maureen coincidió con quienes opinaban que Gregor roncaba como un oso. Podía oírlo desde la habitación contigua. Sin embargo, no era eso lo que la mantenía despierta.

Había sido un día agotador, lleno de altibajos. La casa donde había crecido estaba en mejor estado de lo que esperaba, aunque la amenaza de desalojo pesó sobre ellos durante toda la visita de inspección. Ahora que ese problema se había resuelto, podía plantearse seriamente reabrir la casa y vivir allí el resto de su vida.

La Casa Dower de Londres era un sitio solitario. Echaría de menos a Kenneth, pero era un hombre capaz que llevaba una vida ocupada. Con el tiempo, se casaría y tendría hijos. Daisy también construiría su propia vida, puede que incluso aceptara venir al norte con ella.

En Glengeárr, Maureen tendría a Gregor como compañía y podría echar una mano a sus sobrinos a medida que el negocio se expandiera. Ella había invertido dinero, así que difícilmente podrían negarse.

Si tuviera el valor de pedirle a Jock que se quedara en las Highlands con ella...

Gregor ardería en llamas si se lo sugiriera.

* * *

Kenneth no podía dormir. Probablemente fuesen las secuelas de haber ingerido demasiado wiski, aunque la decisión de su madre de quedarse en las Highlands le daba vueltas en la mente. No le sorprendía, aquel sitio tenía una forma de atrapar a las personas. Si no fuera por sus responsabilidades con el ducado, se plantearía quedarse él también.

Así Cat y él podrían...

—¡Maldición! —gruñó, molesto consigo mismo por siquiera pensar que la nieta de Jamie y él podían tener un futuro.

Cuanto antes regresara a Londres, antes podría reanudar su vida y olvidarse por completo de la muchacha escocesa de cabello negro.

* * *

Gregor se incorporó bruscamente en la cama, sobresaltado por sus propios ronquidos.

Después de los acontecimientos del día, le sorprendía haberse quedado dormido. Estaba encantado de que su hermana quisiera reabrir la casa de la familia y vivir allí con él. Agradecía que sus sobrinos le ofrecieran un techo, pero Tavish ya estaba casado. Piper y él no necesitaban a un viejo cascarrabias en la casa. Hermano y hermana podían pasar juntos sus últimos años de vida pasándoselo en grande. Se esforzaría por expiar el trato cruel que le había dado treinta años atrás.

Pero, por mucho que quisiera evadir el tema, tenía que tener en cuenta a Jock Graham. Maureen no podía ocultar lo que sentía por aquel hombre y era evidente que él estaba prendado de ella.

Para ser de las Lowlands, Graham no era un mal tipo.

Lo más probable era que la relación no llegase a nada. Ninguno de los dos se atrevería a proponer que Jock se quedara en las Highlands y viviera con ellos. Extrañamente, esa perspectiva no le alegraba.

* * *

Piper estaba despierta, su mente era un caótico revoltijo de pensamientos.

Al principio del día, parecía que su vida iba a hundirse. Ahora, el futuro se presentaba brillante.

Comprendió por qué Tavish había querido quedarse en el pabellón. Se había disculpado con ella por haber bebido más de la cuenta. No estaba disgustada por eso, él y sus inversores se merecían celebrar su victoria. El wiski era la vida de Tavish, pero no era un hombre inclinado a beber en exceso.

Sin embargo, lo echaba de menos en su cama. Nunca había compartido la cama con nadie antes y ahora le resultaba imposible dormir sola.

Reflexionó sobre la decisión de Maureen Hawkins de reabrir la casa familiar y quedarse en las Highlands. Kenneth había intentado disimular su primera reacción ante la noticia, pero era evidente, por su ceño fruncido, que abrigaba dudas.

Su nerviosismo cuando estaba cerca de Cat era aún más curioso. Durante su breve noviazgo con ella, nunca había mostrado la más mínima tendencia a balbucear y tartamudear como lo hacía ahora.

Sin embargo, fue la mandíbula apretada de su abuelo lo que le causó más perplejidad. Maureen Hawkins y él no ocultaban la atracción que sentían el uno por el otro. ¿Querría él quedarse en las Highlands con ella?

Personalmente, estaría feliz de tenerlo cerca, ya que sus padres prácticamente la habían abandonado. Pero Gregor nunca lo permitiría.

Temía estar dando vueltas en la cama toda la noche, pero se tranquilizó cuando oyó los pasos de Tavish en la escalera y el chasquido de la puerta de la habitación mientras intentaba entrar sin hacer ruido.

Fingió dormir mientras él se desnudaba, pero se acurrucó contra su cálido cuerpo en cuanto se metió en la cama.

—Creía que estabas dormida —susurró él atrayéndola hacia sus brazos.

Ella extendió la pierna sobre sus muslos y buscó provocarlo.

—No puedo dormir sin mi bravo highlander.

—Muchacha traviesa —gruñó él mientras su virilidad florecía en sus manos.

No era la primera vez que la llamaba «traviesa» y ella no se cansaba de oírlo.

Parejas

La semana siguiente hubo una intensa actividad en el valle. El permiso prometido por Dalwhinnie fue entregado en mano por el propio vizconde. Le ofrecieron una visita a la destilería y un anticipo del impuesto de los dos chelines como muestra de buena voluntad.

Gregor pensó para sus adentros que aquel era un gesto innecesario, pero fue idea de Withenshawe, de modo que se guardó su opinión. Él pasaba la mayor parte del día supervisando a los trabajadores que Tavish le asignaba para ayudarlo a abrir la Casa Lockie.

Maureen se entregó de lleno a la tarea. Para él era una alegría verla tan entusiasmada y no podía evitar pensar en lo diferente que habría sido su vida si no la hubiera juzgado con tanta dureza. Había destrozado los lazos que unen a los hermanos, por muy lejos que estos vivan el uno del otro.

El problema era que lo estaba haciendo de nuevo. Apenas agradecía los grandes esfuerzos de Jock por su colaboración en las reformas. Era evidente que el hombre andaba con pies de plomo cuando estaba con Gregor. Maureen pasaba de ser un torbellino de aptitudes a una tonta balbuceante cuando los tres estaban en la misma habitación. Temían su reprobación.

Jock había manifestado su intención de regresar a las Lowlands la siguiente semana. Si eso ocurría, Maureen nunca sería completamente feliz. O hasta podría marcharse con él, algo en lo que Gregor no quería siquiera pensar.

Un día, cuando Maureen se había ido para discutir con Piper sobre las cortinas, se decidió y acorraló a Jock en la cocina.

—¿Te importaría quedarte aquí un poco más?

Jock apartó su atención de las viejas cenizas del hogar que estaba removiendo.

—¿En Glengeárr, quieres decir?

—Sí. Aquí mismo. Esta casa es lo bastante grande...

Jock empuñó el atizador.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —respondió Gregor mirando el atizador—. Tú y Maureen...

Jock tensó la mandíbula.

—Si estás insinuando que me plantee vivir aquí contigo y con tu hermana, será mejor que entiendas que antes querría casarme con ella.

El matrimonio no había formado parte de los planes de Gregor, pero ¿por qué no? Nunca había tenido un hermano.

—¿Se lo has pedido?

—No, pero lo haré ahora —respondió con una sonrisa.

Preocupado por haber cometido un grave error, Gregor intentó sonreír.

Entonces Jock le dio un abrazo de oso y una palmada en la espalda.

—Sé que esto es difícil para ti, pero te lo agradezco.

A Gregor se le hizo un nudo en la garganta. Tener un cuñado podía acabar siendo algo bueno. Había desterrado a Freddie Hawkins de su vida, pero el destino le había dado otra oportunidad de hacer feliz a su hermana.

* * *

No hacía mucho, Kenneth había asistido a la ceremonia de su primo y Piper. Aunque antes su plan era cortejarla, cuando ella y Tavish se comprometieron, supo enseguida que todo era tal como debía ser.

Lo mismo sentía ahora en el espléndido pabellón de Withenshawe mientras escuchaba hablar a Gregor. Su tío repitió las antiguas palabras de la ceremonia de unión de manos que había celebrado en Londres, esta vez para unir a su madre y a Jock Graham.

Ciertamente, habría preferido que ella regresara a Londres con él, pero eso era por razones puramente egoístas. Él podía navegar las a menudo traicioneras aguas de la sociedad londinense con destreza, pero ella pertenecía a las Highlands, con Jock.

Su agitación no tenía nada que ver con aquella ceremonia, sino con su propio e insistente deseo de quedarse en Escocia y cortejar a Cat.

Pero ninguna de las dos cosas eran posibles. El ducado de Ramsay necesitaba su guía y los duques ingleses no se casaban con plebeyas escocesas, por mucho que soñaran con una casa llena de retoños de cabello negro.

No. Volvería a su vida y a sus responsabilidades en Londres. Aunque una cosa tenía clara: se aseguraría de que los hijos que engendrara en el futuro estuvieran orgullosos de sus raíces escocesas.

* * *

Piper apretó la mano de su marido durante toda la ceremonia. Tuvo que admitir que en Londres había estado distraída cuando Gregor pronunciaba las palabras que la unieron a Tavish. Ahora comprendía y apreciaba en toda su dimensión el profundo significado que tenían.

¡Y era su querido abuelo quien se casaba! Había enviudado hacía tanto tiempo que ella ya no recordaba a su abuela. Él se merecía una buena mujer como Maureen Hawkins. Y lo que era aún mejor: ¡iban a vivir a unos pasos de ella!

Tavish se llevó una mano a la boca y susurró:

—Ya sabes lo que esto significa, esposa.

Desconcertada por sus palabras pero no por el brillo de sus ojos, respondió:

—Tendremos la casa para nosotros solos hasta que Payton y Niven regresen.

—Exacto. Podrás gritar todo lo que quieras cuando hagamos el amor.

Su risita provocó una mirada fulminante de Gregor.

—Lo siento —se disculpó Piper dándole un codazo en las costillas a su esposo.

* * *

—Me pregunto dónde se habrá metido Piper —dijo Jock.

—Tavish se la llevó para hacer la tan prometida visita privada a la destilería poco antes de que empezara el baile —contestó Maureen.

—Supongo que no hay muchas parejas cuyo desayuno de bodas sea servido por un duque en su lujoso pabellón —bromeó Jock tras un largo silencio.

Maureen notó el tono melancólico en su voz y le tomó la mano por debajo de la mesa.

—Estás tan nervioso como yo.

—Sí. Es ridículo para un hombre de mi edad.

—Es porque los dos hemos estado casados antes.

—Sé que tuviste un buen matrimonio con Freddie. Supongo que...

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Esto es diferente, Jock. En cierto modo, es más reconfortante y menos abrumador.

Él estrechó su mano y sus miradas se encontraron.

—No hemos hablado del tema desde el barco —dijo él—, pero espero que entiendas que pretendo convertirte en mi esposa en todos los sentidos.

Una oleada de calor la invadió y entrelazó sus dedos con los de él.

—Cuento con ello.

* * *

Tavish se tomó su tiempo para mostrarle la destilería a Piper.

—Quiero que sientas las cosas que yo siento —le dijo—. Que huelas los aromas que inhalo cada día, que sientas el frío de la bodega, que pases las manos por la madera áspera de los barriles.

Esta visita le llevó más tiempo que la de los inversores. En cada etapa del proceso, se detenía para besar y acariciar a su mujer.

Ella tampoco parecía tener ninguna prisa por volver al desayuno nupcial, por lo que él procuró que los besos se prolongaran.

Aunque disfrutaba del contacto íntimo, lo que más placer le producía era el genuino interés y la admiración que ella mostraba por cuánto él había contribuido en todo el proceso. Le hacía preguntas inteligentes y quedó completamente cautivada cuando llegaron a las calderas de cobre.

—¡Preciosas! —exclamó, pasando una mano por el brillante metal—. Pones tanto esfuerzo en tu wiski, que no me extraña que sea tan bueno.

Otros ya habían alabado la calidad de su wiski, pero las palabras de elogio de aquella mujer significaban más para él que todas las alabanzas anteriores juntas.

Regreso a casa

Durante el viaje de regreso, Kenneth contó con un camarote para él. Era pequeño, pero se alegró de poder estar a solas, no estaba de humor para charlas. Incluso rechazó los servicios del ayuda de cámara que le ofreció Withenshawe. A medida que pasaban los días, cada vez salía menos de la litera. Soñaba todas las noches con el beso que Cat le había dado en la mejilla el día que se marchó, y se despertaba con los resultados previsibles en la ropa de cama.

—Nunca os olvidaré, Alteza —le había susurrado el día que se separaron.

—Ni yo a ti —había respondido él, asombrado por el anhelo que había en sus ojos verdes —. Y me llamo Kenneth.

Echando la vista atrás, se dio cuenta de que no era de extrañar que hubiera perdido a Piper. ¡Qué presuntuoso fue concediéndole magnánimamente el permiso para dirigirse a él como *Ramsay*!

Desde los tres años había sido consciente de que sería el heredero de un ducado, lo habían preparado para ello. Aunque lloró la muerte de su padre, sintió que por fin estaba a punto de cumplir su destino. Resultó que se le daba bien ser duque, disfrutaba desempeñando ese papel.

Ahora no podía invocar ni una pizca de entusiasmo por la tarea.

No estaba seguro de cómo se tomaría Daisy la noticia del matrimonio de su madre y su decisión de quedarse en Escocia.

Fiel a su naturaleza diligente, Withenshawe había preparado un carruaje en los muelles de Londres que trasladó a Kenneth hasta la Casa Ramsay. Su compañero se comprometió a solicitar una audiencia con el Regente lo antes posible.

Harrison abrió la puerta principal en cuanto Kenneth bajó del carruaje.

—¡Bienvenido a casa, Alteza! —lo saludó con auténtica calidez—. Informaré a la señorita Daisy de vuestra llegada.

—No es necesario —dijo Daisy que venía del salón—. Me alegro de verte sano y salvo.

Lo saludó dándole un abrazo poco sentido. Debería haber previsto una acogida fría, Daisy nunca había sido una persona afectuosa. El mayordomo parecía más contento de verlo que ella.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó.

Había esperado tener un poco más de tiempo para pensar en cómo iba a explicárselo, pero...

—Decidió quedarse en Escocia una temporada.

Su consternada hermana dio un paso atrás.

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso? ¿La presionó el tío Gregor?

—No. En realidad, se casó con Jock Graham, y ellos...

Daisy se desmayó a sus pies.

* * *

Se despertó sobresaltada y vio que estaba en su habitación. La señora Harrison estaba junto a ella con un frasco de sales aromáticas y su hermano merodeaba ansioso en las sombras.

No había sido un sueño.

Se incorporó y miró a Kenneth fijamente.

—¿Cómo has podido permitir que ocurriera esto?

Él se sentó en el borde de la cama.

—¿Permitirlo? ¿No crees que nuestra madre decida por sí misma? Está enamorada, y yo me alegro por ella.

A Daisy se le hizo un nudo en la garganta.

— Pero ¿cómo puede saber una persona si está enamorada?

Su hermano empalideció y apartó la mirada. Ella nunca lo había visto tan desolado.

La miró a los ojos.

—Oh, créeme, Daisy, cuando estés enamorada lo sabrás.

Algo en él había cambiado.

— ¿Has conocido a alguien?

—Sí, pero no estaba destinado a ser.

—¿Porque es escocesa?

Se levantó bruscamente.

—¡Cielos, no! Me casaría con la mujer indicada aunque ella fuera escocesa o... o...

Había tocado una fibra sensible.

Nunca se habían hecho confidencias el uno al otro, por lo que este era un territorio nuevo. ¿Se atrevería ella a decírselo?

—Yo creí que estaba enamorada de un escocés.

—¿Payton King? —preguntó él.

—¿Era tan obvio? Ahora solo se habla de Payton y Jasmine. Por lo visto, son uña y carne.

—Los hermanos King siguen alojados aquí, supongo —dijo Kenneth. Parecía incómodo por compartir asuntos personales—. Tengo que contarles las buenas noticias sobre la destilería.

A Daisy ya no le importaban los King ni su destilería.

—Veo a Niven de vez en cuando, pero Payton está demasiado ocupado con su amada.

* * *

Dos días más tarde, flanqueado por Payton y Niven y sintiéndose más seguro de sí mismo que en su primer encuentro, Kenneth llegó a la audiencia con Su Majestad. Parecía improbable, pero juraría que el príncipe había engordado aún más desde entonces.

Sin embargo, a juzgar por la sonrisa del rechoncho rostro real, Withenshawe ya había informado a Su Alteza de los acontecimientos ocurridos en Escocia.

Hizo una reverencia.

—Os recuerdo a Payton y Niven King, los hermanos menores de Tavish.

Ambos se inclinaron para saludarlo.

—Bienvenidos —dijo el Regente—. Tengo pensado visitar vuestro país en el futuro. Los sastres reales ya están confeccionando los atuendos apropiados para las Highlands.

Kenneth ahuyentó de su imaginación la figura del voluminoso príncipe enfundado en un kilt.

—Entonces, Ramsay, he decidido conceder la licencia real. Con lo difícil que es conseguir brandi por culpa de Napoleón, es justo y apropiado que apoyemos los esfuerzos de nuestros leales súbditos.

Los hermanos King se indignaron. Obviamente no se consideraban súbditos leales al trono hannoveriano, pero no sería buena idea entrar en una discusión sobre jacobitas.

—En efecto, Alteza —intervino Kenneth para interrumpir lo que fuera que Payton estaba a punto de decir cuando abrió la boca.

El príncipe sorprendió a Kenneth cuando formuló su siguiente pregunta.

—¿Qué ha ocurrido con los barriles que pensáis traer desde España?

—En nuestra ausencia, los hermanos King y mis hombres han estado en contacto con los españoles —le explicó Withenshawe—. Parece que el asedio de Napoleón a Cádiz está dificultando las cosas. Es el puerto más cercano a la región productora de jerez.

Para Kenneth, todo aquello era nuevo, aunque quizás hubiera debido saber que las

incursiones francesas en España complicarían las cosas y tampoco estaba demasiado familiarizado con la geografía española.

—Puede que tengamos que enviar a alguien para recuperar los barriles —dijo Withenshawe —. He dispuesto uno de mis barcos y Payton se ha ofrecido voluntario para ir, si es necesario.

Kenneth parpadeó. El hermano de Tavish no le había dicho nada de aquello. Temió tener que contarle a Daisy que Payton podría embarcarse rumbo a una España devastada por la guerra.

—En otro orden de cosas —entonó el Regente—, me opongo a la idea de cambiar el nombre de nuestro wiski. Solo puede haber un Soberano y, por tanto, prefiero que no se cambie el nombre gaélico de *Uachdaran*.

Cretino pomposo, es lo que Kenneth hubiera querido decir, pero sonrió e hizo una reverencia antes de abandonar el auditorio.

—¡Cretino pomposo! —gruñó Payton cuando estuvieron fuera—. Pero Tavish se alegrará de que el nombre siga siendo el mismo, no habrá que cambiar las botellas.

—Yo también me alegro —replicó Kenneth, aunque sus razones eran diferentes—. El nombre es el apropiado para un producto de las Highlands.

Nuevos comienzos

No era inusual que Niven se sintiera como un bicho raro. Payton no lo había invitado a participar en las conversaciones con la gente de Withenshawe sobre los barriles. Su ofrecimiento de ir a España había surgido de la nada, sin consultarlo con su hermano menor. Al menos Tavish hacía el esfuerzo de pedir su opinión, aunque luego lo desautorizara.

Si Payton se embarcaba hacia España, Niven bien podría regresar a Escocia. Sin embargo, por lo que su primo Kenneth les había contado, parecía que las cosas estaban bastante bien por allí sin él, y no le entusiasmaba la idea de compartir casa con Tavish y su esposa.

Aún quedaban pendientes algunos detalles importantes relacionados con la expansión del Uachdaran en Londres. El envío podía ser supervisado por los capaces gestores del duque, pero también estaba la cuestión del almacenamiento y las ventas. Estaba muy bien traer el wiski a Londres, pero tenerlo juntando polvo en un depósito no serviría de nada.

Afrontar aquellos retos era una empresa desalentadora para el hermano menor de la familia, al que nunca se le había confiado ninguna decisión importante, pero confiaba en que Kenneth y su hombre, Mainwaring, lo ayudarían.

La visita a Escocia había cambiado a Kenneth. No parecía disgustarle lo más mínimo que su madre se casara de nuevo y se quedara allí; estaba claro que le había impresionado mucho la destilería y hablaba con cariño de la gente que había conocido. Niven no sabía lo que era un príncipe beduino, pero, al parecer, Kenneth se había sentido como uno durmiendo en algo que a él le sonaba a una enorme tienda de campaña.

También hablaba mucho de Catriona. Tal vez fuera simplemente porque Piper había encontrado una amiga en ella.

Puede que la charla del Regente sobre los kilts hubiera animado a Kenneth a encargar su propio traje escocés. Era evidente que el presuntuoso príncipe estaba encantado con la idea de ir a Escocia. ¿Podía él abrigar la idea de acompañarlo? Aunque huelga decir que un hannoveriano haría bien en evitar las Highlands.

Niven había oído decir que la gente que visitaba Escocia solía regresar a casa con un vestigio de acento escocés. Sin duda, ese era el caso de Kenneth.

Su primera impresión de su primo inglés había sido la de un aristócrata engreído, ahora creía que podrían llegar a ser amigos.

* * *

Piper retrocedió para admirar las nuevas cortinas que ella y Cat —bueno, principalmente Cat— habían confeccionado para la ventana del dormitorio.

—¡Fantástico! Ya todas las ventanas de la casa tienen cortinas nuevas.

—Sí —respondió Cat—.Y solo hemos tardado tres meses en llevar a cabo la tarea.

—Cierto —convino Piper de buen humor—, pero ha merecido la pena esperar la llegada de los materiales. No estaba segura de que mi madre enviara lo que le pedí, pero mi padre dice en su carta que cada día se encuentra mejor.

—Me alegro por ti. Tus padres están lejos, y estar tan distanciados...

Piper negó con la cabeza.

—Pero mi abuelo y mi tía Maureen están aquí. Incluso el tío Gregor se ha ablandado un poco.

—Sí, pero todos son ya mayores. Yo no sé qué haré cuando fallezca mi abuelo.

La tristeza en la voz de su amiga conmovió a Piper.

—¿No te has interesado por ningún muchacho de las Highlands? Sé que te gustaba Payton... —Se sorprendió cuando los ojos de Cat se llenaron de lágrimas—. ¿Echas mucho de menos a Payton?

Cat evitó encontrarse con su mirada compasiva.

—No es a Payton a quien echo de menos.

Un millar de posibilidades revolotearon por la mente de Piper, pero solo una tenía sentido, aunque en realidad no lo tenía en absoluto.

—¿Kenneth?

—Sí —sollozó Cat—. ¡Qué estúpida soy para enamorarme de un duque! ¡Además de inglés!

—Pero la madre de Kenneth es escocesa —replicó Piper, aunque reconocía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

La desesperanza de Cat le rompía el corazón. Volvió a recordar lo afortunada que era por haber encontrado a Tavish.

¿Fue el movimiento instintivo de su mano al posarse sobre su vientre lo que la delató ante su amiga?

—¡Esperas un bebé! —exclamó Cat conteniendo las lágrimas.

—Sí —confesó Piper—, pero aún no se lo he dicho a Tavish. Estuvo muy atareado aumentando la producción en la destilería y preocupado por el retraso de las barricas de España.

—¿Cuándo piensas decírselo?

—Esta misma noche.

* * *

Tras un largo y frustrante día en la destilería, Tavish estaba tan agotado que apenas podía mantenerse despierto para comer la cena que Piper le había preparado. Pero su mujercita estaba orgullosa de sus progresos con la cocina de leña, así que resistió. Últimamente estaba un tanto susceptible, quizás estaba molesta porque él pasaba casi todo el día en la destilería.

—El cordero está delicioso —le dijo.

—A mí me pareció duro —replicó ella apartando su plato.

—Apenas has comido nada —observó él.

—No tengo tanta hambre. Creo que me iré a la cama.

Cuando se quedó solo, se preguntó qué era lo que estaría pasando. Últimamente no hacían el amor tan a menudo. Él se contentaba con estrecharla entre sus brazos cada noche, demasiado cansado para hacer nada más.

Sí, tenía que ser eso. Ella era una mujer apasionada que necesitaba más amor.

Estaba agotado, pero su virilidad estuvo de acuerdo en que era una buena idea. Terminó de comer, apagó las velas y subió las escaleras.

Para su sorpresa, Piper estaba sentada en la cama con las sábanas recogidas para cubrir su desnudez. Los marcos dorados de los óleos que había colgado en las paredes brillaban a la luz de la única vela.

—Has hecho que esta habitación luzca mucho más acogedora —le dijo mientras se quitaba la ropa y la doblaba ordenadamente. Un pequeño esfuerzo por su parte que ella apreciaba.

Se metió en la cama y la atrajo hacia sí, pero ella estaba rígida y silenciosa. Algo le molestaba, pero no tenía idea de lo que podía ser. Entonces vio las cortinas nuevas. ¡Por supuesto! Las mujeres solían enfadarse cuando un hombre no se daba cuenta de sus esfuerzos en la casa.

—¡Me encantan las cortinas nuevas! —dijo entusiasmado.

Para su consternación, ella rompió a llorar. Evidentemente, había tardado demasiado en fijarse.

—¿Qué sucede, amor mío? —le preguntó.

—¡Estoy embarazada! —gimió ella.

En aquel momento, Tavish se sintió a la vez el rey del mundo y el mayor tonto de toda la tierra.

—¿No estás contenta de tener a mi hijo? —preguntó apenado.

—¡Estoy increíblemente emocionada! —respondió con la voz ronca—. No sé por qué estoy llorando.

Él se recostó junto a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Me has hecho un hombre muy feliz —susurró—. No veo la hora de conocer a mi hijo.

Ella se acurrucó contra él.

—¿Y si es una niña?

—Bueno, a Glengeárr le vendrían bien unas cuantas chicas guapas más.

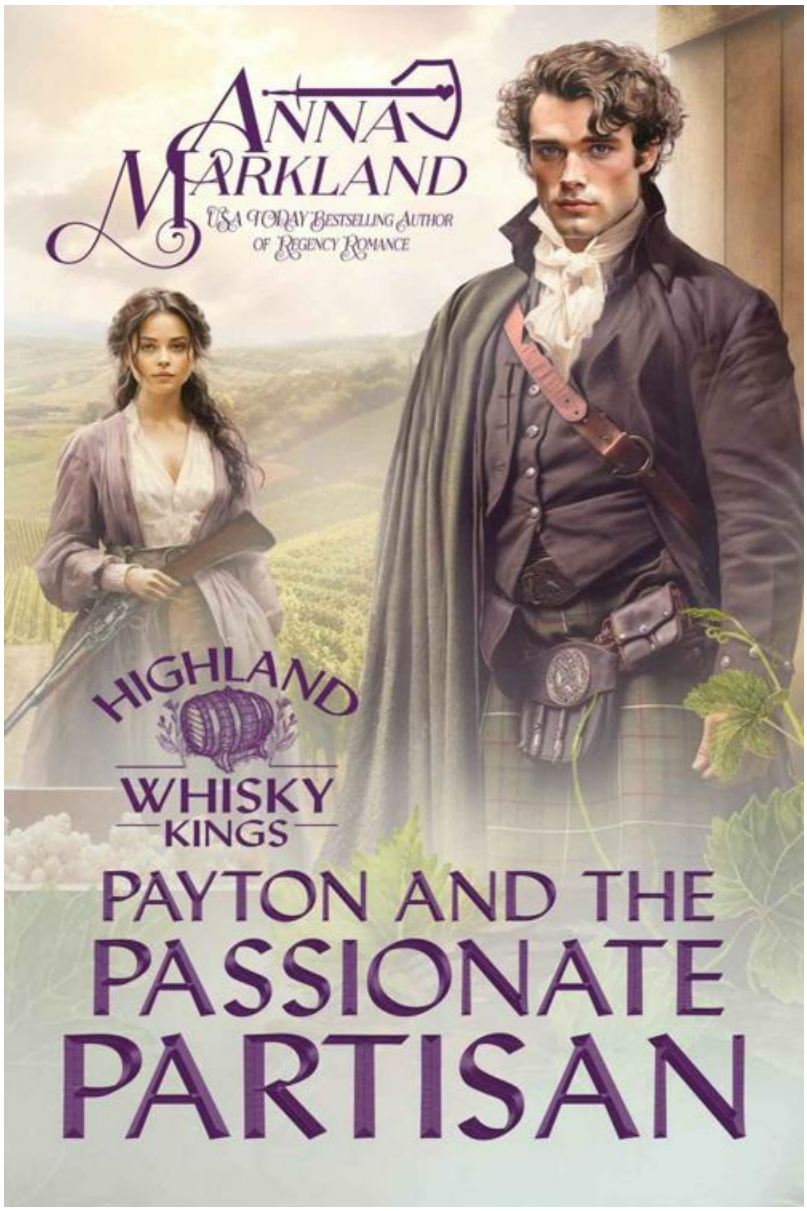
—Hablando de chicas guapas, hoy me he enterado de que Cat y Kenneth...

—Sí. Me he dado cuenta, y también la tía Maureen. Ya está tramando cómo reunirlos.

FIN

¿QUIERES SABER QUÉ SUCEDE A CONTINUACIÓN?

Payton y la partisana apasionada es el segundo libro de la serie. En efecto, el hermano mediano de los King se embarca rumbo a España, donde conoce a su heroína, Alba Castillero.



Aquí tienes un breve fragmento:

«El extranjero apenas había pronunciado una o dos palabras, pero Alba reconoció su acento. Tampoco pudo ignorar la vertiginosa oleada de lujuria que la invadió. Él era alto, musculoso y atractivo, pero también lo era el otro hombre y tantos más que había conocido desde el comienzo de la guerra. ¿Se sentía atraída por él solo porque tal vez fuera escocés? Su madre le había contado historias de las Highlands y había dado a su hija un ancestral nombre de su país. Alba nunca había pisado Escocia, pero aquella tierra lejana formaba parte de ella. De pronto deseó conocer el nombre del desconocido, pero saberlo podía resultar peligroso si alguno de los dos caía en manos enemigas».

Notas de la autora

He aprendido mucho sobre la destilación del wiski mientras escribía esta historia. Extraje muchos de los detalles del proceso de los actuales destiladores de wiski de malta de Escocia, y estoy en deuda con ellos por ofrecer tantos detalles en sus sitios web.

También quiero dar las gracias a los miembros de mi grupo de crítica literaria por sus inestimables aportaciones: Reggi Allder, Jacquie Biggar, Liz Ann Carson y Sylvie Grayson, todos ellos autores consolidados.

Gracias también a mi extraordinaria lectora beta, Maria McIntyre, y a mi asistente personal, Alison Pridie.

Y un agradecimiento especial a una lectora, Ingrid, que me propuso la idea para esta serie.

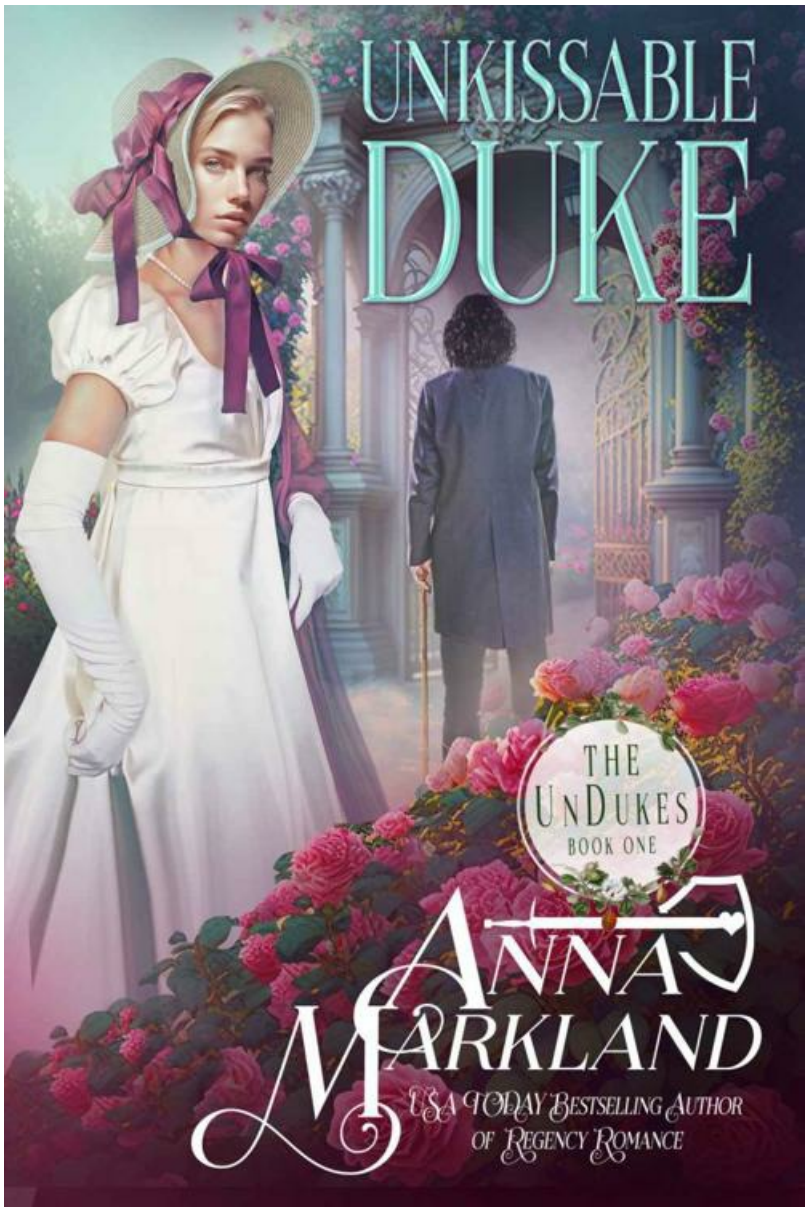
* * *

El regente al final cumplió su deseo de viajar a Escocia, pero no fue hasta 1822, cuando ya era el rey George IV. Fue la primera visita de un monarca en funciones a Escocia en casi dos siglos, siendo la última la de Carlos II, con motivo de su coronación escocesa en 1651. Aquella visita aumentó la popularidad del rey en Escocia. Sin embargo, lo que tuvo una influencia realmente duradera fue que sir Walter Scott se encargó de estructurar la visita con la inclusión de los elementos ceremoniales del tartán escocés. El kilt de tartán se encumbró hasta convertirse en parte de la identidad nacional de Escocia.

Napoleón

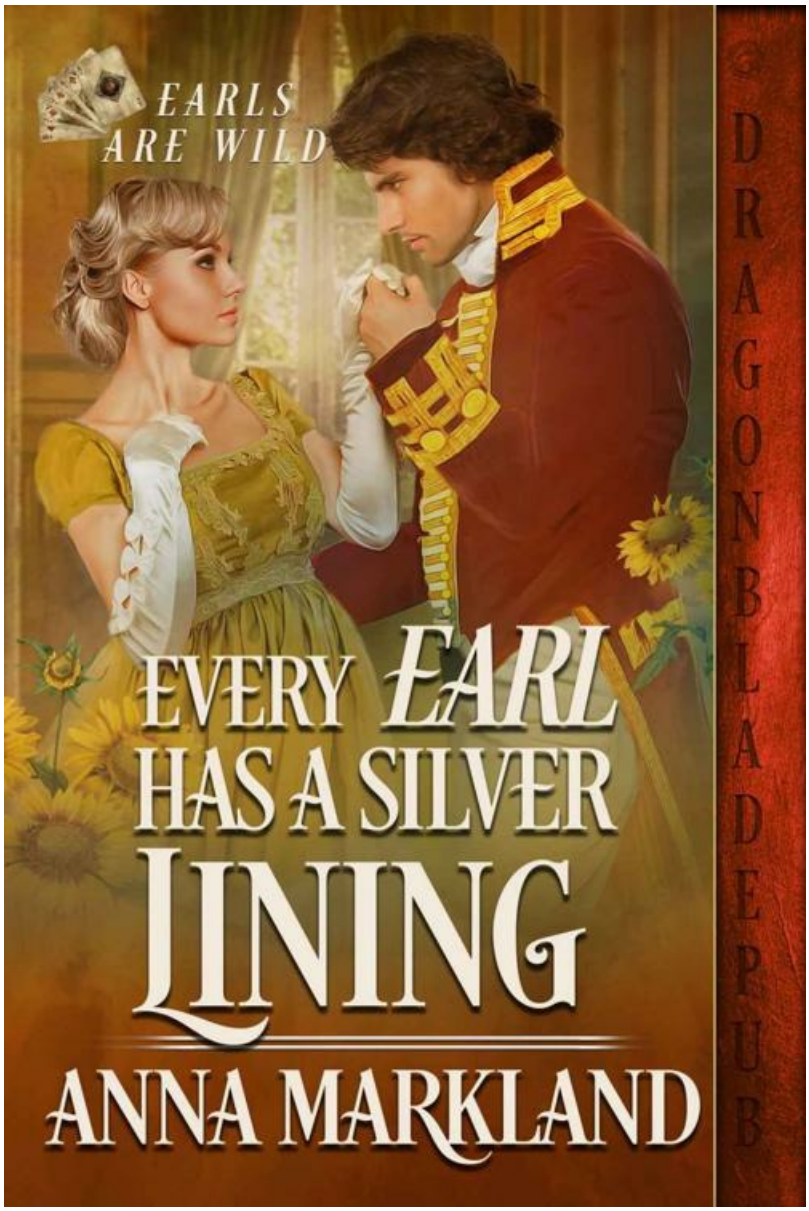
La campaña del Pequeño Emperador por Europa es una intrincada historia de innumerables batallas libradas a lo largo de casi diez años. Algunas tuvieron lugar en la Península Ibérica. El asedio francés a Cádiz (1810-1812) es de especial interés para nuestra historia. Jerez, la capital mundial del jerez, se encuentra no muy lejos de Cádiz. Los franceses acabaron abandonando el asedio y Cádiz ostenta la distinción de ser la única ciudad que ha resistido un asedio de las tropas de Napoleón.

Se formaron varias coaliciones para derrotar a Napoleón, quien finalmente encontró su destino en Waterloo en 1815.



Algunos de mis libros tratan de forma más directa sobre la batalla de Waterloo. El héroe de El duque indeseable, Alex Harcourt, regresa a Inglaterra gravemente herido y desfigurado. Por lo que a él respecta, su vida ha acabado, pero el amor de una buena mujer le demuestra lo contrario.

* * *



Cada conde tiene su lado bueno trata sobre un soldado de carrera encargado de custodiar a Napoleón en la remota isla de Santa Elena. Este se ve obligado a regresar a Inglaterra cuando hereda inesperadamente un condado. No esperaba que la bella viuda del anterior conde siguiera residiendo allí cuando él llegara.

* * *

Como genealogista aficionada (también conocido como *adicta a la investigación de árboles genealógicos*), me obsesioné con rastrear mis raíces inglesas hasta la conquista normanda en el siglo XI.

Esto resultó ser un imposible, ya que no desciendo de la nobleza y los registros de la gente común no se empezaron a conservar hasta mucho más tarde. Incluso aunque así fuera, los primeros registros parroquiales son a menudo indescifrables.

Como consecuencia, empecé a escribir historias sobre una noble familia medieval conjurada por mi imaginación. Así nacieron los Montbryce.

Como tantos otros autores, sentía la pulsión interior de escribir un buen libro. Lo que en un

principio iba a ser ese único libro sobre mi familia ficticia, acabó convirtiéndose en una serie de doce libros: El legado Montbryce.

Dicho de otro modo, la escritura sustituyó a la genealogía como mi mayor adicción, y desde entonces he publicado más de 60 novelas y relatos. Casi todos son romances históricos protagonizados por vikingos, highlanders, caballeros medievales, orfebres isabelinos o aristócratas de la Regencia. Puedes encontrar más información en mi sitio web: https://annamarkland.com/.

He residido la mayor parte de mi vida en Canadá, aunque nací en el Reino Unido. La educación en una escuela de gramática inglesa me inculcó el amor por la historia europea, el cual perdura hasta hoy. Aunque me siento orgullosa de ser canadiense, en el fondo sigo siendo una chica de Lancashire.

Antes de convertirme en escritora a tiempo completo, fui profesora de primaria, un trabajo que me encantaba. Más adelante me desempeñé como administrativa para una organización internacional de asistencia en catástrofes.

Me encantan los gatos, aunque no me he atrevido a adoptar ninguno más desde que perdí inesperadamente a mi Topaz hace algunos años.

Tengo escasas habilidades domésticas... ¡Notarás que la mayoría de mis heroínas odian coser!

Intento seguir tres sencillas pautas de escritura. Doy rienda suelta a mis personajes para que cuenten su historia, que a menudo resulta ser diferente de la versión original que tengo en la cabeza. Creo firmemente en el amor a primera vista; puede que mis protagonistas renieguen de su atracción en un primer momento, pero al final mis héroes y heroínas encuentran a sus almas gemelas. Por ello, me parece natural incluir escenas de intimidad entre personas que se aman profundamente; creo que este tipo de intimidad es saludable. La exactitud histórica es importante para mí, aunque a veces retoco la historia cuando es necesario. Escribo novelas románticas porque los finales felices me llenan de satisfacción.

Me puedes encontrar en todas las redes sociales habituales: en Facebook como Anna Markland y Anna Markland Novels; en Pinterest y BookBub como Anna Markland. También tengo un grupo de lectores en Facebook llamado Markland's Merrymakers, y los nuevos miembros son siempre bienvenidos.

Otros libros de Anna Markland

Anna es una autora superventas del USA Today que ha escrito más de sesenta novelas históricas galardonadas y muy apreciadas sobre la Edad Media, los vikingos, los highlanders, la época isabelina y la Regencia. Independientemente del escenario histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de varias generaciones de una misma familia, haciendo hincapié en la importancia del linaje y el honor. Puedes encontrar una lista detallada y enlaces aquí: https://www.annamarkland.com/

Es una autora independiente, por lo que la difusión de su libro es vital para su éxito. Si te gusta esta historia, por favor, considera escribir una reseña. Las reseñas ayudan a que otros lectores encuentren sus libros.

Copyright

Tavish en busca de una novia rica
Los reyes del wiski de las Highlands, Libro 1
© Anna Markland 2024
Todos los derechos reservados.

Este libro está autorizado solo para disfrute personal. No puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otras personas, adquiera un ejemplar adicional para cada una de ellas. Gracias por respetar el arduo esfuerzo de esta autora. Quedan prohibidos la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato, su almacenamiento en cualquier sistema de recuperación de datos y su transmisión por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa por escrito del propietario de la publicación, excepto en los casos previstos por la legislación sobre derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o muertas), compañías, empresas, acontecimientos o locaciones es mera coincidencia.

Portada de Dar Albert